



Arwen Grey

Cada vez que
me tocas

CADA VEZ QUE ME TOCAS

ARWEN GREY

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

NOTA DE LA AUTORA

A veces también sueño que yo he vivido una vida casi como la de los sabios, y que he recorrido caminos ya andados. Tal vez fallecí hace un siglo en un arrogante acto de exceso de confianza y, tras aquel acto, la súplica de una nueva oportunidad fue tan sentida, tan instintiva, que la luz dejó a un lado a la muerte, y la vida no fue empeñada del todo. Restos dispersos de ella quedaron convertidos en tenues recuerdos. Como ahora, cuando parece que, una vez más, el objetivo vuelve a estar a mi alcance...

Robert Browning

PRÓLOGO

ELY, INGLATERRA, FEBRERO DE 1322

Sir Declan Beauchamp estaba satisfecho. Satisfecho y preocupado. Mirando a su alrededor, se preguntó si había sido buena idea lo de no apostar hombres armados a la entrada de la catedral. Él mismo, desarmado por hallarse en un templo, sería un blanco fácil si alguno de los esbirros de Barrymore decidía atacar. No era improbable que sucediera algo así.

Sabía bien que se había ganado la animadversión de muchos hombres importantes tras negarse a participar en una conjura para destituir a su rey, Eduardo II. Esa conjura había sido descubierta y muchos de sus cabecillas habían sido despojados de sus tierras y privilegios. Algunos de ellos incluso habían sido decapitados. Si otros no habían sufrido un castigo mayor, había sido por la intervención de la reina, Isabel, que, a decir de algunos, estaba detrás de los conjurados.

Las malas lenguas del reino habían achacado el descubrimiento del plan al hecho de que sir Declan se negara a participar en él. Pensaban, tal vez con razón que, con hombres como él a su favor, con sus tierras y su bien dotado ejército, habrían tenido éxito. Pero Declan no era un traidor. Además, estaba cansado de luchas. Quería descansar, volver a disfrutar de su hogar, de su familia.

Bien, Eduardo era un mal rey y lo sabía. Era débil y había perdido Escocia, aunque no quisiera reconocerlo. Antes o después llegaría el momento de destituirlo, pero todavía no. Cuando ese instante llegara, él les apoyaría. Todos serían fuertes y no estarían dominados ni por el Papa ni por el rey de Francia, como ahora. Aunque sabía que era inútil hablar con los demás de aquello.

Poco después de que la conjura fuera descubierta, el rey había otorgado a sir Declan nuevas tierras, lo que potenció las sospechas de traición. Eduardo siempre había sabido cómo dividir a sus nobles, no cabía duda. En todo caso, no cabía otro remedio que agradecer esos dones. Era habitual que un caballero agradeciera los honores concebidos celebrando una misa en honor de su benefactor. Y era por eso que ahora estaban allí.

Sir Declan murmuró unas palabras en latín en respuesta a la oración del

sacerdote y miró de reojo a su alrededor. Los murmullos de los monjes le arrullaban como una nana con su letanía. Adormecían sus sentidos, cuando debería estar más alerta que nunca.

Su mirada se detuvo en una mujer que se hallaba a varios metros de distancia, en los asientos destinados a la familia Beauchamp. Era hermosa. Tanto que sir Declan se sorprendió de que alguien así pudiera existir fuera de los romances de los trovadores. De hecho, le habían dedicado varias tonadas a su piel alabastrina y a sus pequeños pies. Y a otras zonas de su anatomía no tan decentes.

Como si supiera que él la estaba mirando, su esposa Taryn le miró con sus alegres ojos oscuros, como compartiendo con el caballero una broma secreta. El solo hecho de cruzar su mirada hizo que una especie de escalofrío recorriera su espalda, un relámpago de auténtico placer, que le hizo soltar un involuntario suspiro.

A su lado, sir Francis, el capitán de su pequeño ejército, se volvió para mirarlo con una sonrisa extraña, y sir Declan no tuvo otro remedio que cerrar los ojos fingiendo un súbito acceso de religiosidad.

A pesar de sus diez años de matrimonio, aquella corriente de manifiesta sexualidad entre su esposa y él no se había disipado. La primera vez que había sentido aquel extraño placer, el día de su boda, había sido una sorpresa, pero ahora una sola mirada bastaba para enardecerlos, y un roce, una caricia, era capaz de llevarlos al éxtasis. Aquella era una de las razones que evitaran tocarse en público, ya que ello podía provocar una situación embarazosa. Siempre había pensado que Dios les había bendecido al unirles. Les había dado un compañero en el que apoyarse cuando había problemas y alguien a quien amar. Eso era más de lo que cualquier hombre honrado podía pedir.

Tras unos minutos se atrevió a volver a mirar a su esposa. Estaba inclinada hacia su hijo Michael, y le sonreía. Seguro que trataba de convencerlo de que muy pronto estaría jugando de nuevo con los otros muchachos.

A sus ocho años recién cumplidos, Michael era ya alto y fuerte. Sus cabellos rubios y su fortaleza los había heredado de su padre, pero tenía los dulces ojos castaños de su madre. Y también su carácter voluntarioso.

Al otro lado de su esposa se hallaba Tara. La sobrina de su esposa había perdido a sus padres y hermanos hacía poco a causa de unas fiebres. De un

modo inexplicable, la niña había sobrevivido. En ocasiones, los caminos de Dios eran inescrutables.

Quizás a causa del sufrimiento que le había tocado vivir, la niña era inquietantemente seria. Apenas hablaba, y prefería jugar sola en lugar de hacerlo con Michael y con los otros niños del castillo. A pesar de todo, sir Declan la quería como a su propia hija. La había visto crecer, y sospechaba que con el tiempo se convertiría en una mujer tan hermosa y fascinante como lo había sido su madre y lo era su tía.

La ceremonia seguía adelante, y, para ser sincero consigo mismo, sir Declan reconoció que se le estaba haciendo larga. Además, había algo que no encajaba del todo. Aunque sus hombres habían procurado que no hubiera en la iglesia gente desconocida o de aspecto marcial, lo cierto era que, cuando miraba a su alrededor, sir Declan solo veía rostros desconocidos. Y no podía evitar sentir que había un cierto aire tenso, como de espera, en ciertas miradas.

La daga se clavó en su espalda desprotegida con tanta facilidad como si se tratara de uno de esos muñecos de paja que usaban sus caballeros para entrenar. Se llevó la mano a la cadera en busca de la empuñadura de su espada. Como era obvio, no estaba allí. Aunque lo estuviera, tampoco habría podido desenvainarla, porque una segunda daga se clavó en él con un ligero sonido seco.

Sir Declan cayó de rodillas sobre la fría piedra. Sir Francis se volvió a mirarlo con extrañeza ante semejante muestra de fervor religioso, tan poco común en su señor. Solo vio las dagas clavadas en la espalda de su jefe cuando este trató de levantarse, para caer justo después de bruces sobre el suelo de la catedral.

Sir Francis miró a su alrededor en busca del agresor, pero había tal alboroto en la nave que era imposible saber de dónde procedía el ataque. Y no solo eso. También parecía tronar en el exterior, aunque al entrar la mañana era fría pero radiante. Los truenos eran tan fuertes que el cielo parecía a punto de abrirse sobre ellos.

—¡Declan! Amor, responde...

La voz de su señora sonaba incrédula mientras se inclinaba sobre la figura yaciente de su marido. Este estaba inmóvil, pálido a pesar del tono bronceado

de su piel. De pronto, la vio caer sobre el cuerpo de su marido, como transida por el dolor.

Sir Francis, apabullado, vio que en la base de su nuca sobresalía la empuñadura de una daga. Y él sabía muy bien que cualquier herida en ese lugar era mortal.

Mientras contemplaba atónito los cuerpos de quienes habían sido sus señores, incapaz de reaccionar, sir Francis solo tuvo unos segundos para pensar en que su nuevo señor solo tenía ocho años, y que necesitaría de todo su apoyo para poder superar aquella tragedia. Y para vengarles. Y la pequeña Tara...

No pudo completar el pensamiento. Instantes después, su cuerpo yacía junto al de sir Declan y el de lady Taryn en un enorme charco de sangre sobre el sagrado suelo de la catedral de Ely.

Como si el cielo protestase por semejante traición, de pronto la piedra comenzó a crujir. Los sonidos no se diferenciaban de los de una fuerte tormenta, pero los monjes sabían bien que la piedra había protestado durante semanas y que las grietas que aparecían en los muros estaban avisando de la catástrofe. Con una nube de polvo que lo cegó todo, la nave central colapsó, cubriendo las huellas de la masacre.

CAPÍTULO 1

ELY, EN LA ACTUALIDAD

La joven cerró los ojos y aspiró el olor a fría piedra y sabio polvo de la catedral. Solo entonces pudo creer que de verdad estaba allí. Aún a ciegas, estiró una mano y palpó la piedra áspera de uno de los muros. Un cosquilleo de emoción le recorrió la columna y la instó a apartar la mano. Un rato antes había visitado la torre octogonal, que se había reconstruido después de que la antigua colapsara en mitad de un servicio, y se había asombrado al recorrer la enorme nave, una de las más grandes de Inglaterra.

Abrió los ojos y vio cómo el sol de finales de junio entraba por las vidrieras y teñía el suelo de formas y colores difuminados. Como en un extraño caleidoscopio gigante, los colores giraban y cambiaban ante sus ojos.

Las voces de los últimos visitantes sonaban como un eco distante. No podía distinguir lo que decían. Agradeció que hubiera poca gente. Así podía disfrutar casi a solas de la visita.

Dio un traspie y estuvo a punto de caer. Sonrió al darse cuenta de que no eran los colores los que se movían, sino que era su cabeza la que daba vueltas. Volvió a cerrar los ojos y respiró hondo, tratando de superar el súbito mareo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó alguien a sus espaldas. Su voz, aumentada y distorsionada por el eco de las naves, le sonó todavía más extraña por su sensación de estupor.

Tara McNaught se volvió hacia el extraño, sintiéndose lenta y como en un sueño. No sabía que había alguien tan cerca de ella. De haber sabido que ese hombre la estaba mirando no se habría comportado como una estúpida turista fascinada por las vidrieras de colores.

—¿Se encuentra usted bien? —repitió el hombre, tomándola de brazo e instándola a sentarse en uno de los duros y fríos bancos de madera.

Hablaba despacio, como si ella no pudiera comprenderle. Quizás incluso pensaba que era extranjera. Entraba dentro de las posibilidades. ¿Cuántos miles de visitantes podía recibir aquella catedral? Miles, decenas de miles. Era una auténtica maravilla.

Tara sonrió y él le correspondió con una sonrisa no exenta de

preocupación.

—Lo siento, no quería preocuparle —dijo al fin, con la voz algo temblorosa. Se la había pasado la sensación de mareo, pero seguía sintiéndose un poco inestable. Las manos le temblaban y le costaba un poco enfocar la vista.

—Pensé que se iba a desmayar de un momento a otro.

—¿Me observaba? Qué vergüenza.

—No pude evitarlo. Parecía usted... extasiada... —él pareció buscar la palabra con cuidado. Sin duda, ese término no era el que una persona común usaría. Sin darse cuenta de lo que hacía, sonrió y él correspondió.

Tara lo miró preguntándose otra vez por qué no se había dado cuenta de que él la estaba mirando. En general era muy sensible a la presencia de los demás. Una especie de presentimiento que le hacía saber, con certeza, cuándo estaba sola, o cuándo había alguien más en una habitación.

Además, ese hombre no era de esa clase de tipos que pasan desapercibidos. Alto y delgado, pero de aspecto atlético, vestía de una forma informal, con unos pantalones vaqueros y un jersey de algodón fino de color gris oscuro remangado, que dejaba a la vista unos antebrazos tostados y unas manos finas y fuertes. Sus ojos, castaños en la penumbra de la iglesia, recorrían su rostro con una ansiedad impropia de un desconocido. En sus ojos se dibujaba una cierta intranquilidad que se evaporó en parte cuando ella volvió a sonreír. Se pasó una mano por el cabello oscuro bastante largo en un gesto de inquietud. En sus hombros se notaba la tensión de alguien que puede saltar de un momento a otro.

—Bien, veo que ya se encuentra mejor —dijo, poniéndose de pie.

Tara lo miró desde abajo, preguntándose por qué la miraba con esa tensa atención, como si esperase una señal, o que dijese algo. Empezaba a pensar que había ocurrido algo que no acababa de comprender.

—Gracias por haberme ayudado —dijo Tara en tono alegre, tratando de poner fin a ese inquietante escrutinio por su parte—. Lo cierto es que ahora debo irme. Me están esperando —señaló, poniéndose también en pie.

La verdad era que no tenía ninguna prisa, pero de pronto encontró que el aire de la catedral era frío y sombrío. El sol se había ocultado, y con él los

reflejos de las vidrieras en el suelo. Volvería al día siguiente más temprano, decidió. Todavía quedaba mucho por ver.

La voz de otros dos visitantes al entrar en el templo hizo que Tara mirase hacia atrás, sorprendida y un poco asustada. Cuando volvió la cabeza, con un comentario en la lengua sobre los ruidosos turistas, el desconocido ya había desaparecido.

El sol de la mañana la iluminaba desde un lado, creando una especie de halo fantasmal a su alrededor. Era tan omnipresente que podía verse desde cualquier ángulo de la plaza. ¿Quién sería? Un alcalde, un fundador, un conquistador, tal vez, con esa espada al cinto. En todo caso, no podía negarse que era imponente. Incluso hecha de hierro, atraía la mirada de forma inexorable. Y era tan atractivo, con aquel cabello un poco largo cayéndole sobre la frente.

Tara observaba la estatua con interés hasta que un relámpago de conocimiento la estremeció.

Ese hombre... la estatua...

No, no podía ser.

El hombre del día anterior era alguien moderno. Sus ropas tenían un cierto aire clásico, pero era indudable que se trataba de alguien de carne y hueso. Ella había sentido el calor de su mano cuando la tomó del brazo para conducirla al banco. Y desde luego, no tenía el aspecto de un caballero medieval, vestido con su armadura, cota de malla y armado con una espada enorme.

Había un cierto parecido entre ellos, pensó. Pero la iglesia estaba oscura, no había podido verle bien el rostro, ¡y era totalmente imposible que se tratara de un fantasma! ¡Y menos aún de una estatua vuelta a la vida!

Miró la inscripción al pie de la estatua:

SIR DECLAN BEAUCHAMP, CABALLERO AL SERVICIO DE SU MAJESTAD, EDUARDO II, ANNO DOMINI 1322

—Era guapo —la frase, acompañada por un suspiro, era soñadora a la vez que picante—. Es una pena que sea un hombre de piedra.

Tara se volvió hacia su hermana Jenna con una sonrisa cómplice.

—¿Y qué dirías si te dijera que ayer lo vi, vivito y coleando, en la catedral?

Jenna se rio a carcajadas y se abrazó a la estatua, rozándola con sus protuberantes pechos mientras le guiñaba un ojo con picardía.

—Te preguntaría si se te ocurrió darle mi dirección. Debía ser muy excitante lo que se escondía debajo de todo este hierro. Todos esos músculos forjados en la batalla. Ya sabes, todo eso que dicen los libros —añadió juntando los labios y enarcando las cejas.

Tara también rio y siguió a su hermana después de sacarle una foto abrazada al hermoso caballero de piedra.

Comieron en un pequeño restaurante y Tara disimuló su regocijo al ver los esfuerzos de su bonita hermana de conquistar al camarero. No era habitual que Jenna fallase, y el joven al fin cedió a sus encantos y le pasó un discreto papel en el que la invitaba a salir esa noche. Jenna sonrió encantada y se guardó el pequeño mensaje en el escote en un sexy gesto destinado a animar al muchacho. Y lo consiguió, a juzgar por el alboroto que se armó cuando la bandeja que llevaba se estrelló contra el suelo, salpicando de comida a los ocupantes de las mesas cercanas.

—¿Y qué vas a hacer tú esta noche? —le preguntó Jenna lamiendo con fruición la enorme porción de helado de chocolate que su servicial admirador le había traído.

—No lo sé —respondió Tara—. Tal vez lea algún libro sobre la historia del lugar.

—¡Qué divertido! —la voz de Jenna sonó llena de falso entusiasmo. Era evidente que ella no compartía el mismo gusto que Tara por la historia, pero lo mejor era que no se molestaba en disimularlo. Jenna era inteligente, pero inquieta. Ella prefería vivir la historia que leerla—. ¿Y por qué no sales? Tal vez te encuentres con el adorable fantasma de ayer. Pasar una de tus dos únicas noches en el hotel me parece tan triste. Estamos de vacaciones, o lo más parecido que hemos tenido en mucho tiempo, aunque estemos casi al lado de casa, Tara. Disfruta un poco, hazlo por tu hermanita del alma. O finge, al menos.

—Ni era un fantasma, ni tenía nada de adorable, era... —Tara se dio cuenta demasiado tarde de que había hablado más de lo que debía. No sabía la

razón, pero sentía que no debía hablarle a nadie del hombre de la catedral, y Jenna no se distinguía por su discreción, precisamente.

—De modo que sí te encontraste con alguien en la catedral... —Jenna se inclinó tanto sobre la mesa que amenazó con mancharse la blusa con los restos del helado—. Cuenta, cuenta, maldita, no me dejes en ascuas ahora.

—Solo me sentí un poco mareada y él me ayudó a sentarme. Nada que no hubiera hecho alguien educado.

—Umm, eso suena interesante. ¿Era guapo? ¿Te pidió tu número de teléfono?

—Ni siquiera sé su nombre. Pasamos juntos apenas unos minutos y después desapareció.

—Seguro que tu simpatía lo espantó. Ya te he dicho mil veces que la sonrisa el don que la naturaleza nos ha dado para atraer a los hombres. Además de estas —añadió, señalándose los pechos.

—¡Qué graciosa! El caso es que me di la vuelta y al girarme para mirarlo, había desaparecido, sin más.

—Conozco esa sensación —Jenna terminó el helado y chupó la cucharilla con aire sabio—. ¿Volverás a la catedral? Tal vez vuelvas a verlo —añadió con picardía—. Nunca pensé en las iglesias como sitios para ligar. Tendré que apuntármelo.

—Si voy, no será precisamente para eso. Y deja de hablar de mí como una mujercita en apuros necesitada de un hombre. Sentirse enferma y necesitar ayuda es horrible, que lo sepas. En lo último que teijas es en si un hombre es guapo o no.

Jenna enarcó una ceja en un gesto de ironía heredado de su padre.

—Vamos, querida, reconoce que te encantó que un hombre acudiera en tu auxilio cuando estabas en apuros.

—Eso es lo más antiguo y machista que he oído en mi vida, Jenna. No seas frívola, por favor. Sabes muy bien que, si fueras tú y se te acercase un desconocido de esa manera, le harías una llave de judo. —Jenna se encogió de hombros de manera inocente, como si no quisiera desmentir su papel de mujer superficial, aunque Tara sabía muy bien que su en apariencia tonta hermanita

había machacado a varios jóvenes que se habían sobrepasado—. No estaba en apuros y, además, me sentía lo bastante mal como para no sentirme encantada por nada. Y si te digo la verdad, hubo algo en ese hombre que me asustó.

—¿Acaso hay algo que no me hayas contado? —Jenna volvió a inclinarse hacia ella, deseando conocer todos los detalles escabrosos.

—No, solo me miraba de una manera rara.

—¿Como desnudándote?

—¡No! Como si... —de pronto, lo supo. Supo lo que le había inquietado tanto en la mirada de aquel hombre—. Como si me reconociera y quisiera algo de mí.

—¡Oh! ¿Por qué no me sucederán cosas así a mí? —se preguntó Jenna, envidiosa.

Tara tomó la última cucharada de postre, evitando la mirada escrutadora de su hermana. No pensaba que fuera para tanto. Se había tratado de un encuentro casual. Ese hombre tal vez la había confundido con otra persona, y eso era todo. No había mayor misterio. Además, como ya había dicho, aquella sensación no había tenido nada de agradable. Había sido inquietante como poco.

Mientras pagaba, Jenna se dedicó a concertar los detalles para su cita con el apuesto camarero.

Cuando salieron del restaurante rumbo al hotel Jenna se quejó durante el trayecto, de apenas un kilómetro, que separaba el restaurante del hotel. Un paseo apenas para Tara, que llevaba unos cómodos zapatos bajos, y una auténtica tortura para Jenna, que llevaba unos preciosos, aunque incomodísimos, zapatos italianos de tacón vertiginoso.

—¿Por qué no tomas un taxi? —preguntó Tara, harta ya de las quejas de su hermana.

—¿Y perdérmelo, si vuelve a aparecer tu misterioso salvador o asesino de la catedral? Ni aunque fueran diez kilómetros en lugar de uno.

Llegaron al hotel y él no apareció, lo cual enfureció a Jenna.

—¿Dónde se meten los hombres misteriosos y seguro que guapos, aunque tú no lo has especificado, cuando una los necesita? —murmuró enfadada

mientras se masajaba los doloridos pies.

Tara sonrió y abrió el grifo de la ducha. Mientras esperaba a que el agua saliera caliente, miró por la pequeña ventana del cuarto de baño. La vista era encantadora. La pequeña plaza del pueblo, la fachada de la vieja catedral, la antigua fuente... y la estatua de sir Declan Beauchamp. Un estremecimiento involuntario le recorrió la columna vertebral, obligándola a apartar la vista.

Mientras permanecía bajo el chorro de agua humeante, con los ojos cerrados, la escena de la tarde anterior en la catedral volvió a pasar por su mente. Era de verdad estúpido pensar que podía tratarse del fantasma del hombre de la estatua. Aunque su forma de desaparecer... bien, era solo que tenía tanta prisa que no le había dado tiempo a despedirse. O tal vez Jenna tenía razón y su actitud lo había espantado. No había estado simpática. Estar a punto de desmayarse causaba ese efecto en ella.

O quizá solo se estaba volviendo loca de remate.

CAPÍTULO 2

A las seis de la tarde, Jenna se despidió con un beso y una mirada que quería decir que su hermana no debía esperarla en toda la noche.

Al quedarse sola, Tara suspiró, porque, de hecho, quedarse sola era lo último que le apetecía en ese momento.

No había visitado la catedral como había planeado el día anterior y quizás todavía la encontrase abierta, pensó. Al fin y al cabo, al sentirse mareada, no había completado la visita y había dejado de ver más de la mitad del edificio. Antes de darse cuenta de lo que hacía, se dio cuenta de que sus propios pies habían decidido por ella.

¡No!

Tara se detuvo junto a la puerta y soltó el bolso de golpe, de modo que este fue a estrellarse contra el suelo. Al instante, un intenso aroma a perfume inundó la habitación.

—¡Mierda! —exclamó, agachándose para recoger el desastre que había provocado.

Abrió la cremallera, furiosa por su torpeza, y volcó el contenido en una mesa. Farfullando, separó la cartera, empapada, y el resto de las cosas, y esperó que no hubiera nada que se estropease por la humedad y el alcohol del perfume. Al meter la mano para sacar el resto de lo que había en el bolso, como la guía turística, sintió un agudo pinchazo en la palma. Se miró la mano y descubrió un corte grande y feo, que sangraba profusamente.

—¡Mierda! —repitió, apretándose la herida con un pañuelo mientras buscaba algún tipo de antiséptico en el baño para desinfectar la herida, pero no lo encontró.

En el botiquín solo había aspirinas y unas tiritas diminutas, que parecían de chiste.

Mirándose la mano con aire crítico, decidió que tal vez debería ir al médico.

Tomó algo de dinero y sus documentos de identidad y se dirigió al hospital más cercano. Por suerte, había uno muy cerca. Allí, después de esperar bastante tiempo entre niños quejosos y madres aún más quejosas, fue atendida

por una enfermera agobiada de trabajo.

Le desinfectó la herida y le dijo que no sería necesario cosérsela, ya que el corte no era tan profundo como parecía. Le vendó la mano y le dijo que no sería necesario que volviera para las curas, que podría hacérselas ella misma si compraba lo necesario. Que solo debería volver a su médico si notaba signos de infección. Con un gesto desabrido, le dio a entender que, a partir de ese momento, debía arreglárselas por su cuenta.

—Un poco de desinfectante y siempre vendas limpias, señorita —dijo, sin mirarla a la cara, como si pensara ya en el siguiente paciente.

Tara no la culpó, pensando en la cantidad de gente que había en la sala de espera, pero no se sintió consolada en absoluto. La mano le dolía y algo de empatía no le habría venido mal.

En el camino de vuelta al hotel, Tara se detuvo en la farmacia y compró todo lo que creyó necesario. Mientras trataba de meter todas sus compras en la bolsa e intentaba abrir la puerta, todo con una sola mano, alguien entró en tromba, de modo que lo que llevaba cayó al suelo.

—¡Mierda! —exclamó por tercera, y rogó que última, vez, haciendo que el farmacéutico se volviera a mirarla, escandalizado.

—Lo siento, lo... ¡es usted!

Tara alzó la mirada del desastre que el desconocido había creado y se topó con el rostro del hombre de la catedral a apenas unos centímetros del suyo.

—Discúlpeme, no la había visto... ¡Dios mío, está herida! —exclamó él con alarma exagerada al ver su mano vendada. No la había mirado a la cara y ni siquiera sabía si la había reconocido. Seguía mirando su mano como si estuviera a punto de caerse de un momento a otro.

Tara también la miró. El corte se había abierto, y la venda estaba empapada en sangre. La mano le palpitaba y volvía a doler, pero se negaba a regresar al hospital y a volver a esperar. Se las apañaría con lo que había comprado.

—Vaya —dijo, sintiéndose estúpida. Seguía con la mano levantada, como en exposición. Los dos la miraban fijamente, como idiotas, sin saber qué hacer.

Seguían en la puerta, obstaculizando el paso. El farmacéutico los miró con cara de pocos amigos, hasta que carraspeó.

—Permítame, por favor.

El desconocido recogió la bolsa y, después de echar una mirada bastante elocuente al farmacéutico, que no había movido un dedo para ayudarla, salió de la farmacia escoltándola.

Sentados en un banco de la plaza, a resguardo de las miradas curiosas de los transeúntes, el hombre deshizo el descuidado vendaje y echó una mirada experta al corte. Después, sin decir una sola palabra, lo limpió otra vez y volvió a vendarlo de una forma más ligera y cómoda para Tara, que ahora podía doblar los dedos.

Intentó hablar dos veces, pero él alzó una mano cada una de las dos para detenerla. Al parecer estaba demasiado concentrado en lo que hacía como para responder. Cuando acabó al fin, chasqueó la lengua, satisfecho.

—¿Puedo hablar ahora?

—Tengo dos hermanos menores que yo —explicó él, como si eso fuera suficiente, sonriendo y dándole una última vuelta a la venda antes de colocar un trozo de esparadrapo para fijarla.

—Perdone la pregunta —dijo Tara al fin, sin poder contener la curiosidad—, pero ¿es una casualidad que usted esté cerca siempre que necesito ayuda?

Tara no podría jurarlo, pero creyó ver que él se sonrojaba.

—Bien, no lo sé. Casi juraría que de esto he tenido yo la culpa _balbuceó, incómodo_. Pero, ahora que me acuerdo, la otra vez ni siquiera me presenté.

—Tampoco esta vez —comentó ella, socarrona.

—Algo imperdonable, se lo aseguro. Mi madre siempre dice que a veces olvidamos los modales. Me llamo Declan Beauchamp —dijo, tendiéndole la mano.

Tara se sintió palidecer mientras lo observaba a la luz menguante de la tarde. No podía ser. Allí, a su espalda estaba la estatua... Se volvió, como para asegurarse de que así era. Sí, allí estaba, firme, de piedra, segura.

Declan vio el gesto y rio.

—¡Oh, no «ese» Declan!

—Por supuesto —dijo Tara con una sonrisa vacilante, recuperando un poco el color. Había sido estúpido suponer...

—¿Se ha asustado? Es un chiste de familia, disculpe.

Su sonrisa tenía algo de tímido y de descarado a la vez, como si no supiera muy bien si tomarse en serio a sí mismo.

—¿Se dedican ustedes a dar sustos así a la gente que conoce por primera vez?

—En realidad la gente no suele fijarse siquiera en la estatua, y menos aún en el nombre, de modo que nadie nos relaciona. De hecho, usted es la primera que me ha tomado por el fantasma de mi antepasado.

—¡Yo no le he tomado por ningún fantasma! —protestó Tara, ofendida por sus bromas.

Él enarcó una ceja morena y observó la estatua de la cabeza a los pies de piedra con aire crítico.

—Bien, tampoco es como para sentirse ofendido.

Había orgullo en su voz. Era evidente que no le molestaba que le tomara por su antepasado, y no era de extrañar.

—Era un hombre guapo y fuerte. El orgullo de la familia —continuó él.

Tara lo miró para saber si estaba bromeando o no, pero su expresión era inescrutable.

—Y a usted obviamente le gusta que le comparen con él —Tara no pudo evitar un cierto tono de reproche en su voz.

Declan la miró sonriendo, ni afirmando ni negando sus palabras.

—¿Tiene usted hambre? —le preguntó de pronto.

Tara parpadeó ante el repentino cambio de tema.

—Sí.

—En ese caso, muévase si quiere que cojamos un buen sitio. Los viernes los restaurantes de la plaza están a rebosar. Por cierto, hablando de presentaciones, usted tampoco me ha dicho su nombre.

—Tara, Tara McNaught.

—Tara y Declan —dijo él entrecerrando los ojos—. Queda muy bien.

Lo dijo en un tono tan serio y enigmático, que Tara no tuvo más remedio que reír. Tomó la bolsa con lo que había comprado en la farmacia y lo siguió. Declan se detuvo y la tomó del brazo para conducirla a un pequeño restaurante donde lo conocían, por lo que el camarero les puso delante lo mejor que tenían en el local. Tara no recordaba la última vez que había comido tanto y tan bien. Al final, apenas fue capaz de terminar el postre, aunque Declan lo terminó con un ruido goloso de la lengua que hizo reír a Tara.

—Si comiera así a menudo, estaría el doble de gorda.

Declan miró su delgado cuerpo con aire crítico e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Mi madre diría que un poco de carne no le vendría nada mal.

—Mi abuela dice que, si no tuviera carne suficiente en ciertos sitios, parecería un chico _Tara se sonrojó con violencia al terminar la frase, sin creer aún lo que había dicho.

Por suerte, él hizo caso omiso del comentario, como todo un caballero, procurando que sus ojos no se demoraran demasiado tiempo en «ciertos sitios».

Después de tomar un té bastante aceptable en un bar junto al restaurante, caminaron un poco. Era bastante tarde, pero, al parecer, ninguno de los dos tenía prisa por despedirse. La conversación había sido animada durante la cena, pero ahora, de pronto, un cómodo silencio se instaló entre ellos.

Tara quería preguntarle por su extraña reacción aquel día en la catedral, pero temía ser indiscreta. Al fin y al cabo, apenas se conocían.

Habían hablado poco sobre sí mismos y bastante sobre cosas generales, pero se habían sentido cómodos, como si ninguno notase que en realidad no profundizaban en nada.

Para ser sincera, Tara no quería preguntar demasiado y estropear aquella comodidad. Nunca había conectado tan bien con nadie en tan poco tiempo. ¿Para qué estropearlo? Aquella noche sería la primera y la última. En dos días regresaría a Egham y a su biblioteca, a su aburrida y rutinaria vida, esa que

tanto le gustaba. Aquello solo era un interludio agradable. Lo mejor era dejarlo como lo que era.

Además, tampoco él hacía preguntas. No le había preguntado sobre su trabajo y, ¡oh, Dios!, menos aún por una posible relación. Así, que... sí, lo mejor era dejarlo como estaba. Un interludio agradable con un hombre simpático.

Declan se sentó en uno de los bancos de la plaza y se hizo a un lado para que ella se sentara junto a él. En los últimos minutos su actitud había cambiado, y ahora parecía algo nervioso.

—Tara... ¿puedo tutearte?

—Por supuesto —respondió ella, inquieta de pronto. En los ojos de Declan pudo percibir de nuevo esa extraña mirada de reconocimiento que le había dirigido en la catedral.

Él la miró otra vez con intensidad, como tratando de asegurarse de que tenía su atención, y habló con voz tensa:

—Sé que te parecerá extraño, y que no tengo ningún derecho a hacerlo, pero te necesito.

No sabía qué esperaba, pero, desde luego, no se trataba de eso. Sin darse cuenta de lo que hacía, se sintió recular en el banco. En un momento estaba a su lado, de modo que sus rodillas casi se rozaban, y al siguiente su trasero rozaba el borde.

Declan le había parecido muy normal hasta ese momento, pero ahora la miraba con los ojos fijos, esperando una respuesta, como si lo que había dicho hubiera sido lo más normal del mundo.

Tara notó que había dejado de respirar y soltó el aire que había mantenido en los pulmones. Siguió esperando, pero él no dijo nada.

—Bien, no esperarás que acepte eso sin más, ¿verdad? Ni si quiera te conozco.

Él la miró, sorprendido por su tono ácido, olvidada toda su calidez anterior.

—No, por supuesto que no. Será rápido, te lo aseguro, y los dos nos beneficiaremos.

Declan hablaba y hablaba, pero Tara solo podía mirar sus manos agitándose justo delante de su cara, sus labios moviéndose y sus ojos mirándola fijamente.

¿De qué estaba hablando ese hombre? No podía creer que de verdad le estuviera proponiendo algo... a ella. Si Jenna estuviese allí, escuchando todo aquello, seguro que habría reaccionado de alguna forma, pero Tara solo podía palpar el espacio que tenía tras ella, buscando un lugar donde escapar.

—No...

Era lo único que era capaz de decir, aunque no supo si él la había escuchado, porque seguía hablando sin parar.

—Y quizás sea mejor que te vayas. Sé que te vas a quedar poco tiempo, pero nunca se sabe quién puede estar vigilando.

Tara cerró los ojos y decidió que era suficiente. Debió de emitir algún tipo de ruido, porque él calló al fin.

—No sabía que tenía que ocultar mi presencia —replicó. Comenzaba a enfadarse. No era solo que él le ofreciera algo que ni siquiera comprendía, si no que le decía que tenía que irse. ¿Qué derecho tenía a decirle lo que debía o no debía hacer? —. Además, está mi hermana. Te he hablado de ella, aunque no lo recuerdes. Llevamos meses ahorrando para pagar estas vacaciones, por penoso que pueda parecerte. No puedo marcharme y dejarla si más. E irme contigo, un hombre al que acabo de conocer queda descartado, por mucho que digas que me necesitas. Si te hubieras escuchado, sabrías lo acojonante que resulta que un desconocido te diga algo así. Como ves, es imposible —añadió, encogiéndose de hombros, con una sonrisa tirante, preguntándose si Declan no sería uno de esos locos peligrosos que ofrecían cosas maravillosas a chicas tristes y desesperadas y luego las ataban o las vendían a hombres excéntricos.

De pronto, todas las historias que había leído, visto y escuchado en su vida acerca de psicópatas y asesinos vinieron a su cabeza. Tanteó en su bolsillo en busca del teléfono, por si veía algún movimiento extraño.

Declan le tomó la mano de repente y se la apretó con fuerza. Su mirada era tan intensa que Tara sintió un escalofrío de temor, e intentó que la soltara, sin lograrlo. El calor de su mano la sorprendió, la corriente que pareció pasar de su palma a la de ella. La sensación fue extraña, aunque no desagradable.

—Te aseguro que no se trata de ningún juego —dijo Declan con voz tan intensa como su mirada.

—Si me explicarás de qué va el asunto... —respondió ella, con voz temblorosa, tratando de que la soltara—. Podríamos hablarlo.

—No puedo, aquí no. No lo comprenderías. Es complicado. Es una historia muy larga. Larga de verdad.

—Pero si trataras de explicármelo podré decidir si debo ayudarte o no —replicó, perdiendo la paciencia—. No creas que es sencillo confiar en alguien a ciegas, solo porque parece buena persona y no tiene pinta de loco.

Declan apretó los labios, como conteniendo una maldición.

—¿Pinta de loco? Maldita sea, debes creerme. Te necesito y te aseguro que no se trata de nada raro _dijo, soltándola, cortando de cuajo la corriente entre ambos_. Nuestro futuro depende de ello.

Su voz y su mirada expresaron tanta urgencia que Tara lo creyó, o al menos creyó que existía algo que lo amenazaba, aunque no dudó en expresar que esa amenaza no podía tener nada que ver con ella.

—No nos conocíamos hasta ayer por la tarde, y yo jamás he estado aquí antes. ¿Quién podría tener algo contra mí?

Declan suspiró.

—Tara, ya te he dicho que no puedo explicártelo ahora. Pero, dime, y sé sincera, ¿sentiste algo en la catedral?

—Estaba cansada y me sentía algo mareada —respondió, tratando de defenderse. No quería explicar lo que había sentido, y menos a él.

—Lo sentiste, vi tu expresión. Y también sentiste algo al verme, ¡lo sé! Diablos, no esperaba eso, pero...

Parecía de verdad desesperado porque le creyera. A pesar de que no tenía ninguna gana de decírselo, lo cierto era que sí había sentido algo en la catedral. Desde que había visto una foto en un libro de niña había sentido deseos de visitarla, y su abuela aseguraba que siempre había estado obsesionada con la foto de la catedral. Que hablaba como si hubiera estado allí, y de la gente que allí había conocido. Según su abuela, hablaba de una ceremonia, de piedras que caían sobre la gente, de sangre, de espadas. Tara no

recordaba nada de todo aquello. Era demasiado pequeña cuando aquello sucedió. Además, no podía reconocer que Declan tenía razón. Incluso ahora sentía un estremecimiento al recordar lo que había sentido en la antigua catedral, la calidez, el frío, el súbito temor...

Y el reconocimiento.

En cuanto a Declan, era cierto que también había sentido algo cuando la había tocado, algo cálido y seguro.

Y eso era aterrador, si lo pensaba bien.

Un ruido fuerte y seco la sobresaltó.

No fue consciente de lo que ocurría hasta que se encontró tirada en el suelo, con Declan encima de ella.

Había escuchado disparos en películas y series, pero aquel sonido no se parecía en nada a la realidad. El miedo llegó de golpe, e hizo desaparecer todo lo que no fuera la fuerte respiración de Declan cerca de su oído. No podía ver nada, no podía escuchar nada.

—Quieta. Quieta... —le pareció que decía él, aunque no supo si era su voz u otra en su imaginación la que hablaba. Aunque quisiera, tampoco podía moverse con su peso sobre ella.

Entonces, de pronto, sintió que algo pegajoso la tocaba cuando Declan se giró para erguirse.

Los sonidos volvieron a ella de golpe. No se oían sirenas, ni gritos. Solo rodadas lejanas de coches y alguna risa. ¿Nadie más había escuchado nada? Intentó levantarse, pero Declan no la dejó moverse hasta después de unos segundos. Cuando se levantó, Tara pudo ver que una mancha oscura se extendía sobre el hombro de su chaqueta.

Iba a gritar, pero él colocó su mano sobre la boca de Tara para acallarla. Haciendo caso omiso de su herida, la tomó del brazo y comenzó a caminar a paso rápido hacia el hotel, que por suerte estaba cerca, haciendo paradas ocasionales para comprobar que nadie les seguía. Cuando llegaron a la recepción, los dos estaban con la respiración agitada por la prisa y el miedo. Fuera quien fuera, no volvió a disparar mientras llegaban entraban y pedían la llave.

El recepcionista no hizo ningún comentario sobre la herida de Declan, quizá haciendo gala de la proverbial discreción inglesa, pero Tara no tuvo tiempo de señalar nada, ya que Declan le indicó con un gesto que guardara silencio.

Cuando al fin llegaron frente a su habitación, Tara cerró la puerta de un golpe y se apoyó contra ella, suspirando de alivio.

—Y yo que creía que este era un lugar aburrido.

Alzó la vista al oír un quejido de Declan, que se había sentado y trataba de quitarse la chaqueta con una sola mano. Tara se adelantó y lo ayudó en silencio. Por suerte, parecía que no había sido más que un rasguño, o eso esperaba, ya que jamás había visto una herida de bala. Y deseaba fervientemente que fuera la primera y última vez.

—Nunca pensé que le daría tanto uso a las cosas que he comprado esta tarde —dijo, al fin, con una sonrisa temblorosa, sacando las vendas y el antiséptico.

Declan respondió resoplando. Era evidente que él no le encontraba la gracia a la frase.

Tara apartó la camisa sucia de sangre, humedeciéndola con agua para despegar la tela de la herida.

—Me temo que yo no tengo tanta práctica como tú en estas cosas.

—Lo haces muy bien —respondió él, con voz vacilante—. Te agradezco la conversación, pero no hace falta que me entretengas, me va a doler igual.

Declan tomó su mano, puso en ella una gasa empapada en antiséptico, y después la colocó sobre la herida. Tara pudo sentir bajo sus dedos el temblor causado por el dolor.

—¿Lo ves? No es para tanto —dijo Declan después de unos segundos, con una sonrisa temblorosa.

Había palidecido, y sudaba profusamente. La voz le temblaba tanto como las manos.

—Te aseguro que no tienes que hacer más para impresionarme —bromeó Tara, colocando una gasa limpia sobre la herida antes de vendarle el hombro.

—Ha sido un enorme esfuerzo para mí portarme como un valiente, pero duele como el diablo. Ojalá no estuvieras delante y pudiera llorar —aseguró Declan, guiñándole un ojo. Su sonrisa era ahora más firme, pero seguía pálido.

—Supongo que ahora ya podrás aclararme algo de lo sucedido esta noche. Y creo que también deberíamos llamar a la policía.

La sonrisa de Declan desapareció como por ensalmo.

—No podemos hacer eso.

—¿Cómo que no? Acaban de dispararnos. Y no me digas que lo que quieres de mí no está relacionado con lo que ha pasado. A no ser que sea algo ilegal. ¿Es eso? ¿Eres un delincuente?

—Claro que no soy un delincuente. ¿Acaso tengo cara de criminal?

Tara resopló.

—Seguro que los peores criminales son simpáticos con las desconocidas. Es así como las engañan para que caigan en su trampa.

—¿Qué trampa? ¿De qué hablas?

—Pues no lo sé, porque tú no dices nada. Y como no lo haces, yo tengo derecho de creer lo que quiera —añadió, enfurruñada por su empecinamiento en no ser sincero.

Él se encogió de hombros. Pareció ablandarse al ver que se alejaba.

—No tenemos por qué meter a la policía en esto, sería un error. Sé que es difícil de comprender, pero ojalá hubiera un modo fácil de explicarlo, pero te aseguro que no soy un criminal y que lo que quiero de ti no es ilegal.

—Siempre hay una forma de explicar las cosas —respondió ella, con tono seco y lejano—. Comienza por el principio. Cuéntame qué ocurre y luego decidiré si lo que dices me convence y si debo llamar o no a la policía.

—El principio —Declan suspiró—. Está bien. El principio. Te lo contaré mientras haces las maletas. Está claro que esto no es seguro para ti.

—No voy a iré sitio. Y menos si no me cuentas lo que ocurre.

—¿No te parece que tienes razones suficientes para venir conmigo? —preguntó, señalando su herida.

—Eso no tiene nada que ver conmigo. Sigo pensando que deberíamos acudir a la policía. Si alguien quiere matarte...

—¡Maldita sea! —Declan se levantó y la tomó por lo hombros, haciendo caso omiso al dolor que le provocó el movimiento brusco, y la enfrentó con la mirada—. ¡Mírame!

Tara trató de bajar la vista, pero él la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos. Su intensa mirada castaña la hizo estremecerse. En esa mirada había miedo, decisión, incertidumbre, rabia...

—¡Mírame! —repitió él—. ¿Lo sientes? Dímelo, ¿lo sientes?

Tara asintió, aunque no lo comprendía. No. No lo comprendía en absoluto. Sin embargo, no podía negar que existía algo entre ellos. Algo que no podía explicar.

—Nuestros destinos están unidos desde mucho antes de nacer _dijo él en voz baja e intensa, haciendo que ella fuera incapaz de negarlo_. En esa catedral sucedió algo hace siglos que nos unió para siempre. Quizás no lo entiendas, pero lo sabes, tu alma lo sabe, muy en el fondo.

Tara volvió a asentir. Sabía que él decía la verdad. Era extraño, pero siempre había sabido que en esa catedral sucedería algo que cambiaría su vida para siempre. Lo había sabido cuando él la tomó en brazos por primera vez, la primera vez que sus miradas se cruzaron.

—¿Y el disparo?

Declan pareció relajarse, tan súbitamente que incluso se tambaleó un poco.

—Me crees —dijo, en voz tan baja que ella tuvo dificultades para oírla.

—Te creo —respondió Tara mirándolo a los ojos—. Creo que hay algo entre nosotros. Pero eso no explica lo del disparo.

Él emitió una risa ronca y extraña. Tal vez no estaba tan calmado como parecía.

—La verdad es que yo tampoco lo entiendo. Te aseguro que es la primera vez que me disparan, y no me gusta demasiado.

—¡Vaya! Por tu reacción, habría jurado que estabas habituado a este tipo de cosas _respondió ella con ironía.

Él sonrió y ladeó la cabeza, con una cierta coquetería.

—He visto muchas películas, si eso sirve de algo. Pero jamás había oído un disparo de verdad —Declan se estremeció y lanzó un quejido al notar dolor en el hombro.

Tara se sentó en una esquina de la cama y palmeó a su lado para que Declan se sentara también. Él lo hizo tras una ligera vacilación.

—Supongo que me podrás contar de que va todo esto, ¿verdad? —dijo Tara en un tono que no dejaba lugar a dudas de quién mandaba ahora—. Si no empiezas ya, te veo en la calle en cuestión de segundos. Y te aseguro que no estás en condiciones de ir a ningún lado. Por no hablar de que, si lo que dices no me convence, te echaré de aquí de una patada en el trasero. Que no te engañe mi aspecto tranquilo —añadió con una sonrisa—. En mi familia somos de armas tomar.

Declan lanzó un bufido ante su tono fingidamente dulce, porque los ojos castaños de Tara no lo eran en absoluto. Su expresión era más bien feroz. Resignado, se pasó la mano sana por el cabello, tratando de ordenar sus ideas.

—Bien, está bien, no hace falta que saques la vara de los castigos.

—Pero ¿qué... —saltó ella, indignada.

—Pareces una vieja maestra de escuela.

—Da la casualidad de que soy bibliotecaria y sé tratar a los niños rebeldes —contestó, con aire digno.

—Seguro que te tienen más miedo que a un dragón —murmuró él con una sonrisa burlona.

Ella se encogió de hombros. Estaba orgullosa de la disciplina que imponía a los jóvenes bulliciosos que visitaban la biblioteca municipal. Para ella, los libros creaban una especie de ambiente místico que nada debería perturbar. Su biblioteca era el santuario del dragón.

—Te veo muy tranquila para ser una persona a la que acaban de disparar —comentó Declan.

—Te han disparado a ti, y, por lo que yo sé, podrían tener razón al querer matarte. Si te soy sincera, casi empiezo a tener ganas de pegarte yo misma.

—¿Cómo? —Declan se levantó como tocado por un resorte, pero una especie de vahído hizo que se sentara de nuevo, con todo dándole vueltas alrededor.

Tara, solícita, hizo que se tumbara y se inclinó sobre él con el ceño fruncido.

—¿Eres tonto? No te muevas, o se te abrirá la herida.

—Tanta atención súbita va a matarme —murmuró Declan con una débil sonrisa.

Tara no pudo más que mirarlo. Así, tan cerca, era increíblemente guapo, a pesar de su palidez.

Un ruido en la puerta hizo que ambos se quedaran mirándola de pronto sin saber muy bien qué hacer.

Tara suspiró aliviada al reconocer la voz de Jenna al otro lado.

—Es mi hermana —dijo apretando de modo tranquilizador la mano de Declan, que trató, sin éxito, de levantarse de la cama—. Quédate quieto.

En unos segundos, Jenna había entrado en la habitación, había tirado los bonitos zapatos de tacón por encima de su hombro y había maldecido al menos diez veces a su acompañante que, al parecer, no había dado la talla. De repente se giró y se quedó como petrificada al ver a su hermana con un hombre sin camisa en la cama. Su aguda mirada se paseó por ambos, deteniéndose durante un tiempo que pareció infinito en el apuesto hombre, antes de volver a fijarla en Tara.

—Pensaba que ibas a quedarte aquí leyendo —la acusó.

Jenna dirigió una mirada apreciativa a Declan, que la miró a su vez sonriendo de una manera que hizo que Tara deseara golpearlo en el hombro herido.

—Iba a hacerlo, pero me corté en la mano y tuve que salir —comenzó a explicar, a pesar de que su hermana no parecía escucharla.

—Supongo que este es el misterioso fantasma de la catedral. Yo lo veo bastante vivo —dijo Jenna con un ronroneo gatuno.

—Aunque bastante estropeado —comentó Declan señalándose el hombro

vendado.

—Yo también estoy herida —saltó Tara, mostrando su mano, aunque ahora su herida, comparada con la de Declan, parecía insignificante.

Ambos la miraron enarcando sus respectivas cejas en un gesto irónico que hizo que Tara se ruborizara y deseara que la tierra se la tragase.

Ignorándola, Jenna se acercó a la cama con un sensual contoneo de caderas.

—Soy Jenna McNaught —dijo inclinándose para besarlo en la mejilla.

Declan no pudo evitar sentir un acceso de deseo al sentir su perfume rodeándolo como si fuera algo vivo.

—Declan Beauchamp —respondió, con voz sospechosamente tensa.

Tara se levantó de la cama, incómoda, y Jenna ocupó su lugar, encantada.

—Declan iba a contarme por qué cree que han intentado matarme, y por qué no quiere que vayamos a la policía—dijo con inesperada saña.

Jenna se sobresaltó y tomó la mano de Declan, como si así pudiera protegerlo de todo posible peligro.

—Bien, en realidad, no sé si quieren matarme a mí —dijo mirando a Tara con un gesto lleno de intención, pero Jenna hizo caso omiso de su respuesta y se inclinó solícitamente sobre él, regalándole una amplia vista de sus abundantes encantos. —En cuanto a la policía, ya te he dicho que no tiene sentido meterlos en este asunto. Es una historia personal.

Tara carraspeó, incómoda por la actitud de su hermana y el empecinamiento absurdo de Declan, que insistía en no contar lo que ocurría. Ahora, con su hermana allí, era todavía más improbable que supiera la verdad. Jenna la miró con el entrecejo fruncido.

—Eres muy cruel, Tara. Declan está tan débil que apenas puede hablar. ¿No puedes dejar el modo inquisidor para mañana? Voy a acostarle en mi cama y después me contarás lo que ha pasado.

—¿En tu cama? —estalló Tara, harta ya de los gestos demasiado íntimos de su hermana—. ¿Estás loca? ¡Si ni siquiera sabes quién es! ¡Por lo que sabemos, podría ser un asesino!

—¡Oh, vamos! ¿De verdad crees que es peligroso? —preguntó Jenna tomando el rostro de Declan entre sus manos como para demostrar que no había posible maldad o engaño allí.

Declan se zafó de ella con suavidad y se levantó, aunque un poco tambaleante, y se dirigió hacia la puerta, poniéndose la camisa manchada de sangre por el camino.

—Creo que será mejor que me vaya.

Jenna se levantó de un salto e intentó asir a Declan, que se liberó como pudo.

—Jenna, el señor Beauchamp se marcha —declaró Tara en un tono que paralizó a Jenna—. No puedo decir que haya sido un placer, al menos la última parte, pero espero que se recupere pronto.

Declan le lanzó una última mirada llena de reproches por su actitud, inclinó la cabeza a modo de saludo y salió de la habitación seguido de las protestas de Jenna.

Tara pensó que era lo mejor que podría haber ocurrido, y dedicó el resto de la noche en evitar las preguntas de su hermana y en tratar de olvidar todo lo ocurrido, en especial la sensación ardiente de su mano al tocarla.

Conocer a hombres fascinantes con secretos oscuros, a los que disparaban y que le provocaban estremecimientos al rozarla, no tenía lugar en su vida.

CAPÍTULO 3

Pasó todo el día siguiente sin que Tara supiera nada de Declan. Ninguna llamada, ningún mensaje. Nada.

«¡Pero, qué esperabas», se dijo. Algo como «estoy bien, no te preocupes. Hasta pronto». Con un «estoy bien» habría bastado. Pero ¿por qué diablos tenía que preocuparse por él? Por su culpa habían estado a punto de matarla. Después de haberla convencido de que de verdad existía algo que los unía, desaparecía sin más.

Estaba perdiendo horas de sus ansiadas vacaciones en imaginar a ese tipo desangrándose en una esquina, solo, abandonado, porque ella no le había ayudado en lo que fuera que quería de ella. O peor aún, imaginándose riéndose de ella por su ingenuidad. Por su culpa, no podría visitar la casa donde había vivido Cromwell. Sencillamente, no se atrevía a salir del hotel.

Enfadada consigo misma por perder el tiempo en tales pensamientos, Tara apretó el bolso contra su costado y taconeó en dirección a la biblioteca del pueblo. Al final había hecho acopio de valor para salir. Había dormido fatal, sobresaltada con cada pequeño ruido, y después no había salido en toda la mañana por miedo a lo que pudiera esperar a la puerta. Jenna le había preguntado qué le ocurría, que ella jamás había sido miedosa, pero por lo que a ella concernía podía estar esperándole cualquier maníaco armado dispuesto a matarla. Había pensado acudir a la policía por su cuenta y contar lo que había ocurrido, pero luego pensó que ni siquiera ella tenía muy claro lo que había pasado.

¿Qué podía contar? Ni siquiera conocía a Declan. No tenía pruebas del disparo. No sabía por qué había ocurrido, si había sido un error, o si de verdad querían matarle.

¡Maldito fuera, no quería pensar más en aquello!

Por suerte, sus temores de que alguien la atacara o abordase al pisar la calle eran infundados. Nadie la miró siquiera y pudo pasar tan desapercibida como siempre.

El edificio público que albergaba la biblioteca era uno de esos edificios modernos, con fachada de piedra clara y muchas cristaleras, por las que imaginaba que entraba una maravillosa luz. No era un edificio cálido ni

especialmente hermoso, pero, a pesar de todo, al entrar la asaltó esa paz que sentía siempre que se hallaba en un lugar en el que reinaban los libros. Respiró hondo y, por un momento, se sintió como en casa. Con una sonrisa, se dirigió hacia el mostrador de información.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —preguntó en tono acre el hombre que se encontraba detrás del mostrador, sin apartar la vista del periódico deportivo que estaba leyendo.

—La sección de historia, ¿por favor? —preguntó Tara, indignada ante la falta de interés que mostraba ese hombre por su trabajo.

El hombre señaló sin más hacia un punto indeterminado hacia la derecha y siguió leyendo como si nada.

Volvió a apretar el bolso bajo el brazo, resopló y taconeó hacia donde habían indicado. Suspiró, tratando de armarse de paciencia al ver el desorden que reinaba en las estanterías. Los libros no estaban ordenados según ningún sistema que ella conociera. Algunos de ellos estaban en un estado deplorable e, incluso, presentaban señales de violencia.

Con un gruñido, trató de sacar un libro incrustado entre otros dos volúmenes y gritó cuando varios de ellos amenazaron con caer sobre su cabeza. Una mano salida de la nada impidió que tal cosa sucediera.

—Llevo esperándote todo el día. Sabía que la curiosidad te haría venir antes o después.

Tara se sobresaltó al encontrarse con la atractiva sonrisa de Declan Beauchamp a apenas unos centímetros de su boca. Trató de escurrirse hacia otro lado, pero estaba prácticamente atrapada entre él y la desordenada estantería. Alzó las manos, como pidiendo una tregua, y Declan se apartó hacia un lado, hecho que Tara aprovechó para ir a sentarse en una destartalada silla, sin dejar de mirarlo con el ceño fruncido. Estaba enfadada y no era capaz de disimularlo.

—Me has asustado —dijo al fin, sintiéndose ridícula por la forma en que su pulso se había acelerado al verle—. ¿No puedes aparecer como una persona normal por una vez?

—La normalidad está sobrevalorada, créeme.

Declan se dejó caer en la silla que se hallaba frente a ella y apoyó los

brazos en la mesa llena de marcas, fechas y nombres. Hizo un leve gesto de dolor al mover el brazo herido.

—Tienes buen aspecto. Espero que el hombro no te duela mucho — murmuró Tara, avergonzada por su brusquedad anterior—. Jenna se alegrará de saber que no has muerto por mi culpa.

Declan sonrió al recordar la audacia de la sensual joven.

—Dile que no había motivo para preocuparse. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Espero que no hayas tenido más problemas.

Declan movió las manos en un gesto despreocupado. Después se la quedó mirando, sonriendo de forma enigmática.

—Pareces pensar que mi vida es muy misteriosa, pero te sorprendería saber que soy un tipo muy corriente y aburrido.

Tara se ruborizó sin saber por qué y se aferró al bolso con fuerza, como si así pudiera sentirse más segura. Sus ojos se clavaron en la sonrisa de él. Era una hermosa sonrisa, una sonrisa que merecía la pena besar.

—Hazlo —dijo él de pronto.

—¿Cómo? —murmuró Tara, horrorizada al pensar que él hubiera podido leer en su rostro alguna señal de sus pecaminosos pensamientos.

—Pregúntame por qué te he buscado —añadió Declan ampliando su sonrisa como si, en efecto, hubiera adivinado lo que ella estaba pensando.

Tara carraspeó.

—Bien, ¿por qué me buscabas? —preguntó al fin, con voz menos firme de lo que hubiera deseado—. Y no me digas otra vez que me necesitas, pero no puedes decirme el motivo, porque estoy muy cansada de tonterías.

Declan se recostó contra el respaldo de la silla como si, ahora que ella había hecho la pregunta, no tuviera ninguna prisa por contestarla. Se limitó a recorrer su rostro con una mirada acariciante, con la sonrisa aún jugueteándole en los labios.

Tara se removió en su asiento, inquieta ante el evidente calor de esa mirada.

—¿Qué diablos miras? —preguntó con acritud, a la vez que ahogaba un suspiro de frustración por demostrar que su actitud la afectaba.

Declan enarcó una ceja, sorprendido por su brusquedad.

—Trataba de encontrar un parecido —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Con Jenna?

—No, con Taryn Beauchamp.

Tara suspiró, molesta por tanto misterio. ¿Acaso ese hombre no podía hablar de un modo directo en lugar de crear tanto suspense innecesario?

—¿Y puede saberse quién es Taryn Beauchamp? ¿Algún pariente tuyo? —preguntó, tratando de fingir indiferencia sin conseguirlo.

—Un pariente nuestro, en realidad.

—¿Nuestro? —preguntó Tara incrédula—. Eso sí que no me lo esperaba. No me digas que eres mi hermano perdido o algo así.

—No —la tranquilizó él—. Solo soy tu primo. Un primo muy, pero que muy lejano.

—Está bien, me rindo. No entiendo absolutamente nada. Te dije que lo mejor era empezar por el principio.

—Será mejor que lo veas tú misma. Al menos la versión oficial.

Declan se levantó y buscó en las estanterías con aire experto. Volvió al cabo de unos minutos, cargado de pesados libros, que dejó caer con cuidado en la maltrecha mesa. Ella notó un evidente amor por ellos en su forma de tomarlos, como acariciando sus tapas y lomos. Él tomó uno de ellos y le señaló un gráfico lleno de nombres y fechas.

—Esta es la genealogía de mi familia. Todo comenzó aquí —dijo, señalando un nombre—. Sir Declan Beauchamp.

—El hombre de la estatua —murmuró Tara, interesada a su pesar.

—¡Ajá! Declan era un importante caballero al servicio del rey Eduardo II. Luchó durante años en Francia y Escocia y al volver a Inglaterra, se casó con una de las damas de la reina, Taryn Devereaux. Aunque el enlace comenzó como algo concertado por el rey, acabó siendo un matrimonio por amor, algo nada usual en la época. Se dice que se querían tanto que su amor fue

inmortalizado en varios romances. Alguno de ellos es bastante picante, por cierto, donde describen a la dama como voluptuosa y morena, de hermosos... pies —añadió, acariciándola con la mirada, no supo si por casualidad o no, aunque pronto volvió al libro—. Con el tiempo, tuvieron un hijo, Michael, y más adelante, adoptaron a una niña, una sobrina de Taryn, que había perdido a sus padres después de una epidemia _explicó él con voz firme y segura, como si estuviera acostumbrado a hablar en público—. Hay varios romances dedicados a ellos.

—Es muy bonito, pero no veo que tenga nada que ver conmigo _respondió Tara, resiguiendo con los ojos las líneas de la genealogía de su familia, buscando su nombre o algo que la relacionara con él, sin encontrarlo—. Lo del romance acerca de los pies hermosos es muy... original.

Declan fingió que no escuchaba lo que decía y resiguió las líneas del libro con un dedo largo y moreno.

—Avancemos un poco en el tiempo _dijo él, notando su creciente impaciencia_. En 1323 hubo una conjura contra el rey de mano de algunos barones opuestos a su política de favoritismos. En junio de 1314, Eduardo II había sido derrotado por Robert Bruce en la batalla de Bannockburn.

—¿La de William Wallace?

—Para ese entonces él ya había sido ejecutado, pero más o menos —respondió Declan poniendo los ojos en blanco—. Bueno, algunos barones culparon a la debilidad del rey por la derrota, que dio la libertad al reino escocés durante algunos años. Fue el inicio del fin del reinado de Eduardo. Como comprenderás, los barones decidieron que ya era bastante. No era la primera conjura que se formaba en su contra, pero esta tenía visos de tener éxito. Se dice que incluso la reina Isabel los apoyaba en secreto. Pero, por alguna razón, sir Declan se negó a participar en ella y la conjura fracasó.

Algo en su tono de voz le dijo a Tara que Declan no estaba demasiado de acuerdo con la decisión de su antepasado.

—¿Crees que no hizo bien al negarse?

—Tal vez, si no lo hubiera hecho, no habría ocurrido lo que al fin pasó —murmuró él con la mirada algo perdida.

—No creo que el rey se quedara tan tranquilo al saber que habían estado a

punto de derrocarlo. Quizá sir Declan solo pretendió mantener a su familia a salvo.

—En efecto, muchos de los cabecillas fueron decapitados.

—¿Lo ves? —dijo Tara encogiéndose de hombros.

—Lo que le ocurrió a sir Declan y a su familia no fue mucho mejor. Para agradecerle su apoyo, el rey le otorgó las tierras de algunos de los barones ajusticiados. En agradecimiento a los honores recibidos, se celebró un oficio especial en la catedral...

Tara se estremeció al sentir un súbito escalofrío. En un acto aparentemente reflejo, Declan le tomó la mano. Intentó soltarse, pero Declan se limitó a agarrarla con más fuerza aún. Cerró los ojos. La oscuridad invadió su mente. Oía los gritos, casi podía oler la sangre derramada. Sir Declan en el suelo, pálido. Taryn arrodillada a su lado, antes de caer sobre él con una daga clavada en el cuello.

—Ahora es cuando la historia se parte entre la versión oficial que aparece en los libros y la que la familia cuenta. Según los libros, la ira de Dios descendió sobre sir Declan por haber traicionado los deseos del Papa y el rey de Francia y no haber apoyado la conjura. La torre central de la catedral se derrumbó durante la ceremonia en honor al rey.

—Los mataron —murmuró ella con la voz entrecortada, mientras la visión desaparecía, dejándole una sensación devastadora.

Declan calló. No fue necesario que dijera nada más. De algún modo, ella lo sabía. ¿Cómo era posible? Pocas personas que no fueran de la familia conocían la verdad. Nadie que no fueran ellos... o los descendientes de los asesinos.

Pero ella sentía una conexión especial con él, siempre lo había sabido. Lo había sentido al verla por primera vez. Y ahora estaba seguro de que era la indicada.

Cuando lo miró, sus ojos parecían charcos de dolor. Declan asintió, dándole un último apretón en la mano antes de soltársela. Tara se enjugó una lágrima con una mano temblorosa.

—¿Y los niños? —preguntó con voz temblorosa.

—Sobrevivieron, por suerte o por desgracia. La niña fue enviada a un convento, algo muy común en aquella época, y Michael fue adoptado por uno de los enemigos de su padre.

—¡Eso es horrible!

Declan esbozó una ligera sonrisa.

—Me temo que el plan no le salió demasiado bien. Cuando el pequeño Michael creció, se convirtió en un guerrero tan temible como su padre. A pesar de la educación recibida, el muchacho nunca olvidó su verdadero origen, de modo que reunió a algunos de los caballeros que habían sido fieles a su padre y se sublevó contra su padre adoptivo para reclamar las tierras que este les había arrebatado.

—¿Lo logró?

—No —dijo Declan con evidente pesar—. Michael Beauchamp era joven e imprudente. Perdió. Su padre adoptivo jamás perdonó lo que consideró una traición, pero al menos le dejó seguir viviendo. Amargado por el recuerdo de su fracaso, Michael emigró a Francia, donde ejerció durante años como soldado de fortuna.

—Como mercenario, querrás decir.

—Da lo mismo —replicó él, molesto por su puntualización—. Con el tiempo Michael se casó. Durante generaciones los Beauchamp siguieron en Francia. De vez en cuando, alguno de ellos trataba de reclamar las tierras de su antepasado, sin éxito. Hasta que, durante la Revolución Francesa, la familia decidió volver a la madre patria, donde hemos vivido sin más novedades hasta el día de hoy _terminó, con un satisfecho chasqueo de la lengua.

Tara asintió, aunque aún no comprendía qué tenía que ver todo aquello con ella.

—¿Qué ocurrió con la niña?

Declan sonrió.

—Como te he dicho antes, fue enviada a un convento. Pero era una niña rebelde y las monjas no eran capaces de dominarla, de modo que uno de los barones no tuvo más remedio que tomarla bajo su cuidado. La muchacha creció, y dicen que era casi tan hermosa como su tía Taryn. El hijo de su tutor

se enamoró de ella y, desafiando a su padre, la desposó.

—Dios mío, esto se complica cada vez más...

—Pasaron los años. Nuestra feliz pareja tuvo hijos, y éstos tuvieron hijos a su vez. Hasta que llegó una muchacha llamada Taryn, en honor a su antepasada, que se casó con un rico hacendado escocés llamado Angus McNaught.

Tara lo miró con los ojos abiertos como platos. Aquella historia no podía ser real, era todo demasiado... demasiado. Pero mirando a Declan no tuvo más remedio que admitir que todo podía ser muy cierto y, de hecho, explicaba en cierto modo lo que sentía cuando estaba a su lado y la tocaba. Esas... visiones... y lo que había sentido en la catedral.

—Bien, es una bonita historia, pero aún no entiendo a dónde quieres llegar ni lo del disparo.

—Creo que está todo muy claro. En los romances antiguos hablan de una conexión entre Declan y Taryn. Dicen que su amor era tan profundo que era legendario.

—¿Conexión?

—Tú sientes lo mismo que yo, no puedes negarlo. Cada vez que te toco puedo notar que ocurre algo entre nosotros.

Tara alzó las manos en un gesto defensivo.

¿De qué diablos estaba hablando ese hombre? No podía decir en serio que estaban relacionados de alguna forma. Podía creerse, con esfuerzo, que ambos fueran descendientes de esos legendarios amantes, pero eso de la conexión era absurdo.

—Lo que no entiendo es por qué yo —respondió, evitando comentar nada acerca de lo que ocurría cuando se tocaban—. En el mundo debe de haber cientos de personas llamadas McNaught.

—Es cierto, pero yo sabía que eras tú.

—¿Y por qué no Jenna? —al pensar en esa posibilidad, la mirada de Tara se iluminó—. Ella estaría encantada de ayudarte.

—Supongo que por el mismo motivo por el que mis hermanos no tienen las

mismas «sensaciones» que yo. Cuando Jenna me tocó, simplemente no lo sentí.

—No sabía que tuvieras hermanos.

—Creo que ya te lo dije antes, pero, si lo piensas bien, no sabemos nada el uno del otro.

—¿Cómo sabías que yo era la descendiente de Taryn Beauchamp? Tal vez perdiste a alguno de sus parientes...

Declan la miró, sonriendo de modo enigmático. Trató de tomarla de la mano, pero Tara, escarmentada de experiencias anteriores, se zafó con rapidez.

—Si antes no estaba seguro, ahora lo estoy —declaró mirándola con aire satisfecho.

Minutos después abandonaron la biblioteca y se sentaron en la agradable terraza de un café de la plaza, justo enfrente de la catedral, que le puso los pelos de punta a Tara cuando la miró.

Tara probó su té con limón, observando a Declan por encima del borde de la taza de porcelana.

—Te lo preguntaré otra vez. ¿Cómo me reconociste?

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Sabía que vendrías aquí de vacaciones. Sabía también dónde te alojarías. Era cuestión de tiempo que aparecieras por la catedral.

Si estaba sorprendida, Tara no lo demostró en absoluto. Sospechaba que, a esas alturas, ya nada sería capaz de sorprenderla.

—Pero hay cientos de turistas que visitan la catedral cada día.

—Al principio no te pensé que pudieras ser tú, lo reconozco. Esperaba a alguien más... —Declan se calló, súbitamente avergonzado.

—A alguien más espectacular, supongo —terminó Tara por él con una sonrisa irónica—. Me imagino tu decepción. Debe de ser duro que no sientas eso que dices con Jenna. Ella sí da esa imagen de heroína de película.

Declan ignoró su comentario.

—De pronto te vi observando las vidrieras. Tu rostro... —Declan la miró

con los ojos iluminados por alguna emoción que Tara no pudo comprender—. Parecías tan fascinada. Aún no sabía que eras tú y, sin embargo, algo dentro de mí se sintió atraído por ti desde el primer instante. Entonces vi que estabas a punto de caerte, te toqué, y lo supe.

Tara recordó la agradable sensación que le habían ofrecido sus brazos aquella tarde. Ahora sabía por qué él la había mirado con aquella extraña mirada de conocimiento. Declan la había reconocido y su espíritu lo había reconocido a él.

—Fue algo mágico —siguió Declan. Su voz sonaba divertida ante su propio embeleso—. Como si, al fin, todo encajara dentro de mi cabeza.

—Siento decirlo, pero ¿por qué me buscabas en realidad? Dudo que fuera por simple curiosidad. ¿Y lo del disparo de la otra noche? ¿Hay algo más que debieras contarme?

Declan se pasó una mano por el cabello, en un gesto que ella reconoció como uno de los que revelaban su nerviosismo. Se preparó para una revelación peliaguda. Sus ojos se desviaron hasta posarse, casi sin quererlo, en la vieja estatua del viejo sir Declan Beauchamp. Una imagen del caballero haciendo el mismo gesto inundó su mente, no supo si había sido creada por su imaginación o si era otra de sus visiones.

—Lo que te dije la otra noche de que no tenía ni idea de quién nos había disparado es cierto. Pero lo cierto es que sospecho quién pudo ser.

—¿Quién? —preguntó Tara sin poder evitar sentirse intrigada y fascinada al mismo tiempo.

—Verás —comenzó Declan con un suspiro de resignación. Era evidente que habría deseado no tener que contárselo—. Hace unos diez años, mi padre trató de reclamar las tierras de nuestros antepasados. El actual dueño, un tal Samuel Barrymore, ganó un juicio que arruinó a mi padre, que murió poco después a causa de un cáncer. Mi madre y nosotros pensamos que murió a causa de la indignación y de la humillación sufrida.

—Lo siento —dijo ella.

Tara tomó su mano por encima de la mesa. Esta vez no sintió la terrible sensación que había sentido en otras ocasiones. Notó cómo fluía de ella una especie de corriente que alivió visiblemente el dolor que había aparecido en

el rostro de Declan.

—Gracias —murmuró él apretando un poco más la mano de Tara, como si temiera que lo soltara, aunque ella no lo iba a hacer, de todas formas.

La mano de Tara se acomodó en la de Declan como si aquel fuera su lugar natural. Por fin, él emitió una débil sonrisa.

—Desde niños, mi padre nos inculcó el amor por la investigación y todos, en mayor o menor medida, nos hemos dedicado a ello a lo largo de nuestra vida.

—¿A qué te dedicas?

—Soy historiador.

—¡Pero eres muy joven! Los historiadores que yo conozco tienen todos al menos sesenta años.

Declan sonrió ante el tono sorprendido de Tara.

—También existe algún joven talento —contestó él con tono burlón—. ¿Sabes? La historia de nuestra familia ha sido una especie de obsesión para mí, como lo fue antes para mi padre. Después de su muerte, apenas tuve el valor para acercarme a los papeles que él había dejado, pero hace un par de años, se los envié a un compañero de la facultad, que me mandó una carta diciéndome que había encontrado unos documentos que me interesarían. Tuve una especie de presentimiento. Tardé un par de meses en reunir el valor para responderle.

—¿De qué se trataba? —preguntó ella intrigada.

—Era de una especie de testamento. Al parecer, sir Declan sospechaba que algo podría pasarles, de modo que, en previsión de que su hijo y la sobrina de su esposa sobrevivieran, decretó que solo estos o sus herederos tendrían derecho a heredar sus propiedades.

—De modo que ahora posees un documento con el que puedes recuperar el patrimonio de los Beauchamp —respondió ella, emocionada sin poder evitarlo.

—Hay una cláusula —dijo Declan mirándola fijamente a los ojos—. Solo los descendientes de ambos niños «unidos» podrán reclamar las tierras.

Tara soltó su mano de golpe. Ahora comprendía la razón de tanta

insistencia.

—No —declaró, poniéndose en pie—. Lo siento por ti y por tu familia, pero yo no quiero participar en esto, y menos aún cuando los dueños actuales y legales, lo quieras o no, están dispuestos a matarnos con tal de que no consigas salirte con la tuya.

—¡Tara! Esos hombres mataron a decenas de Beauchamp a lo largo de la historia. Se lo debemos.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo. No tiene nada que ver con nosotros.

—Mi padre murió por su culpa —murmuró Declan con el ceño oscurecido de pronto.

—Lo siento Declan, pero no creo que el mejor homenaje a tu padre sea hacer que te maten a ti también. No permitiré que me utilices para eso. Piensa en tu familia. Déjales descansar en paz.

—Se nota que no lo entiendes, pero lo comprenderás. Un día lo entenderás, porque tú perteneces a esto.

Estaba tan convencido que la asustó. Y ese miedo la obligó a alejarse. Necesitaba perderle de vista y olvidar todo aquello. Porque prefería pensar que todo era mentira, porque la seguridad era más... segura.

Con un leve gesto de despedida, Tara se alejó en dirección al hotel. Lanzó una última mirada a la mesa donde habían estado sentados, pero Declan ya había desaparecido.

—¿Por qué no me extraña? —murmuró entre dientes, mientras lanzaba una mirada oscura a la catedral.

CAPÍTULO 4

—No sé a qué viene tanta prisa —rezongó Jenna, dejándose caer en el asiento del tren que las llevaría a casa.

Tara empujó la última de las maletas sobre el estante superior y se derrumbó en el asiento frente a su hermana, tratando de recuperar el aliento.

—Gracias por tu ayuda, Jenna —resopló, agotada tras cargar con las numerosas maletas de su hermana. ¿Cómo era posible que tuviera tanto equipaje si solo habían pasado en Ely tres días?

—Aún nos quedaba un día de vacaciones ¡y ya estaba pagado! No me mientas —dijo Jenna clavando en su hermana una mirada llena de suspicacia—. Algo sucedió ayer en la biblioteca.

Un rubor traicionero cubrió las mejillas de Tara.

—¿Tiene algo que ver con Declan Beauchamp? —continuó Jenna, encantada al ver que su hermana se delataba a sí misma—. ¿Le diste recuerdos de mi parte?

Tara no respondió. Miró por la ventanilla, inquieta, preguntándose cuándo saldría de la estación el maldito tren. Por fin, un pitido anunció la salida. Al cabo de unos pocos segundos, el tren se puso en marcha.

Aliviada, Tara suspiró y se recostó en el incómodo asiento con una sonrisa satisfecha. Había perdido un día de vacaciones, sí, pero Declan y su obsesión había quedado atrás, y eso era una buena noticia, sin duda.

—No fue muy amable por tu parte eso de marcharte sin despedirte, por no hablar de lo de colgarme el teléfono cuando te llamé ayer por la noche.

Tara lanzó un chillido involuntario al volverse hacia la puerta del compartimento, desde donde Declan Beauchamp, el mismo Declan Beauchamp del que Tara creía haberse librado para siempre, le sonreía con fingida dulzura.

Le avergonzaba que él hubiera leído tan bien en su cabeza. La noche anterior la había llamado, evitando en todo momento contarle cómo había conseguido su número de teléfono. Seguro que del mismo modo en que había averiguado en qué hotel se alojaba y cómo se encontraba allí. Prefería no pensarlo. Había tratado de convencerla una vez más de que le ayudara a

reclamar la herencia de su familia, haciendo oídos sordos a sus suplicas de que lo olvidara todo, por su propio bien. Declan se había empeñado en que era lo justo, y, aunque ella no lo dudaba en absoluto, su tono obsesivo la había asustado en ese momento, y también ahora, porque la miraba como si le hubiera traicionado al marcharse a toda prisa.

Jenna se lanzó a abrazarle con un gritito de felicidad, ignorando su rostro serio.

—Tara, no te quedes ahí, ayúdale con su maleta. Seguro que aún le duele el hombro herido.

Tara bufó indignada mientras se volvía hacia la ventana, indicando a las claras que no quería tener nada que ver con aquello. Hubiera deseado que Declan desapareciera para siempre de su vida, pero, ahora que Jenna le había dado la bienvenida tan calurosamente, supo que ya no tenía nada que hacer.

Declan dejó su maleta en el estante con facilidad, estirando sus músculos con delicadeza gatuna, ganándose con ello un suspiro de franca admiración por parte de Jenna.

Tara se vio obligada a doblar las piernas al darse cuenta de que él iba a sentarse justo frente a ella. Le lanzó una breve mirada de fastidio y después volvió a fijar los ojos en la poco emocionante vista que ofrecía la pequeña ventana del tren. Una vez dejada atrás la bonita ciudad, y la isla de Ely, el paisaje no era demasiado emocionante, poco menos que llanos campos verdes.

Jenna parloteaba sin cesar, tratando de llamar la atención del apuesto hombre, pero Tara podía sentir la mirada de Declan fija en ella, tratando de buscar alguna reacción en su rostro. Se esforzó en mostrarse impasible, decidida con todas sus fuerzas a ignorarle.

Al cabo de una hora, aburrida de la vista, Tara alargó la mano hacia el bolso, que se cayó al suelo derramando todo su contenido. Se agachó para recogerlo todo y su cabeza chocó contra la de Declan con un ruido audible cuando él también se arrodilló para ayudarla.

—Tienes la cabeza muy dura —lo acusó, dando un respingo de dolor—. En todos los sentidos.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Declan inclinándose hacia ella—. Déjame ver.

Cuando le tocó la frente, Tara sintió una especie de descarga eléctrica en todo su cuerpo. Frotándose los dedos, Declan se separó con la estupefacción pintada en el rostro. No era la primera vez que se tocaban, pero lo cierto era que cada vez aquella sensación era más intensa.

—Estoy bien —dijo Tara al fin, con voz temblorosa, evitando mirarle.

Jenna los observó con atención. El modo en que evitaban tocarse, la expresión de sus rostros cuando Declan la había tocado...

—Aquí ha pasado algo que no me habéis contado —los acusó mirándolos alternativamente, con una ceja enarcada.

Tara esbozó una sonrisa nerviosa.

—No sé qué tonterías estás diciendo.

Jenna se volvió hacia Declan, sabiendo que su hermana no le contaría nada.

Él miró de reojo a Tara antes de decidirse a hablar. Suspiró, sabiendo que no había nada que hacer. Jenna podía parecer simpática y amable, tal vez incluso algo inocente, pero en ese momento su mirada no ofrecía tregua: tenía que decirle lo que ocurría o no tendría ninguna oportunidad de conseguir su ayuda. Al final le contó una versión reducida de lo que le había contado a Tara, pasando por alto la muerte de su padre y las sospechas sobre quién les había disparado hacía unos días.

—De modo que somos primos, o algo así —dijo Jenna con una sonrisa satisfecha, sin notar que él no se lo había dicho todo, ni mucho menos—. ¿No pensabas contármelo, hermanita?

Tara le lanzó a Declan una mirada de reproche antes de volverse hacia su hermana. Él lo hacía parecer todo maravilloso y apasionante, pero para ella no tenía nada de fabuloso. Más bien todo lo contrario. ¿No había hablado de muertos a lo largo de la historia? Ella no quería que ninguno de ellos formasen parte de esa gente asesinada o muerta por una obsesión enfermiza, como el padre de Declan. Ninguna herencia merecía la pena tanto sufrimiento.

—Ya le dije a Declan que no contara conmigo para eso.

—¡Pero Tara!

—No te preocupes, Jenna —dijo Declan con una sonrisa tranquila—. No

renunció a convencer a tu hermana. Por eso estoy aquí —añadió guiñándole un ojo.

Tara lo miró enfurecida.

—Necesitas a una descendiente de los Beauchamp, ¿no? Jenna también lo es —señaló con una sonrisa tirante—. Ahora que lo sabe todo, no hay ningún problema. Además, ya ves que está encantada con todo esto. Es tu día de suerte.

Declan se volvió hacia Tara y se inclinó hacia delante, clavando en ella una mirada enfurecida. Adelantó una mano, como si pretendiera tocarla. Tara escondió ambas manos detrás de la espalda en un gesto instintivo. Declan le dedicó una sonrisa torcida.

—Sabes muy bien que eres tú la que necesito. Además _añadió con un leve encogimiento de hombros_, sabes tan bien como yo que hay cosas que no se pueden pasar por alto, aunque no nos gusten.

Ella pensó que se refería a lo que ocurría cada vez que se tocaban, esa sensación ardiente que ella intentaba olvidar con todas sus fuerzas, atribuyéndola a la autosugestión. Que tuviera el descaro de hablar de algo así en presencia de su hermana debería haberla enfurecido, pero no quería discutir más.

—Declan, por favor, olvídalo —suplicó Tara—. Todo esto es absurdo.

Jenna resopló, indignada, sintiendo que se había perdido algo importante por el camino.

—¿Y puede saberse por qué diablos no te valgo yo?

Declan le tomó bruscamente una mano y le preguntó:

—¿Qué sientes?

Jenna lo miró sin comprender lo que quería decir.

—¿Lo entiendes ahora? —siguió Declan—. Entre tu hermana y yo hay una especie de... conexión. Cuando nos tocamos sentimos algo extraño y difícil de explicar. Aunque lo niegue, Tara sabe tan bien como yo que ella es la única persona que puede ayudarme.

Tara bufó, pero él la ignoró. Ahora que Jenna lo sabía, ya no había marcha

atrás, y él aprovecharía muy bien esa ventaja. Maldito chantajista.

Jenna esbozó una sonrisa vacilante, y dándole un último apretón, soltó la mano de Declan, resignada a lo evidente.

—Debe de ser maravilloso sentir algo así por alguien.

Declan le guiñó un ojo y habló casi en un susurro.

—La verdad es que a veces da miedo.

—No deberías habérselo dicho.

Declan miró a Jenna, que yacía dormida en el asiento de enfrente. Tara no había tenido otro remedio que hacerse a un lado para dejarle a Declan sitio para sentarse.

—Como tú misma has dicho, ella también es uno de los descendientes de los Beauchamp. Tenía derecho a saber lo de la herencia.

—No me refiero a eso, sino a... —Tara bajó la voz hasta un susurro apenas audible—. ¿Cómo lo llamaste? Nuestra... ¿conexión? —añadió con tono burlón—. Sin duda, sabes hacer que todo parezca muy místico y maravilloso. Seguro que eres la alegría de las fiestas.

Declan esbozó una sonrisa. No le molestó su tono de amargura.

—¿Tienes miedo de admitir que sientes algo por mí? —preguntó él arrastrando la voz como un galán trasnochado.

Tara bufó.

—Yo no siento nada por ti. Eso que ocurre cuando nos tocamos es pura sugestión. Y en el caso de que fuera real... tú mismo dijiste que se debía a nuestra herencia.

—Tal vez —murmuró Declan en tono misterioso y con una sonrisa pícaro—. Es muy tarde —dijo después—. ¿Por qué no intentas dormir un poco?

Tara suspiró. Había sido un día terrible. La noche anterior no había dormido nada después de hablar con él y por la mañana casi había sacado al gerente del hotel de la cama para que le hiciera la cuenta. Luego el viaje en taxi para llegar a la estación de tren y la inesperada aparición de Declan habían acabado de crisparle los nervios, porque estaba convencida de que se había librado de él y de su persuasiva sonrisa. Estaba agotada tanto física

como emocionalmente y, sin embargo, no creía ser capaz de pegar un ojo hasta que aquella pesadilla acabara de una vez.

—Tengo muchas cosas en las que pensar —dijo al fin, mirándolo de reojo.

Declan le dirigió una sonrisa torcida y se acomodó contra el respaldo. Estiró las largas piernas cuanto pudo y cerró los ojos.

Tara lo miró con el ceño fruncido. ¿Cómo era capaz de dormirse con tanta facilidad después de todo lo que había pasado? A pesar de su enfado, no pudo evitar estudiarlo. Era muy atractivo, pensó, casi guapo. Aunque no tanto como el Declan de la estatua, se dijo, con saña. Sus ojos vagaron por el resto de su cuerpo relajado. Parecía estar en forma. ¿Sería su cuerpo bajo la ropa tan poderoso como el del antiguo Declan? Frunció el ceño al darse cuenta de hacia dónde se dirigían sus pensamientos. Le había dicho que tenía muchas cosas en las que pensar, y era cierto, pero el físico de Declan no era una de ellas. Claro que pensar no era algo que hubiera practicado mucho desde que ese misterioso desconocido había aparecido en su vida. Había intentado huir de él, pero el muy cabezota la había seguido.

Se descubrió sonriendo mientras lo observaba en la penumbra del vagón. Pero ya había sido bastante para ella, en cuanto llegara a su casa, se desharía de él para siempre. Volvería a trabajar en la biblioteca, volvería a su vida ordenada, a su existencia controlada. No había sitio en ella para misteriosas «conexiones», ni para parientes desconocidos.

Aunque, ahora que lo pensaba, Declan no le había pedido en ningún momento que le dejara ser parte de su vida. Tan solo quería que ella le ayudara a recuperar el patrimonio de su familia. Un patrimonio por el que había muerto su padre, entre otros. Un patrimonio por el que él mismo parecía dispuesto a morir, se dijo, recordando con rabia el disparo en la plaza y su relajada actitud en el hotel.

Aquella vez había sido una herida sin importancia, apenas un roce, pero la próxima...

¡No habría una próxima vez!

Convencería a Declan de que lo olvidara todo y que comenzara una nueva vida sin herencias familiares, sin pesadas cargas. Tenía que dejar descansar a su familia, a la familia de los dos. Sus antepasados habían muerto de un modo terrible, y según Declan esas muertes habían acarreado muchas más. No podía

en serio querer perpetuar eso para siempre.

En algún momento de la noche, Tara comenzó a cabecear. Trató de mantenerse despierta, pero le resultó imposible. Casi sin darse cuenta, apoyó su cabeza en el hombro de Declan, encontrándolo inesperadamente cómodo y cálido.

Con un rezongo, Declan la acomodó mejor, rodeándola con los brazos, de forma que ella quedó recostada contra él. Tara no intentó apartarse, sino que agradeció con un suspiro la nueva postura. Estaba tan cansada y tan a gusto.

CAPÍTULO 5

Jenna se despertó y miró a su alrededor, desorientada. Al fin recordó. El tren. Se levantó y se apartó el cabello castaño de la cara. Y de pronto se quedó paralizada. En el asiento de enfrente, su hermana descansada tumbada encima de Declan. Sus rostros estaban a escasos centímetros el uno del otro, sus piernas estaban enredadas y sus manos unidas.

Sintió una punzada de envidia al verlos. Suspiró. En fin, Declan jamás se había fijado en ella. Con una sonrisa maliciosa, Jenna salió del compartimento, dejándolos solos. Sin una pizca de remordimiento, trató de imaginarse la cara de su hermana al despertar.

Tara suspiró de alivio cuando sus manos se cerraron al fin sobre sus nalgas y la apretaron contra él, de modo que pudo sentir la fuerza de su excitación. Lanzó un gemido y un ronroneo felino. Tenía la sensación de llevar horas esperando justo aquello. Y ahora quería más.

—Eso me ha gustado, gatita —oyó decir a una voz ronca justo junto en su oído.

Y entonces se dio cuenta de que no estaba soñando. Con un chillido poco digno, trató de apartarse, luchando contra las manos de Declan, que aún trataban de aferrarla.

—¡Eres un maldito cerdo! ¡Suéltame, asqueroso! —gritó cuando Declan le dio una última palmada en el trasero a modo de triste despedida.

—Ya decía yo que este sueño era demasiado bueno para que durara mucho —murmuró él con voz pesarosa.

Tara se levantó de golpe y apretó su espalda contra la ventana, tratando de mantenerse lo más lejos posible de él.

—¡No te acerques! —chilló al ver que él también se levantaba.

Declan alzó las manos en señal de rendición. Estaba despeinado, tenía la ropa desarreglada y arrugada y lucía una erección digna de admiración.

Tara se sonrojó al ver su estado. Las manos le temblaron un poco cuando se las pasó por el cabello enmarañado.

—Ha sido agradable —dijo él, con despreocupación total—. Espero que

se repita pronto, y que reconozcas que tú también lo estabas disfrutando.

Tara frunció el ceño, a la vez que sentía que su sangre se aceleraba. Aquello se parecía bastante a una promesa.

—¡Olvídalo! Eso nunca ocurrirá. Y tu idea de mi disfrute está muy equivocada. Antes preferiría tirarme en marcha de este tren —exclamó, aunque sin la firmeza que hubiera deseado.

Declan esbozó una sonrisa sensual al notarlo.

—Quizás... gatita...

—¡No me llames así, maldito... —se detuvo, sin saber qué calificativo usar. Todos los que le venían a la cabeza eran demasiado suaves para lo que sentía en ese momento.

Lanzando un bufido, miró a su alrededor, como buscando algo que arrojarle, y fue en ese momento que se dio cuenta de que Jenna había desaparecido.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó en tono acusatorio.

Declan volvió a alzar las manos en un gesto defensivo.

—Yo estaba demasiado ocupado acariciando tu maravilloso... —se detuvo al ver la mirada amenazadora de su rostro—. Debe de haber ido a desayunar.

Tara lanzó un último bufido y salió en tromba del compartimento. Declan se apartó a un lado, como si temiera que le pasara por encima. Con un suspiro, se dijo que era muy probable que a ella no le importara en absoluto verlo aplastado a sus pies. Con un último suspiro de resignación, la siguió. Una lenta y sensual sonrisa se dibujó en sus labios al recordar el modo en que Tara había reaccionado ante sus caricias. Estaba muy seguro de que aquello no había tenido nada que ver con su conexión.

—Interesante —murmuró, acomodándose la ropa antes de seguirla.

Encontraron a Jenna en la cafetería, disfrutando de la atención de un par de galantes caballeros, que se habían ofrecido a acompañarla durante su solitario desayuno. Al ver entrar a su hermana y a su acompañante, se disculpó y se sentó con ellos en una mesa libre.

Tara pidió un té solo, sin azúcar, y Declan uno con mucha crema.

Jenna los observó durante unos instantes por encima de su taza de porcelana, buscando señales de lo que podía haber pasado entre ellos. Por la cara de Tara, era evidente que habían tenido una escena, aunque Declan parecía bastante contento.

—¿Habéis dormido bien? —preguntó al fin, queriendo dar a sus palabras un tono casual, sin conseguirlo del todo.

—Mejor no preguntes —dijo Tara pidiendo un segundo té—. He tenido una pesadilla horrible. Un pulpo enorme trataba de cogerme y devorarme—añadió, lanzando una mirada intencionada a Declan.

Este se encogió de hombros con aire inocente.

—Pues yo he tenido un sueño de lo más encantador, en el que alguien me agarraba de... —Declan terminó la frase con un quejido de dolor mientras apartaba el dolorido pie de la zona de alcance de Tara.

La miró con aire ofendido, aunque la mirada de furiosa advertencia que Tara le lanzó bastó para acallararlo, al menos por el momento.

—¡Vaya, eso es muy interesante! —exclamó Jenna, mientras lo observaba todo con estudiada indiferencia.

Saludó a los dos hombres que la había acompañado antes con una dulce sonrisa que no desapareció del todo cuando se volvió hacia ellos.

—Seguro que Freud tendría algo que decir acerca de vuestros sueños, queridos míos. Aunque, ¿sabéis?, he estado pensando en vuestra... conexión —Jenna notó que Tara se había erguido, tensa como la cuerda de un arco a punto de dispararse—. ¿Cómo funciona? No me queda claro —remató con una sonrisa tranquila, dando un último sorbo al té tibio.

Los miró a ambos alternativamente, mientras esperaba que le respondieran.

Tara se recostó contra el respaldo de la silla y le lanzó una mirada resentida.

Declan la miró de reojo antes de contestar, con voz vacilante.

—¿De verdad quieres saberlo?

Jenna asintió con la cabeza.

Declan volvió a mirar a Tara, pero esta tenía la vista clavada en su taza, como si deseara que se desintegrara en el acto. Carraspeó antes de continuar.

—A veces, nos cogemos la mano y sucede. En otras ocasiones, basta con un roce.

—¿Y sucede siempre?

Declan vaciló.

—Pues, en realidad, no lo sé. Ha ocurrido un par de veces.

—Pero ¿en qué consiste? ¿Qué sentís?

—Es difícil de explicar. A veces es algo agradable, como una especie de cosquilleo, y otras no tanto —Declan sonrió, nervioso. Miró a Tara, aunque ella evitó devolverle la mirada.

—Mostrádmelo. Quiero verlo —sentenció Jenna con firmeza.

Tara la miró horrorizada y Declan frunció el ceño al pensar que ella se oponía a tener que tocarlo.

—Jenna, esto no es un juego —dijo con voz tensa.

—Lo sé —lo atajó la joven—. Pero yo también soy una de las herederas, tengo derecho a saberlo todo.

—Esto no tiene nada que ver con la herencia de los Beauchamp. Es algo personal. Y te aseguro que no es un juego.

—Quizás. Pero Declan dice que aparece en los romances. Creo que tengo derecho a saberlo.

Tara conocía a su hermana. Para la mayoría de la gente Jenna era una joven alegre y despreocupada, pero ella la conocía bien: cuando quería, Jen podía ser testaruda hasta un punto insoportable. No en vano eran hermanas.

—De acuerdo, ¿quieres verlo? —preguntó Tara con los labios apretados en una fina línea —. Lo verás.

Al ver la evidente angustia de su hermana, Jenna estuvo a punto de echarse atrás, pero ya era demasiado tarde.

Tara tomó la mano de Declan, que descansaba sobre la mesa junto a las

tazas vacías. Por primera vez, fue él el que trató de apartarse. Pero la mano de Tara, fría y seca, parecía una garra. Al principio no sucedió nada. Luego comenzó el calor. No se trataba de un calor agradable, sino que provocó en él una sensación electrificante y extraña. Casi deseó apartarse. Pero entonces la mano de Tara se acomodó dentro de la de Declan y este la apretó con más fuerza. Sus dedos se apretaron con fuerza a los de él y el pulgar acarició el dorso de los suyos. Era muy consciente de que no sabía lo que hacía, pero dio igual. El calor subió por sus manos, sus brazos, y comenzó a bajar, recorriendo sus cuerpos en una especie de escalofrío ardiente. Declan emitió un ruido, mitad quejido, mitad gemido. Tara cerró los ojos cuando el calor comenzó a arremolinarse en su estómago, bajando más y más. Entreabrió los labios para dejar un dulce suspiro. Declan podía sentirlo en su interior, girando como un loco, descendiendo.

Una calma extraña se instaló en ellos y, de pronto, todo estalló. Declan apretó los dientes al sentir el clímax, tan inesperado como apabullante. Sus músculos estaban tensos, todo su ser palpitaba.

Tara abrió los ojos, nublados por la pasión y lo miró, como si no lo reconociera. Sus respiraciones estaban entrecortadas, sus miradas, febriles. Sus manos, aún unidas, parecían soldadas la una a la otra. Se miraron fijamente por unos instantes eternos, los rostros arrebolados, las frentes sudorosas, los labios anhelantes...

—¿Es siempre así?

La voz de Jenna fue como un cubo de agua fría. Se soltaron las manos como si fueran ascuas ardientes. Ninguno de los dos parecía capaz de mirar a la joven.

—¡Dios mío! —exclamó, encantada—. Ha sido como en aquella película. Solo que esta vez ha sido auténtico —añadió, con una sonrisa pícaro.

Tara la miró horrorizada. Jenna sonreía de oreja a oreja, mientras los miraba, primero a uno y luego al otro, encantada.

—Si con solo tomaros las manos es así, ¡imaginaos en la cama! Debe de ser algo brutal... Pero no os sintáis avergonzados —declaró con naturalidad al ver los rostros sonrojados de ambos—. En realidad, tanta pasión es algo envidiable y sano.

—¡Jenna! —exclamó Tara, deseando que se la tragara la tierra.

Jamás se había sentido más avergonzada en toda su vida. ¡Dios mío! Y en un lugar público. Seguro que todo el mundo les estaba mirando. Tara se hundió un poco más en la silla. Todavía sentía el cuerpo palpitante. Cada movimiento era una pequeña tortura. No podría andar ni aunque la matasen.

—Si me disculpáis —ambas miraron a Declan, que se levantó y colocó su chaqueta con discreción ante él—. Tengo que ir a cambiarme —murmuró, saliendo del vagón restaurante tan deprisa como pudo, y sin alzar la vista del suelo.

Jenna lanzó un suspiro de admiración cuando sus ojos acariciaron el cuerpo de Declan antes de que este desapareciera. Tara le dedicó una mirada de reproche por su descaro. Tras un último vistazo de aprobación a su trasero, la mirada de Jenna volvió a clavarse en su hermana, llena de morbosa curiosidad. El tono de su voz bajó de modo considerable, cuando le preguntó, con notable envidia:

—Y ahora, cuéntame, ¿ha sido tan bueno como me ha parecido?

CAPÍTULO 6

Poco tiempo después llegaron a la estación. Tara sintió un alivio que jamás habría imaginado al pensar que pronto llegaría a su casa, retomaría su rutina... y se desharía de Declan.

La estación de Egham parecía tan tranquila como siempre y lo que en otras ocasiones le había parecido aburrido y monótono, ahora le pareció seguro y adorable.

Mientras Jenna corría hacia su abuela, que les esperaba en el andén con los brazos extendidos, Declan y Tara caminaban cargados con el equipaje. Ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio hasta que ya estaban a punto de reunirse con Jenna y su abuela. Agradeció tanto su ayuda que ni siquiera se le ocurrió preguntarle por qué había bajado del tren en lugar de seguir camino hasta Londres. Si es que vivía en Londres.

—Será mejor que olvidemos lo de... antes —dijo Tara al fin, mirándolo de reojo.

—Sí —murmuró Declan, bajando la mirada—. Tienes razón. Ambos estábamos sugestionados y...

—Olvidémoslo —atajó Tara—. Si tú no vuelves a mencionarlo, yo tampoco lo haré.

Esbozando una sonrisa tirante, Tara soltó las maletas y corrió a abrazar a su abuela.

Declan la observó desde la distancia. Desde que la conocía, jamás la había visto reír de un modo tan abierto y relajado. De pronto se dio cuenta de que Tara era una mujer muy reservada, como si necesitara un tiempo de reflexión antes de aceptar las cosas como eran. No era extraño que lo hubiera recibido con tanta reticencia. Estaba claro que necesitaría más tiempo del que había pensado para convencerla. Por suerte, ahora contaría con ayuda.

Tras varios minutos de saludos e intercambios efusivos, las tres mujeres se volvieron al fin hacia él.

—Usted debe de ser Declan Beauchamp —dijo Mary McNaught—. Me alegro de conocerle al fin en persona. Se parece usted mucho a su padre.

—Yo también me alegro de conocerla, señora McNaught —respondió

Declan, tendiéndole una mano mientras sonreía con auténtico placer—. Ahora sé a quién han salido sus hermosas nietas.

Mary aceptó el halago con una dulce sonrisa y sin una pizca de falsa modestia, ya que era una mujer muy consciente de su atractivo, a pesar de que debía de rondar los setenta y cinco años.

Tara los miró boquiabierta.

—¿Os conocéis?

—Hemos hablado por teléfono varias veces —señaló Mary como al desgaire. De pronto se volvió a Declan con una mirada interesada—. ¿Te costó mucho encontrarla? Espero que no te importe que te tutee, pero hablarle de usted a un jovencito como tú, por mucho que sea un conocido historiador, me resulta absurdo.

—¡Un momento! —exclamó Tara, enfadándose por momentos—. ¿Fue así como me encontraste?

Declan esbozó una sonrisa dubitativa.

—¡Dios mío! ¡Lo teníais planeado desde el principio!

Tara pasó su mirada dolida sobre ellos y la clavó en Jenna, que alzó las manos en señal defensiva.

—A mí no me mires, yo no sabía nada.

Mary le lanzó una mirada firme, que hizo que Tara apretara la mandíbula.

—Hablaemos de ello en casa —dijo su abuela en tono frío para acallar sus posibles quejas.

Sin hablar, Tara apretó los labios y, tomando su maleta, se dirigió hacia el coche de su abuela sin mirar atrás.

—No se lo ha tomado demasiado bien —murmuró Declan, viendo cómo Tara se alejaba.

—Se le pasará —respondió Mary, divertida ante la preocupación en la voz del joven—. Y ahora, vámonos, o no nos hablará en una semana.

Tardaron apenas unos minutos en llegar a una enorme casa de aspecto acogedor a las afueras del pueblo.

—Es una casa muy bonita.

Tara hizo caso omiso del comentario de Declan. De hecho, no había abierto la boca desde la estación. Tampoco había sido necesario, porque su abuela y su hermana le habían entretenido durante todo el trayecto hasta la casa, llenando el vacío que provocaba su evidente disgusto.

—Es enorme —respondió Jenna por ella—. Ha pertenecido a la familia durante generaciones.

—¡Vaya! ¡Qué apropiado! —exclamó él con fingida alegría.

Tara bufó, con la mirada aún fija en el paisaje.

—¿Por qué diablos tiene que quedarse en casa?

Tara sacaba la ropa de su maleta a puñados y la dejaba sobre la cama con brusquedad, sin ningún cuidado de si algo caía al suelo.

—¡Oh, vamos! Aquí hay habitaciones de sobra y hace siglos que no recibimos invitados. No podía permitir que se quedara en uno de esos horribles hoteles.

Tara cerró los ojos, sin poder creer lo que estaba escuchando. De pronto era como si no conociera a su propia abuela. Le había mentado y le había dicho a un desconocido dónde podía encontrarla. Y ahora pretendía que ese mismo hombre se quedara en esa misma casa a dormir.

—Ni siquiera le conocemos —atajó Tara, gruñendo cuando volcó una pila de ropa de un codazo sin querer.

—Su padre era uno de mis mejores amigos, y él es un muchacho encantador. Si no lo fuera, jamás le habría ayudado en su búsqueda.

—Nana —dijo Tara, ya exasperada—, ese hombre pretende utilizarme para conseguir su herencia. ¡Por supuesto que trata de parecerte encantador!

Mary se puso seria de pronto.

—¿Qué ha hecho para que estés tan resentida con él? La última vez que hablé con Declan, me dijo que habíais discutido.

—¿Cuándo fue eso? ¿En cuál de las mil veces que hemos discutido? ¡Nana, nos peleamos siempre que estamos juntos!

El saber que Declan hablaba con su abuela para contarle lo que hacía con

ella, como si conspiraran a sus espaldas, hizo que Tara se sintiera traicionada. Se sentó en la cama, sin importarle que todo lo que había encima cayera al suelo. Estaba cansada y agobiada. De pronto su vida era un caos y nadie parecía comprender cómo se sentía.

—Eso no quiere decir que sea un mal muchacho. Reconoce que a veces eres un poco intransigente con la gente que acabas de conocer —declaró Mary con firmeza. Tara abrió la boca para protestar, pero lo que Mary dijo a continuación hizo que la cerrase con un chasqueo de dientes—. Además, Jenna está de acuerdo conmigo. Declan se quedará aquí.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Tara rindiéndose ante lo inevitable.

—El que sea necesario —sentenció Mary, mirándola con una sonrisa inmisericorde que le puso los pelos de punta.

—Pues sí, fue mi padre quien me dejó su número antes de morir.

Declan tomó un sorbo de té para ocultar la sombra de dolor que cruzó su rostro.

—De modo que Nana conocía a tu padre —murmuró Jenna—. ¿No es raro que nosotras no supiéramos nada, Tara?

Esta no contestó. Apenas había hablado durante la cena y, cuando lo había hecho, había respondido con monosílabos. Era obvio que aún estaba enfadada, lo cual no quería decir que no se sintiera intrigada por la amigable conversación que mantenían Declan y su abuela. Se conocían desde hace años, por increíble que pareciera. Es más, Mary conocía todos los detalles sobre la historia de los Beauchamp. Había sido una gran amiga del padre de Declan, y habían llevado a cabo juntos gran parte de la investigación. Y además había planeado con el joven el encuentro en la catedral. La certeza de ese hecho había logrado que Tara se sintiera traicionada y, aunque no deseara admitirlo, un tanto decepcionada. Si en algún momento había llegado a sentir una cierta emoción o atracción por Declan, todo eso había quedado desdibujado por el modo en que él había planeado su encuentro.

—... de modo que decidimos que había llegado el momento de que lo supierais.

Tara volvió al presente al escuchar esas palabras.

—Decidí mandaros allí de vacaciones —dijo Nana—. Tara siempre se

había sentido atraída por ese lugar. De un modo inconsciente, sabía que era allí a donde pertenecía. Jenna solo era la tapadera.

Tara recordó cómo su abuela había empezado a recomendarle Ely para sus cortas vacaciones. Ella había pensado en París o en Brujas, pero ella le había recordado aquella catedral y ya no había podido quitársela de la cabeza.

—¡Vaya! Me alegro de que me consideres así —murmuró Jen, ofendida.

Tara dio un respingo. Por mucho que ella se sintiera mal, a su hermana también la habían usado. No podía creer que su abuela les hubiera hecho algo así.

—¡Oh, vamos, mi niña! ¡No te enfades! Yo sabía que era Tara la que Declan necesitaba. Ya desde niña podía sentir esas cosas —dijo, agitando las manos ante la cara, al tiempo que ponía los ojos en blanco. Tara la miró sorprendida—. Sí, pequeña, yo lo notaba cuando mirabas aquella foto de la catedral, la forma en que la tocabas, de forma casi reverente. Tenías aquellos sueños de los que hablabas durante días. Pensé que, como al crecer ya no volvió al suceder, tendríamos suerte y lo olvidarías todo, pero las cosas en la vida real no suelen suceder de esa forma. Más tarde conocí a David, el padre de Declan, y entonces lo comprendí todo. Por aquel entonces no eras más que una niña, y ambos sabíamos que no estabas preparada. Y cuando murió, pensé que todo había terminado.

—Y entonces apareció Declan —dijo Jenna, que ya había olvidado su enfado.

Tara la comprendió. A su pesar, ella también estaba fascinada por todo aquello. Era su propia vida, pero, sin embargo, era como si estuvieran hablando de alguien desconocido.

—Ajá, entonces apareció Declan —Mary lo miró con afecto y le apretó la mano—. Al principio dudé de que estuviéramos haciendo lo correcto.

—Quizás porque no lo era, Nana. El modo en que habéis hecho todo esto es tan... retorcido. ¿Por qué no contarme todo desde el principio? ¿Por qué me mandaste allí? —preguntó Tara, hablando casi por primera vez en toda la velada.

—Ya te dije que soy muy persuasivo —declaró Declan con un guiño pícaro.

—Engañaste a mi abuela. A saber lo que le has dicho para convencerla — dijo Tara sin poder evitar un gesto de desprecio—, pero no permitiré que me utilices para tus fines. ¿Sabes, Nana? Por su culpa, casi nos matan.

Mary se limitó a mirarla con los ojos claros. No había sorpresa en ellos.

—Declan me lo contó, pero no fue para tanto, la herida fue leve.

Tara la miró, incrédula.

—¿Lo sabías? ¿Y te quedas tan tranquila? Nos dispararon y a ti no te parece para tanto—. Tara se pasó una mano por el cabello. Su rostro se veía angustiado—. Dios, no entiendo nada. ¿En qué momento he dejado mi vida real y me he trasladado a un mundo paralelo?

Se levantó y salió de la cocina con las lágrimas brotando de sus ojos. Declan quiso seguirla, pero Mary se lo impidió, tomándolo del brazo con una fuerza inesperada.

—Quiero saberlo todo, y quiero decir todo —declaró con firmeza.

CAPÍTULO 7

Tara llegó al trabajo tan puntual como siempre. A pesar de que no paraba de dar vueltas a lo que ocurría en su casa, y de que la gente a la que conocía de pronto parecía tener dos cabezas, había cosas que no cambiarían jamás, y una de ellas era su disciplina.

Dio una vuelta por la biblioteca para comprobar que todo estaba en el orden debido. Con un bufido, observó que había varios volúmenes mal colocados. Al parecer, su sustituto no había tenido tiempo para colocar los libros en su lugar. Prefería pensar aquello. Decidió dejarlos para más tarde, primero tenía que ponerse al día, lo cual no sería nada fácil, ya que apenas era capaz de concentrarse en algo durante más de dos minutos seguidos. Con un suspiro, se sentó a su mesa, que, por suerte, estaba como siempre, y tomó la pila de cartas que la esperaba. Revisó los sobres y dejó a un lado los que le parecieron menos urgentes.

—¡Querida Tara! Has vuelto antes de lo que esperaba —dijo una voz almibarada a sus espaldas.

Tara se volvió y clavó una mirada fría en Louis Stewart. Tras un leve saludo con la cabeza, volvió a las cartas que tenía entre las manos.

—Ha sido muy descortés por tu parte el no llamarme.

—Estaba de vacaciones —dijo ella secamente.

—¿Te dijo tu abuela que he llamado varias veces para preguntarle cómo te iba?

—No, no me lo ha dicho, Louis. Y ahora, si me disculpas, algunos trabajamos.

Pero el inefable Louis no cejó en su empeño. Empujó con el dedo índice la montura de sus gafas sobre el puente de la nariz antes de volverse hacia ella con una mirada que pretendió ser seductora.

—¿Qué te parece si cenamos esta noche? —preguntó, insistente.

Tara lo miró como calibrando si merecía la pena perder el tiempo con él.

Habían salido juntos durante algún tiempo. De hecho, en otro tiempo, Tara lo había encontrado agradable, y bastante atractivo, hasta el punto que había

pensado que podría convertirse en algo definitivo.

En pocas palabras, Louis era confiable y previsible. Y eso de pronto le parecía algo apetecible. Él nunca la traicionaría ni le mentiría. No la utilizaría con fines oscuros. Estaba convencida.

—De acuerdo —respondió al fin, siguiendo un impulso, sabiendo también que esa era la manera más rápida de deshacerse de él.

—¿De veras? —preguntó Louis, incrédulo, con voz meliflua, como si no pudiera creer que ella hubiera aceptado. Carraspeó para hacer que su voz sonara más varonil—. Pasaré a buscarte a las siete.

Sin mirarlo, Tara asintió, deseando que se marchara de una vez. Al menos, no tendría que soportar otra noche de animada charla entre Nana, Jenna y Declan Beauchamp.

—Ha llamado Louis para decirnos que has aceptado salir con él —dijo Jenna en cuanto entró en la cocina.

Declan alzó la vista de la cazuela en la que estaba cocinando y las miró con aire interesado. Tara se ahorró el tener que decir nada al respecto. Declan parecía haberse instalado en su casa como en la suya propia, al punto que incluso se movía por la cocina mejor que ella misma. Incluso se había puesto un delantal de Nana y movía el trasero al ritmo de la música que sonaba en la radio. Casi parecía estar en su propio hogar, y aquello era preocupante de verdad.

—Solo vamos a cenar —dijo Tara con tono seco, mirando de reojo a Declan, que había vuelto su mirada a lo que cocinaba, aunque era evidente que su atención estaba centrada en la conversación que se desarrollaba a sus espaldas.

No le gustaba tener que dar explicaciones acerca de Louis ni sobre nadie delante de él. Durante años su relación con Louis había sido un tema espinoso en esa casa, porque parecía incapaz de comprometerse con él, aunque tampoco acababa de cortar su relación, y no quería que Jenna se pusiera pesada con el tema.

—Pues él parecía muy emocionado —contraatacó Jenna, con aire intencionado—. Puede que esta sea la gran noche. Esta vez sí. La definitiva, ya sabes. Por fin —machacó, burlona.

—Tal vez —respondió Tara sin dejarse amilanar por la torva mirada que le lanzó Declan.

Cuando la comida estuvo lista y se sentaron a comer, Mary retomó el asunto del día, para gran disgusto de Tara.

—Tengo entendido que esta noche sales con Louis. Llamó varias veces durante tu ausencia.

—Eso me ha dicho —contestó Tara con aire ofendido—. Si lo hubiera sabido, le habría llamado. Me has hecho quedar como una tonta —añadió con intención.

—¿En serio? No se me ocurrió decírtelo —dijo Nana con inocencia—. Creí que estabas demasiado ocupada para esas cosas. Además, creía que no te interesaba.

— No sé de dónde sacas eso de que no me interesa. Tratándose de Louis, habría hecho un hueco en mi agenda —respondió Tara en tono irónico.

«De haberlo sabido, no habría tenido que aceptar su invitación para cenar», se dijo. De solo pensar en Louis y su infame manía de convertir cualquier conversación en un monólogo sobre sí mismo, le entraban ganas de comenzar a sufrir una fiebre repentina.

—Me gustaría conocer a ese tal Louis —dijo Declan de pronto, mirándola por encima de su copa de vino.

Tara lo miró, tratando de saber si bromeaba o no, pero su sonrisa era inescrutable.

—¿Sabes? Hace un tiempo mi hermanita estaba colada por él —intervino Jenna con una mirada picante.

Tara la miró indignada, deseando tener algo a mano para tirarle.

—¿De veras? —preguntó Declan, sin demasiado interés—. ¿Colada en el sentido de amor infinito y para siempre? Y seguro que cada vez que le veías y tocabas sentías mariposas en el estómago —añadió, fijando su mirada oscura en Tara, que enrojeció sin saber por qué.

—Sí, me pregunto si eso que cuentan de las mariposas es comparable a vuestra conexión. ¿Te ha dicho Declan que cada vez que se tocan tienen un orgasmo de película, Nana? Es lo más impresionante que he visto en mi vida

—machacó Jenna, que, satisfecha, tragó un enorme bocado de comida, analizando las expresiones avergonzadas de su hermana y de Declan.

Tara decidió que tenía bastante por ese día de charlas absurdas. Aquello era como regresar a su adolescencia. Acabó de comer a toda prisa y recogió su plato. Cuando regresó al trabajo, se concentró en todo lo que tenía pendiente. Al menos no tuvo visitas ni charlas intrascendentes que la distrajeran.

Nada como la rutina para aplacar el ruido de su cabeza.

Declan entró en el estudio de Mary, pensando que podría encontrarla allí, pero estaba vacío. Era extraño que alguien como esa mujer hubiera sido una de las mejores amigas de su padre, que era un hombre serio, siempre encerrado entre libros y papeles. Mary, en cambio, era abierta, sincera. En aquella casa era evidente el aire de libertad y alegría. En la suya, en cambio, aunque su padre los quería, la obsesión por la herencia familiar se superponía a todo lo demás.

Al ver cómo su llegada había enviciado la relación entre Mary y Tara, no pudo evitar sentirse culpable. Había sido él el que había insistido en que Mary no le dijera nada. Según él, Tara debía descubrir por ella misma su conexión con el legado.

Sonrió para sí. De haber sabido dónde se metía, no habría dicho nada.

Inquieto, se paseó entre las estatuas a medio esculpir y observó los hermosos bocetos que había sobre la mesa. Era un trabajo admirable, pensó. Mary McNaught era una de las mejores artistas que había conocido. Su forma de ser se reflejaba en su forma de trabajar. Las líneas trazadas en el papel eran firmes y ligeras, como su sonrisa. Su mirada se clavó en una pequeña pila de papeles que había en una esquina.

Eran bocetos de Tara.

Tara sonriendo. Tara durmiendo. Tara enfadada, con el ceño oscuro como una tormenta, como cada vez que le miraba últimamente. No era agradable.

Los fue pasando uno a uno, admirado ante la gama de emociones que Mary había plasmado sobre el papel.

—Eran para un trabajo sobre mitología que me encargaron hace unos meses, aunque Tara se niega a posar para él —dijo una voz a sus espaldas—.

Supongo que a estas alturas ya sabes que puede ser muy testaruda. A este paso, voy a tener que buscar a otra modelo. Me quedo sin tiempo. Aunque creo que Tara es perfecta, por mucho que ella no lo comprenda.

Declan se sobresaltó y soltó los bocetos como si quemaran.

—Es... son muy hermosos —dijo con voz temblorosa—. Me temo que me ha cogido espiando.

Mary le lanzó una sonrisa pícaro.

—No me importa que un joven guapo admire mi trabajo de vez en cuando. Si no saben que estoy aquí, puedo ver sus auténticas reacciones, y no los cumplidos falsos que puedan hacerme —dijo, poniéndose una bata polvoriento—. ¿Querías algo, Declan? Espero que no te importe que trabaje un poco mientras hablamos.

—No, por su puesto que no, señora McNaught.

—Mary.

—Por supuesto, Mary...

—¿Y bien? —preguntó Mary, enarcando una ceja plateada al ver que él no decía nada más.

Declan se pasó una mano por el cabello con aire indeciso.

—Es solo que hoy no habíamos hablado... con ese tema de Tara... y Louis... Me he acostumbrado a nuestras charlas.

Mary esbozó una sonrisa llena de sabiduría.

—¿Y de qué te gustaría hablar? —preguntó Mary tomando un cuaderno y unos lápices—. ¿Te importa que te tome algunos esbozos? Tienes un perfil muy interesante.

—En absoluto —respondió Declan sonrojándose—. Es un honor para mí.

Mary asintió con un movimiento de cabeza.

—Te escucho, Declan.

Declan tomó uno de los dibujos que había sobre la mesa.

—Ese Louis... ¿es un buen hombre? —preguntó, tratando de darle a su voz un tono casual.

Mary esbozó una sonrisa.

—Sí, supongo que es un buen hombre.

Declan esperó que dijera algo más, pero Mary se limitó a seguir dibujando sobre el papel.

Frunció el ceño.

—Es... ¿es atractivo? Debe serlo si Tara se ha fijado en él, si es que ella fija en ese tipo de cosas.

Mary alzó la vista del papel y lo miró, enarcando una ceja. Declan divagaba, aunque ni siquiera se daba cuenta de lo que hacía.

—Sí, es bastante guapo —respondió al fin, divertida ante la frustración que observó en él al oír su respuesta. Trazó unas líneas más sobre el papel.

—Supongo que a Tara le gusta —en cuanto lo dijo, Declan deseó que la tierra se lo tragara.

—Supongo que sí —respondió Mary con voz neutra—. Llevan años tonteando, así que creo que le gusta, o no volvería con él una y otra vez.

Declan se dirigió hacia la puerta con aire abatido. Se detuvo al oír la voz de Mary.

—Declan, si tanto te interesa saberlo, ¿por qué no se lo preguntas a ella?

La puerta del estudio se cerró con suavidad cuando Declan salió con aire confuso.

Mary agitó la cabeza mientras acababa el boceto. Lo contempló con aire crítico. El parecido era notable. Después de un momento, escribió bajo el dibujo: «retrato de un hombre celoso, que aún no sabe que lo está».

—He oído que os habéis traído a un hombre a vivir con vosotras —dijo Louis con una mirada acusadora lanzada por encima de la carta.

Tara suspiró. Había esperado eso desde el mismo momento en que había entrado en el coche. Aquello era un pueblo pequeño. Las noticias volaban, y la presencia de un hombre joven en casa de tres mujeres solas era un chisme demasiado jugoso como para dejarlo pasar. Casi podía escuchar las voces de los vecinos cuchicheando entre ellos: las McNaught, tres mujeres solteras, tenían a un hombre de algún lugar que no era Egham viviendo con ellas. Si

vivieran en el siglo XIX y no en el XXI, aquello sería un escándalo real. Por suerte, los tiempos habían avanzado, aunque las ideas de Louis no.

—Ese hombre vino por su propio pie y es mi primo.

Tara se sintió ridícula al decir aquello, pues lo último que se le ocurría cuando pensaba en Declan era que este era su primo. Un primo, muy lejano, como él había dicho.

—Creía que Jenna y tú no teníais más familia que tu abuela —dijo Louis como si estuviera acusándola de algo.

—Es un primo lejano —respondió Tara ocultando su rubor tras la carta.

Louis decidió dejarlo así por el momento.

—Háblame de tus vacaciones. Me han dicho que la catedral de Ely es impresionante. Supongo que, conociéndote, para ti habrá sido un viaje de lo más intenso. Con lo que te gusta visitar edificios antiguos y todas esas cosas...

¡Dios! ¿Por qué había tenido que elegir justo aquella palabra? Intenso, como la sensación de la mano de Declan en el vagón restaurante. Durante un rato había conseguido olvidarse de él... casi. Pero Louis había tenido que recordárselo.

—¿Te sientes mal? Te veo un poco sofocada —dijo Louis observándola con una atención inusitada.

Tara bebió un poco de agua y le aseguró que se encontraba bien.

—Bien, hablemos de algo más importante —dijo Louis, cambiando su tono casual por uno formal. Hasta su voz había tomado ese engolamiento que recordaba bien. Lo usaba cuando hablaba de la importancia de su puesto en la empresa de mensajería o de su madre. Tara se sintió aliviada. Aquel era el Louis que conocía. Al menos eso aseguraba que no hablaría de Declan, o eso esperaba.

Sin embargo, ahora había algo distinto. Además de la voz, Louis sonreía de una forma extraña. Tara lo miró sorprendida. Jamás le había visto mirarla de aquella forma. Era inquietante.

—Tú dirás —sugirió ella, nerviosa a su pesar. De pronto recordó lo que había dicho Jenna, pero lo descartó al instante. Al fin y al cabo, hacía meses que no salían. Aquella no podía ser la gran noche, la definitiva.

Louis se ajustó el ya de por sí su perfectamente ajustado nudo de la corbata y deslizó su mano por encima de la mesa y la colocó sobre la de ella. Era una mano fría y pesada. Recordó que una vez le había dicho que por su mano pasaban todos los paquetes que se repartían en Egham. En su momento le había parecido ridículo, pero para Louis era tan importante que no tuvo valor para decirlo. Tara luchó contra los deseos de apartar la suya de golpe. Esa misma mano la había acariciado con torpeza las pocas veces que se habían acostado.

No se parecía en nada a lo que sentía cuando Declan la tocaba.

Oh, no. Otra vez él no.

—Iré al grano, Tara —comenzó Louis, con aire casi académico, como si estuviera dando una lección, haciendo que Declan desapareciese de su cabeza al instante—. Hemos estado tonteando durante años y creo que ya es hora de que nos decidamos. Por tu parte y, dadas tus características, es obvio cuál será tu respuesta. Al fin y al cabo, ya no eres una niña y, definitivamente, no eres el tipo de mujer que recibe este tipo de propuestas todos los días.

Tara apretó los dientes ante el evidente insulto. Trató de liberar otra vez su mano de la de Louis, pero este se la tomó con más fuerza, atrapándola contra la mesa.

—¿Qué estás intentando decirme exactamente, Louis? —preguntó en tono irritado.

Louis levantó las cejas, sorprendido.

—¿Tan poca experiencia tienes que no sabes que te estoy proponiendo matrimonio?

Tara entrecerró los ojos y consiguió liberar su mano al fin.

—Olvidas que tú y yo ya no salimos juntos —le recordó Tara.

Louis sonrió. Cuando lo hizo, Tara recordó por qué le había parecido guapo. Sin duda, lo era, con esas facciones tan correctas, aquel pelo tan bien peinado, y esa dentadura tan perfecta, que seguro que le había costado una fortuna. Todo en él estaba tan calculado y medido que daba repelús. Y todo eso le había gustado en otro tiempo.

—¡Claro! Ya sabía yo que te sorprenderías. Pobrecilla, tal vez nunca te

habías planteado siquiera que algo así podría sucederte —dijo él en tono condescendiente e infantil.

Tara se esforzó en formar una sonrisa aceptable en su rostro.

—Hablando de sorpresas —dijo ella en tono alegre.

Tomó su plato y lo estrelló contra la cara de su asombrado pretendiente.

—Ya ves, Louis —dijo a la chorreante cara de su sorprendido acompañante—, no estoy tan desesperada como piensas. Por cierto —dijo, antes de levantarse para marcharse—, espero no volver a verte en toda mi vida.

—Tara... —comenzó Louis apartando comida de su boca para poder hablar—. Te arrepentirás de esto.

—Si lo hago, trataré de acordarme de tu cara en este momento. Seguro que eso me ayudará a superarlo.

CAPÍTULO 8

Declan miró el reloj por enésima vez aquella noche. No podía evitar preguntarse dónde estaría Tara, que estaría haciendo... con Louis. Apretó los dientes mientras trataba de concentrarse en los papeles que tenía entre las manos, pero a cada ruido que escuchaba, se levantaba para mirar por la ventana. Hacía rato que Mary y Jenna se habían acostado, pero Declan no podía dormir. Se puso en pie y comenzó a caminar de un lado a otro del salón. De pronto se oyó un ruido en la puerta principal. Declan se sentó a toda prisa y tomó los papeles, fingiendo que estaba enfrascado en ellos. Alzó la cabeza para ver entrar a Tara. Estaba radiante. Le sonrió al verle, hecho que hizo que Declan se sintiera como si se estuviera ahogando.

—¿Lo... lo has pasado bien? —preguntó tratando, sin conseguirlo, que su tono sonara indiferente.

Tara le dirigió una amplia sonrisa. Dejó su bolso a un lado y echó un vistazo a los papeles que él tenía entre las manos. Sonrió al ver que estaban del revés.

—Ha estado bastante bien —contestó, poniéndoselos derechos—. Creo que se leen así —añadió mientras Declan se sentía enrojecer.

El joven abandonó todo intento de disimulo. Tiró los papeles a un lado y le ofreció un lugar a su lado en el sillón.

Tara se dejó caer junto a Declan y apoyó la cabeza en una mano mientras lo observaba.

—¿Qué tal la cena? —siguió Declan, notando que ella aún le sonreía.

Era la vez que ella se mostraba más abierta y amable desde que él la había fastidiado al contarle la historia de su familia. Era una sensación agradable. Ojalá pudieran estar así mucho, mucho, tiempo.

—Bien, supongo —respondió Tara al fin, con un suspiro de cansancio.

—Es bastante tarde —murmuró él, mirando el reloj—. ¿Qué habéis hecho después?

—He ido al cine.

Declan enarcó las cejas al comprender el sentido de la frase.

—¿Sola?

—Muy sola.

—¿Y Louis?

—Supongo que está en su casa, tratando de eliminar los restos de salsa de su chaqueta favorita.

La sonrisa de Tara se ensanchó mientras Declan la miraba estupefacto. Su desconcierto debió reflejarse en su rostro, así que Tara se apresuró a explicárselo.

—Fuimos a cenar, ocurrió algo desagradable y me fui sola al cine.

—No lo entiendo —declaró Declan—. Creía que esta era la gran noche.

—Jenna debería haberse callado, aunque no andaba desencaminada —comentó ella, socarrona—. Debería ser la noche más feliz de mi vida, ¿verdad?

Declan se encogió de hombros ni afirmando ni negando ese hecho. No quería admitir, ni siquiera para sí mismo, que no quería escuchar sus palabras. Primero había dicho que se había ido sola al cine, y ahora decía aquello. ¿Qué debía pensar?

—¿Lo es? —preguntó al fin.

—No lo sé. Me pidió que me casara con él y lo rechacé.

Él parpadeó un par de veces, como si no hubiese pensado en esa posibilidad.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

Tara frunció los labios en una sonrisa torcida.

—¿No crees que eres demasiado curioso?

Declan volvió a encogerse de hombros.

—Soy tu primo. Supongo que debo interesarme en los asuntos de la familia.

—Sí, claro —contestó ella, no demasiado convencida.

—¿Y bien?

Tara dudó un momento antes de contestar, evitando mirarlo a los ojos.

—Al principio todo fue bastante bien. Después comenzó a decirme que debería sentirme afortunada de que me hiciera semejante propuesta, dadas mis características. Sí, creo que eso fue lo que dijo, características.

Declan dejó escapar el aire entre los dientes, pero no hizo ningún comentario por el momento. Prefería preguntar lo que deseaba.

—¿Y tú qué hiciste?

—Le tiré mi cena a la cara y le dije que no volviera a llamarme. No creo que volviera a hacerlo, de todas formas. Es una pena, ahora que lo pienso, por que la cena estaba deliciosa.

Declan enarcó una ceja, divertido. Eso superaba con creces todas sus expectativas.

—¿A qué se refería con eso de «dadas tus características»?

Tara entrecerró los ojos.

—Es muy descortés por tu parte preguntarme eso —dijo ella entre dientes.

—¿Por qué? —preguntó él, de verdad sorprendido ante el brusco cambio de humor de Tara.

—¡Oh, vamos! Tú me ves, ¿no? Él es un hombre muy atractivo y elegante, dueño de una empresa en auge, y yo, bien... yo soy... así. Él creía que yo debía sentirme halagada por sus atenciones, y en cierto modo, tenía razón.

Declan apretó la mandíbula.

—¿Quieres decir que porque sea guapo tiene derecho a menospreciarte?

—No, digo que tenía razón al decir que, probablemente, era mi única oportunidad de casarme. En el supuesto de que yo quisiera casarme, claro. En todo caso, es el único que me ha pedido matrimonio, ¿no crees que eso cuenta?

Declan la miró tan sorprendido que, en otras circunstancias, su expresión hubiera resultado casi cómica.

—¿Y de verdad te habrías casado con un tipo así? —ahora parecía de verdad enfadado—. Ese tipo te ha ofrecido matrimonio por... ¿por qué diablos te ha pedido matrimonio si no le gustas tal cual eres y no te respeta? ¿Por qué salías con alguien así? Es un cretino de mierda.

—Olvidas que le rechacé. ¡Y, además, a ti que te importa mi vida sentimental!

—¡Claro que me importa! Soy tu primo.

Sin decir nada más, se acercó los escasos centímetros que los separaban y la besó, tomándola por sorpresa.

Tara agitó las manos en el aire un momento, para posarlas al fin en su cabello alborotado. Abrió los labios y, con un gemido, se rindió a su profundo beso.

Declan se apartó un momento para respirar.

Tara lo miró a los ojos, con las manos aún enredadas en sus oscuros cabellos.

—Eso no ha sido un beso de primo —lo acusó, casi sin oxígeno.

—De hecho, soy un primo muy, muy lejano —respondió Declan sonriendo, antes de bajar la cabeza para besarla otra vez.

—Hoy iré a la biblioteca.

Tara miró a Declan por encima de su taza de té, sin poder evitar un estremecimiento de deseo.

—¿Ah, sí? —preguntó Mary sin demasiada sorpresa en la voz.

—¿Qué harás allí, exactamente? No me digas que vas a buscar algún documento familiar, porque no te creeré—dijo Jenna en tono especulativo. Conocía a su hermana y sabía que había ocurrido algo que no le había contado.

La mirada de Declan se posó en Tara irradiando calidez. La noche anterior había hablado durante horas y se habían acostado... cada uno en su cama. Declan sonrió al recordar la forma en que Tara había reaccionado a sus besos, y su frustración al meterse en su fría y solitaria cama. Por mucho que deseara acostarse con ella, era muy consciente de que no podía complicar su historia. Tara todavía no confiaba en él y no quería aprovecharse de su atracción para presionarla.

—He pensado que tal vez encontraría allí algo interesante sobre la conexión entre los Beauchamp y los McNaught.

La palabra «conexión» hizo que los recuerdos del tren y de la noche

anterior acudieran a sus mentes. Tara tosió al atragantarse con un sorbo de té.

—Suenan interesante y a mentira muy gorda—murmuró Jenna notando su reacción y lanzándole a su abuela una mirada significativa.

—Bien —declaró Tara levantándose de golpe, incapaz de aguantar la tensión sexual—. Yo me voy. Te veré más tarde —añadió, sintiéndose incapaz de mirar a Declan.

Besó a su abuela y a su hermana y casi también a Declan antes de salir corriendo de la cocina.

—Lo de anoche debió de ser de verdad fantástico. Me alegro de que hayáis firmado las paces, aunque me da pena el pobre Louis, y también yo misma, porque cuando salen juntos, los envíos me salen gratis con su empresa —dijo Jenna en tono lastimero. Declan se hundió tras su periódico, sintiendo las miradas de ambas mujeres clavadas en él.

¿Qué podía decirles? Louis era historia, eso estaba claro, pero él no sabía muy bien cuál era su papel en la vida de Tara.

—¿Siempre canturreas mientras trabajas?

—¿Cómo?

Tara alzó la vista de la pantalla del ordenador para encontrarse con la amplia sonrisa de Declan.

—Te preguntaba si siempre canturreas mientras trabajas —repitió él, apoyando los codos en el mostrador.

Tara enrojeció.

—Lo hago bastante a menudo —murmuró bajando la vista, avergonzada de que la hubiera pillado.

Declan enarcó una ceja.

—¿De veras? Nunca te había escuchado hasta ahora.

—Tal vez sea porque no sabes nada de mí.

—Ajá. Creo que podremos solucionar ese pequeño problema digamos... esta noche.

Tara alzó la cabeza de golpe.

—¿Esta noche?

Declan se encogió de hombros.

—Podríamos ir a cenar y, tal vez, después a bailar. Siempre y cuando me prometas que no me tirarás la cena encima.

Tara sonrió.

—Solo si te lo mereces. Es un impulso que siento cada vez que escucho a alguien decir bobadas. No puedo evitarlo.

—Procuraré portarme bien, entonces. No puedo consentir que pierdas peso en ciertas zonas. Tu abuela me mataría —respondió él dirigiéndole una mirada sensual.

—¿Podría ayudarme? —preguntó una voz a sus espaldas.

Declan se volvió hacia el inoportuno joven que había hablado, lanzándole una mirada glacial al ver que Tara se volvía hacia él, sonriente. Debía de rondar unos quince años y tenía el aplomo suficiente como para fingir no haber escuchado ni una sola palabra de lo que habían dicho.

—Discúlpeme, joven —dijo Declan en tono bastante agrio—. La señorita tenía que enseñarme ciertos volúmenes, allí —añadió, señalando un lugar indeterminado a la izquierda—. ¿No es cierto?

Tara le miró con el ceño fruncido. Por mucho que Declan no lo comprendiera, aquel era su lugar de trabajo, así que aquel joven era su prioridad. El hecho de que estuviera hablando con él era una irregularidad y debía comprenderlo.

Tras señalar al adolescente la estantería donde se encontraba el material que estaba buscando, se volvió hacia Declan.

—Estoy en el trabajo. Respétalo, por favor.

—Tengo que decirte que me has puesto muy cachondo —dijo él, bajando la voz hasta un tono casi inaudible.

Tara parpadeó un par de veces al comprender sus palabras. Enrojeció tanto que el calor la hizo comenzar a sudar de golpe. ¿Cómo podía decirle algo así en público?

—¿Qué querías que te enseñara? No tengo mucho tiempo. Tengo trabajo

atrasado por las vacaciones y todavía tengo que revisar si hay libros fuera de sitio y si hay devoluciones que no se han hecho durante estos días.

Declan esbozó una sonrisa perezosa.

Volvió a señalar hacia el mismo lugar que antes. Comenzó a caminar a grandes zancadas hacia el lugar señalado, seguro de que ella le seguiría. Cuando llegó allí, Declan la arrinconó contra la librería y la besó de una forma tan devastadoramente sensual que Tara no tuvo otro remedio que rendirse con un suspiro. Y lo que no hacía su boca, lo hacía su mano por el solo hecho de rozarla. Maldito fuera.

—¿Ves lo que ocurre cuando te pones firme y en plan responsable? —dijo él contra sus labios—. Eres una deliciosa guardiana del dragón.

Tara esbozó una sonrisa maliciosa.

—Recordaré hacerlo más a menudo.

Declan gruñó contra su boca.

—Eres una mujer cruel —murmuró él antes de besarla de nuevo.

Se separaron en cuanto oyeron un discreto carraspeo cerca de ellos. Declan sonrió al ver al joven que los había interrumpido antes, fingiendo de todas las formas posibles que no había visto cómo se besaban.

—Ha sido muy interesante su... demostración. Se lo agradezco, señorita McNaught.

Depositó un breve beso en sus labios antes de desaparecer con una sonrisa satisfecha. Tara se volvió hacia el joven, roja como la grana.

—¿En qué más puedo ayudarte?

—Entonces, solo es una cena.

Tara se miró una vez más en el espejo antes de contestar a su hermana, que la observaba desde una silla junto a la ventana.

—Sí, tenemos que hablar de... de la herencia de los Beauchamp, y todo eso. Un aburrimiento —le aseguró Tara—. ¿Estoy bien?

Jenna observó a su hermana con ojo crítico. Jamás la había visto tan guapa, con ese vestido negro tan ajustado. Se preguntó si se había dado cuenta de que hacía siglos que no se arreglaba tanto para una cita. O una no cita,

según ella. Estaba de verdad animada, radiante.

—Sí, seguro que será aburridísimo. Declan es el tipo más soporífero que he conocido jamás —aseguró Jenna en tono irónico.

Jenna se levantó y se colocó con su hermana frente al espejo, peinándole con los dedos algunos mechones rebeldes.

—Pregúntale si tiene algún hermano tan aburrido como él —murmuró a su oído, haciendo que Tara sonriera—. Y ahora, vamos. Debe de llevar horas esperándote.

—Exagerada —dijo Tara corriendo hacia la puerta de todas formas.

Jenna lanzó un suspiro a sus espaldas y la siguió, sonriendo.

—De modo que vais a hablar sobre la herencia —decía Mary en tono incrédulo mientras Tara bajaba las escaleras, pero se volvió al ver que Declan ya no le hacía ningún caso—. Estás preciosa, cariño.

—Gracias, Nana —respondió Tara besando a su abuela en la mejilla.

—Ya puedes cerrar la boca, primo —dijo Jenna con una risita divertida—. ¿Tú qué crees, Declan? ¿Nos hemos pasado, teniendo en cuenta que esto no es una cita?

Declan abrió la boca como para hablar, pero Mary le interrumpió dando una fuerte palmada.

—Marchaos ya o no encontraréis sitio en Joe's.

Tara y Declan caminaron hacia la puerta.

—Tara —dijo su abuela, deteniéndola—. Aprovecha tu cena esta noche —añadió, guiñándole un ojo.

—¡Nana! Dejad de mirarnos como si fuéramos a la fiesta de graduación del instituto, por favor. Es solo una cena.

Jenna tuvo la poca vergüenza de reírse en su cara antes de sacarles una foto por sorpresa.

—Es un sitio muy bonito —dijo Declan lanzando una mirada alrededor del acogedor restaurante. Saboreó un nuevo bocado antes de añadir—. Y la comida es deliciosa.

Tara recorrió con la vista el local con aire triste. No tenía nada de especial, pero a la vez poseía todo el encanto de un pub inglés clásico.

—Solíamos venir a menudo con mis padres cuando éramos niñas. No había vuelto desde que ellos murieron.

Declan le dirigió una mirada apurada.

—Debiste decírmelo. Podríamos haber ido a otro sitio.

Tara esbozó una sonrisa, superada su tristeza anterior.

—Solo estaba el Anne's Inn, y no creo que me dejen entrar en mucho tiempo, después de lo del otro día.

Declan alzó una copa.

—Brindo por tu buen gusto, entonces.

Tara enarcó una ceja.

—Eso suena un poco engreído —dijo Tara alzando su copa, a su vez—. Tú no tuviste nada que ver con el hecho de que yo rechazara a Louis.

Declan no contestó a eso, se limitó a sonreír de manera enigmática.

—¡Querida Tara! Veo que estás aquí celebrándolo —chilló una voz tras ella.

La dueña de tal voz se presentó ante ellos exhibiendo tal cantidad de joyas y lentejuelas, que acaparaba y reflectaba la luz de todas las velas del restaurante como una bola de discoteca. Maude Richards hizo un alto para respirar antes de volver al ataque con la misma intensidad y volumen.

—Cuando Louis me lo contó, no podía creérmelo. ¡Mi pequeña Tara casada! ¡Dios mío! Me sentí orgullosa del muchacho. Jamás pensé que tuviera el valor. Pero cómo no iba a salir bien, si sois tan perfectos el uno para el otro como... —se detuvo, sin saber con qué compararlos. En efecto, Tara y Louis como pareja eran incomparables—. Y aquí estás, tan hermosa que no pareces tú, celebrando tu compromiso con... ¿quién es usted?

Declan tardó un momento en darse cuenta de que se dirigía a él. Hacía rato que se había perdido entre los agudos tonos de la brillante desconocida.

—Me llamo Declan Beauchamp —respondió, tendiéndole una mano firme.

No pudo hablar más, ya que la sola mención de su nombre hizo brotar de ella otro torrente de palabras.

—De modo que es «usted». Louis me habló del desconocido que Tara se había traído de sus vacaciones. Pero, bueno —murmuró mirándolo como si se tratara del género expuesto en una carnicería—, es usted mucho mejor de lo que me esperaba. Ya se sabe que a veces no puede fiarse uno de los desconocidos. Pero es usted muy... —una vez más, la mujer se quedó sin calificativos, de modo que siguió hablando como si nada—. Y ahora, cambiando de tema, ¿será usted el padrino de bodas? Y, hablando de bodas, ¿cuándo será el feliz acontecimiento?

Maude Richards, agotada su verborrea, a pesar de que solo acababa la cuarta parte de sus frases, se quedó mirando a Tara, que pareció encogerse ante la calculadora mirada.

—En cuanto ella me de el sí —intervino Declan intempestivamente.

—¿Cómo? —preguntaron ambas mujeres al unísono mirándolo como si acabaran de salirle dos cabezas.

—Ya me ha oído —continuó Declan, dedicándole a Tara una mirada tan ardorosa, que esta se sonrojó hasta las raíces del pelo—. Lo que se trajo Tara de sus vacaciones no fue un desconocido cualquiera, sino un prometido.

—Un prometido... usted, nadie le conoce—comenzó Maude, tan perpleja que, una vez más, no fue capaz de encontrar las palabras apropiadas—. Pero ¿y Louis?

Declan amplió su sonrisa lobuna.

—¿Cree usted que aceptaría ser mi padrino? ¿Qué opinas tú, corazoncito?

Segundos después Maude se disculpó y desapareció, boqueando, como si así pudiera digerir mejor la sorprendente noticia. Ni siquiera había tenido las fuerzas para despedirse. Tara juraría que era la primera vez que la había visto en silencio y derrotada.

—¿Corazoncito? ¿Estás loco? —preguntó Tara, furiosa, sosteniendo el tenedor como si fuera un arma arrojadiza.

Declan alzó las manos en posición defensiva.

—Pensé que te vendría bien que te echara una mano.

—Una mano ¡sí! Pero no al cuello. ¡Maldita sea! Mañana todo el pueblo sabrá que he seducido a un estúpido joven en la ciudad y que lo he engañado para que se case conmigo. ¡Y harán apuestas sobre cómo lo he conseguido!

Declan enarcó una ceja, divertido.

—¿De verdad crees que harán eso?

—Y cosas aún peores.

—A mí no me parece tan terrible.

—Eso es porque tú no vives aquí. Y tenía que ser Maude Richards, no podía ser otra... En fin, ya no tiene remedio. Creo que ya ha habido bastante espectáculo por esta noche. Nos vamos.

—Pero aún no hemos tomado el postre...

—A mí ya no me apetece, la verdad —declaró ella, en tono desolado.

Declan se reclinó en la silla y la miró pensativamente.

—Pensé que eras de ese tipo de mujeres a las que no les importa lo que la gente piense de ellas.

—Y no me importa —aseguró ella.

—En ese caso, comeremos postre y después iremos a bailar, como cualquier pareja de enamorados. Creía que te había dicho que me gusta bailar.

—No, no me lo habías dicho. Y tú y yo no estamos enamorados. ¿Por qué dices esas cosas? Aquí la gente está pendiente de todo lo que decimos. Contrólate, por favor. Un día tú te irás, pero yo tendré que quedarme aquí.

Declan siguió masticando durante unos segundos, como si no la estuviera escuchando.

—Dices una cosa, pero en el fondo piensas otra. Por mucho que te empeñes en lo contrario, no puedes negar que no te importa nada lo que la gente piensa de ti, o no habrías tirado la comida a la cara de Louis en público. Por mucho que intentes sentirte culpable, estás encantada por ello. Iremos a bailar. Acabas de sonreír, lo he visto. ¿Lo ves? Tenemos que conocernos mejor. ¿Y de qué otro modo lo haremos, si no es divirtiéndonos juntos?

—Yo no me divertiré, después de lo que me has hecho —rezongó, aunque él tenía cierta razón. Por mucho que dijera lo contrario, era verdad que no le

importaba en absoluto lo que Maude pensara sobre ella.

—Lo harás, cariño. No olvides que soy un hombre muy persuasivo —dijo él retomando su sonrisa lobuna, de aspecto intranquilizador—. Bailarás, y hasta cantarás.

Tara resopló y hundió la nariz en la carta de postres. No podía evitar sentir una excitación muy impropia de ella ante la perspectiva de bailar con él.

Aquello no era una cita, se decía una y otra vez, aunque no podía evitar sentirse como si lo fuera.

Un día era un día, y aquel estaba siendo divertido, y no lo podía negar.

CAPÍTULO 9

—Relájate, solo tienes que dejarte llevar por la música —dijo Declan por enésima vez.

—No puedo —resopló Tara entre dientes—. No puedo contar y mirarte al mismo tiempo.

—Eso es muy halagador —rio Declan, aunque su risa se borró cuando ella le dio otro pisotón.

Tara trató de apartarse, pero Declan la volvió a tomar por la cintura, acercándola a él.

—Te he pisado al menos diez veces. Te dije que te arrepentirías de esto.

—De hecho, ya lo estoy lamentando. Quedaré inválido de por vida por tu culpa. Pero me he propuesto enseñarte a bailar, y lo conseguiré, palabra de Beauchamp.

Lo dijo en un tono tan solemne que Tara no pudo evitar reírse otra vez. Al hacerlo, se recostó contra el pecho de Declan, que la abrazó más estrechamente.

La música se hizo de pronto más lenta, y el ritmo de las parejas a su alrededor mucho más sensual.

—Así es más sencillo —murmuró Declan a su oído—. ¿Conoces esta canción? —preguntó, y comenzó a canturrear.

—Tú también canturreas —lo acusó, golpeándole en el hombro.

—Lo hago a menudo. Lo sabrías si me conocieras mejor.

Tara rio y lo abrazó. Pasó los brazos alrededor de su cuello y se dejó llevar.

—Aprendes muy rápido —dijo Declan, su sonrisa a unos centímetros tan solo de la de ella.

—Soy una chica lista. Soy bibliotecaria, y las chicas de libros se saben todos los trucos.

—Umm. No sé. ¿Te acuerdas de esto? —murmuró, mientras bajaba la cabeza para besarla.

Como una alumna aplicada, Tara entreabrió los labios para dejarle invadir su boca. A su alrededor, la música volvió a cambiar, volviéndose más rápida, pero ellos no se enteraron.

Estaban totalmente absortos el uno en el otro, saboreándose y deleitándose en el sabor del otro. Se besaron una y otra vez, hasta quedarse sin aliento. Se miraron a los ojos durante segundos indefinidos, las respiraciones entrecortadas.

—De modo que este es tu primo. Debí sospechar desde el primer momento que no era cierto.

Declan y Tara se volvieron hacia el intruso con las miradas aún prendidas de deseo.

La de Tara se enfrió al instante al ver que se trataba de Louis, acompañado de una voluptuosa rubia.

—Tengo la sensación de que siempre nos interrumpen en el momento más inoportuno. ¿No crees lo mismo? —murmuró Declan contra sus labios mientras trataba de recuperar el aliento. Tras unos segundos, se giró para mirar con aplomo al atractivo desconocido que parecía perforarlo a su vez con su fría mirada.

—¿Es así como saludas a todos tus parientes, querida? —preguntó Louis con aire despectivo.

Tara se sobrepuso al grosero comentario y le dirigió una sonrisa tan educada como pudo. ¿Acaso le debía alguna explicación a ese hombre? No le debía nada ni se sentía avergonzada de nada, así que ahondó su sonrisa antes de responder.

—¿Acaso no tuviste bastante la otra noche, Louis? Aunque tal vez no estés tan abatido por la pérdida de mi corazón como pretendes hacernos creer —añadió señalando a la rubia, que le devolvió una mirada venenosa.

Louis entrecerró los ojos con rabia.

—Aún no te he perdonado el escándalo que montaste en el restaurante. La gente comenta. Es un escándalo que te comportes así en público.

—¡Qué lástima! Ojalá pudiera sentirme culpable. Pero da la casualidad de que no había nada entre tú y yo y no tengo por qué pedirte disculpas. Si yo

puedo superarlo, el resto de la gente podrá hacerlo sin problemas. Créeme, es fácil, así tal vez podrías ser feliz con... esta.

—De hecho —contraatacó él con una sonrisa maliciosa—, Norma es capaz de darme más calor en una noche que tú en todos los meses que estuvimos juntos.

Como para demostrar su valor, la tal Norma se frotó contra él, haciendo evidente a qué tipo de calor se refería. Sus pechos enormes apenas cabían en el escote del vestido. Tara sintió ganas de reír. No sabía si aquello iba en serio, pero era la situación más ridícula que había vivido en su vida. ¿De verdad pensaba Louis que así iba a ponerla celosa?

—Siento decírtelo, Louis —intervino Declan, de forma que su nombre sonó despectivo—, pero creo que eso último debe deberse a un problema tuyo. Ya entiendes lo que quiero decir —añadió acercándose a él en tono confidencial—. Calor no es precisamente lo que le falta a Tara.

Terminó guiñándole un ojo con descaro. Louis lo miró un momento, incrédulo, antes de volverse, furioso, arrastrando a la rubia Norma tras él.

—Has vuelto a hacerlo —lo acusó Tara, apuntándole con un dedo.

—No sé a qué te refieres —murmuró él con aire inocente, tomando el dedo acusador y llevándose lo a los labios para besarlos con dulzura.

Tara sintió el calor fluir entre ellos, como siempre que sus manos se tocaban.

—Ahora no solo pensarán que he comprado un marido, o un novio, o lo que sea —respondió ella, con la voz ahogada—, sino que, encima, me porto de manera licenciosa en público.

Declan apretó su mano con más fuerza mientras comenzaba a moverse de nuevo al ritmo de la música. Tara no pudo evitar seguirlo.

—Pero de la casualidad de que es cierto. Hay calor entre nosotros, no puedes negarlo. Y yo, desde luego, no puedo negar que me siento, ¿cómo has dicho? ¿Licencioso? Me siento licencioso esta noche. —Se acercó a ella, de modo que su boca rozó su cuello, muy cerca de la oreja—. Y me encanta que hables como en una novela antigua. Me pone muy cachondo, ¿sabes?

Ella no pudo protestar, pues él acalló toda posible réplica con un

encendido beso.

Tara detuvo el coche frente a la casa de su abuela. El trayecto a casa había transcurrido casi en silencio. Desde que habían salido del pub, no habían intercambiado más que unas pocas frases. Declan canturreaba para sí y jugueteaba con su rodilla, levantando poco a poco la falda. Tara se la bajaba con aire distraído. El hormigueo que le provocaba siempre era agradable, pero no la distraía del todo de sus pensamientos ni de la carretera. La verdad era que parte del encanto había desaparecido cuando una idea había cruzado su mente.

Era algo a la vez horrible y aterrador.

¿Y si aquello no era real?

En el pub, mientras bailaban, solo había pensado en sus besos, sus caricias, pero al salir a la calle, la realidad se había impuesto. Aunque llamar realidad a aquello quizás fuera exagerar. ¿Era ridículo pensar que lo que decían aquellos romances sobre los antepasados de Declan, y también suyos, según él, podía estar sucediéndoles a ellos? Era bonito pensar que era cierto, pero esa maldita idea se había cruzado por su cabeza y ya no podía sacársela de allí. Sugestión. Manipulación, lo que sería peor. Que él estuviera usando aquello que sentían para conseguir lo que quería.

Declan se volvió hacia ella y, tomándole el rostro entre las manos, la besó, pero ella se separó enseguida.

—Declan, para...

—Umm —murmuró él mientras depositaba pequeños besos a lo largo de su mandíbula y su cuello.

Tara colocó sus manos en su pecho y empujó.

—Declan, hablo en serio. No sé si esto es real.

Él sonrió y le guiñó un ojo.

—Pues yo creo que es muy real.

Tara empujó con más fuerza y apretó los labios con firmeza.

—Me refiero a que no sé si esto es «real» —repitió, enfatizando la última palabra.

—¿Cómo?

Tara cerró los ojos y colocó las manos en el volante. Necesitaba hacer algo con ellas y, ante todo, mantenerlas lejos de él.

—¡Oh, Dios! No sé cómo explicarlo.

Declan la miró frunciendo el ceño.

—Tú dirás —rezongó entre dientes—. Una bibliotecaria muy lista me dijo una vez que comenzar por el principio suele ser una buena idea.

Tara suspiró y lo enfrentó con aire decidido.

—Se trata de nuestra conexión.

—¿Qué hay con eso?

—Lo he estado pensando de camino a casa. Creo que lo que nosotros... sentimos... puede ser un reflejo de lo que ellos, sir Declan y Taryn, sentían. De hecho, creo que nos estamos creyendo que somos ellos.

—¡¿Qué?! Eso es lo que pensabas esta noche, mientras yo pensaba en... Mierda. No puedo creerlo.

Declan parecía de verdad anonadado. Salió del coche murmurando maldiciones. Se paró junto a la puerta de la casa, esperándola con el ceño fruncido y el ánimo decididamente tormentoso. Apenas la miró mientras Tara paraba el motor y bajaba también del coche. Buscó la llave en el bolso evitando mirarlo, como él hacía con ella.

—Declan...

—Olvídalo —la cortó él, extendiendo la mano para que le diera la llave.

Tara se la dio, aunque le retuvo la mano un momento. Sintió que sus dedos se crispaban alrededor de los suyos cuando el conocido cosquilleo comenzó a circular entre ambos.

—Sabes tan bien como yo que puedo tener razón —insistió Tara, antes de soltarle.

Declan no respondió. Apretó las mandíbulas de un modo casi doloroso, abrió la puerta y desapareció escaleras arriba, preguntándose a su pesar, si ella tendría razón.

CAPÍTULO 10

—Ya sé que no es asunto mío lo que sucedió, pero no permitiré que dos personas que viven en mi casa no se dirijan la palabra.

Tara soltó de golpe la taza de té y le lanzó a su abuela una mirada furiosa. Hacía dos días que Declan y ella compartían estancias sin apenas mirarse y la situación no tenía visos de mejorar. ¿Cómo podía explicarle a su abuela lo que había ocurrido si no lo comprendía ni ella misma?

—Nana, si quieres saber la verdad, solo tienes que pensar con lógica, algo que últimamente no has...

La interrumpió el sonido del teléfono.

—Es para ti —murmuró Jenna dirigiéndose a su hermana.

Tara tomó el auricular con más fuerza de la necesaria y con el ánimo aún sombrío. No podía evitar que la tensión de los últimos días la afectase.

—¿Dígame? —preguntó, con más brusquedad de la que hubiera deseado.

—¿Es usted Tara McNaught? —preguntó a su vez una voz rasposa al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo —respondió, bajando la voz casi sin querer—. ¿Quién habla?

—No me conoce... aún —la voz se interrumpió con una risa desagradable—. Tengo entendido que ha conocido usted hace poco tiempo a un tal Declan Beauchamp.

Tara apretó el auricular mientras sentía que un sudor frío le empapaba las manos. ¿Quién podía saber aquello? El tono despectivo al hablar de Declan había sido indudablemente despectivo. Por mucho que ella misma estuviera enfadada por su actitud y por negarse a hablar de lo que ocurría entre ellos, lo que sugería la voz de aquel hombre era muy distinto. Desprecio, sí, pero también algo más. Algo más profundo.

—Es cierto —respondió, con tirantez.

—Entonces, sin duda le habrá hablado de cierto asunto familiar. Ese hombre no tiene problema en lloriquear con la historia de su herencia perdida a cualquier inocente que le preste oídos. Sin embargo, olvida que no se trata solo de la herencia ni de la historia de su familia, ¿verdad? También están los

herederos legítimos, y a esos él los olvida siempre.

Tara se estremeció sin poder evitarlo. A pesar de que la voz del desconocido era cruel, Tara no podía negar la verdad que había en sus palabras.

—¿Qué desea usted? —preguntó, dándole la espalda a su abuela y a Jenna, que la miraban con curiosidad.

—Tan solo disuadirla de que cometa alguna tontería.

—¿Cómo cual? —casi chilló Tara.

—No se ponga nerviosa, querida. Es solo un consejo.

—¿Cómo se atreve a llamar a mi casa para amenazarme? Podría llamar a la policía y...

El desconocido volvió a reír.

—Es una mujer con carácter, y eso me gusta. Si no avisó a las autoridades la otra vez, no va a hacerlo ahora. Recuerde una cosa: tengo mejor puntería de lo que demostré aquel día —añadió la voz antes de colgar con un ruido seco.

Tara observó, demudada, el auricular, ahora silencioso.

—Nana... —murmuró al cabo de un momento, corriendo a abrazar a su abuela.

—¿Ocurre algo? —preguntó Jenna a sus espaldas.

Tara se volvió hacia ella, llorosa.

—Tara, ¿qué ha pasado? —preguntó Declan, que acababa de entrar, alarmado por sus gritos.

Ella dejó a su abuela y se echó en sus brazos, olvidando que hacía tan solo unas horas ni siquiera deseaba verle. Él la abrazó con fuerza, sin saber a qué atenerse.

Le lanzó a Mary una mirada interrogativa, pero esta se encogió de hombros.

—Alguien llamó por teléfono —explicó Jenna.

—¿Quién?

—No tengo ni idea —respondió ella, mirando preocupada a su hermana.

—Tara —dijo Declan tomándola por los hombros y obligándola a mirarlo. Se estremeció al ver el terror en sus ojos—. ¿Quién era?

—Era él —respondió Tara, al fin—. El hombre que nos disparó aquel día.

La mirada de Declan se endureció. Sus manos la apretaron con más fuerza.

—Quería que olvidara el asunto de la herencia —continuó—. Me dijo que recordase que tiene mejor puntería de la que demostró aquel día.

—¿Te amenazó? —la interrumpió Declan.

—No directamente. Me dijo que era solo un consejo. Pero ¡oh, Dios! Su voz era tan... fría, y se reía, y...

Tara volvió a refugiarse entre sus brazos mientras él miraba con gravedad a Mary y a Jenna. Estas abandonaron la habitación poco después. En los ojos de Mary había una advertencia que Declan no pudo evitar advertir. Le había prometido que no la pondría en peligro y no parecía capaz de cumplir su promesa.

—Ya, cariño, tranquila. No ocurrirá nada —murmuró, acariciándole con delicadeza el cabello oscuro—. Ese tipo lleva amenazando con matarnos desde que tengo memoria.

Tara negó con la cabeza. A ella no le habían parecido amenazas vacías. Y el disparo en Ely había sido muy real.

—Olvida todo esto, Declan. Ese hombre está loco.

—No te preocupes. No se le ocurriría hacerte nada a ti ni a tu familia. Solo pretendía asustarte.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Tara se separó un poco y lo miró, asombrada—. Ese tío hablaba de matarte a ti.

Declan esbozó una sonrisa al ver su estallido de furia. Esa era la Tara que conocía. Verla así le tranquilizó. Verla asustada hacía que sintiera pánico. No quería que sufriera por su culpa.

—Ya ves, la otra vez falló.

—Pero me ha dicho que lo hizo a propósito, que la próxima vez no fallará.

—No habrá una próxima vez —le aseguró él, acariciándole la mejilla con suavidad—. Y ahora, olvídale todo. Tenías razón desde el principio. No debí meterte en esto.

Tara lo miró, incrédula.

—¿Vas a seguir adelante?

Él asintió con la cabeza.

—Pero tú no tendrás nada que ver en ello —añadió.

Tara apretó a mandíbula y le apuntó con un dedo, enojada.

—Ahora el loco eres tú. No puedes pretender dejarme atrás ahora, como si yo no tuviera nada que ver. Si yo lo dejo, tú también.

Declan enarcó una ceja.

—Ya te he dicho que yo no puedo dejarlo.

—¡Claro que puedes! Solo que no quieres hacerlo.

—Mis motivos son cosa mía.

—Pues da la casualidad de que, cuando me metiste en esto, hiciste míos esos motivos. Ahora no puedes dejarme a un lado.

—No entiendo nada. Creía que temías por tu vida.

—Por eso mismo. Desde que ese cabrón me llamó, yo también tengo un motivo para seguir adelante —dictaminó ella con fiereza—. ¿Por qué diablos sonríes así?

Declan amplió su sonrisa.

—Pensaba que yo estaba loco. Pero tú me ganas de goleada. Sin duda, tienes sangre de los Beauchamp corriendo por las venas, no puedes negarlo.

Tara le golpeó en el pecho y salió bufando de la habitación mientras Declan seguía riendo a carcajadas.

—De modo que os vais —dijo Mary sin sorpresa en la voz.

Tara miró a Declan. Habían discutido durante horas el modo de decirle a su abuela que se iban, pero ella lo había deducido sola. Estaban en peligro y ella lo sabía, por mucho que Declan se empeñase en negarlo, de modo que

habían decidido irse de allí para mantener al menos a Mary y a Jenna a salvo.

Declan no había podido negarse. Era lo único que le había pedido, al fin y al cabo.

—Pero no podrá ser antes de mañana —añadió Mary.

—¿Por qué?

—Porque aún no he terminado los bocetos de ese encargo de la estatua mitológica. Tengo que hacer varios más y no estoy dispuesta a contratar a otra modelo y empezar desde el principio. Tú eres la Psique ideal.

—¡Oh, Nana!

—No protestes, niña. No hay más que oírte protestar una y otra vez para saber que solo puedes ser tú. En mi vida he conocido a nadie más cabezota que tú —dijo Mary con firmeza—. Y tú, joven, no te sonrías así. También tengo un trabajo para ti.

—¿Qué?

Mary lo miró guiñándole un ojo.

—Tú serás el Eros perfecto.

—¡Oh, Dios! —exclamó Declan, de verdad alarmado—. Creo que me arrepentiré de esto.

Mary se limitó a sonreírles con aire calculador mientras los guiaba a su estudio.

—Nana, esto es ridículo.

—Tú calla, y sostén esa lámpara un poco más alto.

Tara bufó, pero obedeció sus órdenes.

—Lo peor de todo es la ropa, o la falta de ella —murmuró Declan, entreabriendo un ojo.

—Eros, se supone que estás dormido. Duerme y cierra el pico. Además, las sábanas son solo en beneficio de vuestro pudor. A mí no me importaría dibujaros como Dios, ¿o debería decir Zeus?, os trajo al mundo.

—¡Nana! —exclamó Tara alarmada.

—¡Silencio! Bien —dijo tomando papel y los lápices—, os diré lo que tenéis que hacer. Imaginaos la escena. Eros duerme como un angelito, tapado apenas con una tenue sábana...

—Creo que puedes ahorrarte esos detalles —murmuró Declan volviendo a abrir un ojo.

Mary lo amonestó con la mirada.

—... creyéndolo un monstruo, su esposa Psique, levanta un poco más la lámpara, eso es, querida... Psique decide que verá por fin a su apasionado marido, a pesar de las advertencias que este le ha hecho de que le perderá para siempre si le ve el feo rostro. Después de hacer el amor apasionadamente, Psique toma una lámpara y alumbra al hermoso dios del amor. Tara, necesito que lo mires como si de verdad fuera el dios del amor. Eso es, míralo, es hermoso, fuerte... menuda sorpresa...

Tara tragó saliva mientras sus ojos recorrían el semidesnudo cuerpo de Declan. ¡Dios! En esa habitación hacía mucho calor de repente.

—Ahora, acarícialo... Vamos, es tu marido. Te acaba de hacer el amor. Tú lo amabas cuando creías que era un monstruo y ahora descubres que es guapo y perfecto. ¿Cómo puedes evitar tocarle?

Declan ahogó un gemido cuando sintió la tenue caricia de Tara en su rostro. Apretó las manos y los ojos. Estaba tan cerca que podía notar su respiración sobre la piel. Podía imaginarla con esa maldita túnica, los brazos y los hombros desnudos... Estaba muy cerca y no podía ni tocarla ni mirarla. Además, ese maldito cosquilleo iba a volverle loco. Aquello era lo más cercano a la tortura que había sentido jamás.

—Ahora, inclínate sobre él como si fueras a besarlo. Un poco más... eso es... —oyeron el ruido de los lápices al deslizarse sobre el papel a toda velocidad, mientras sentían que sus respiraciones se aceleraban ante la cercanía del otro—. No os mováis, volveré enseguida.

Tara volvió la cabeza hacia ella, rompiendo la tensa pose.

—¡He dicho que no te muevas!

Oyeron el ruido de la puerta al cerrarse cuando Mary se fue.

Transcurrieron algunos segundos sin que ninguno de los dos dijera nada, u

osara moverse siquiera.

Tras varios segundos eternos, Declan abrió los ojos. Eran dos oscuros charcos de pasión.

—Creo que voy a morir —dijo al fin en un susurro— si no me besas.

Sin hablar, Tara completó el movimiento y posó suavemente sus labios sobre los de Declan. Se apartó y enarcó una ceja al oír que él emitía una especie de ronroneo.

—¿Crees que tu abuela aprobaría que rompiera la pose para abrazarte?

Tara se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió depositando un beso dulce en la comisura de sus labios—. Quizás le parecería que llevamos nuestra interpretación de Eros y Psique demasiado lejos.

Declan la tomó por la cintura, haciendo que ella se desplomase sobre él.

—Deja esa lámpara o me quemarás.

—Creo que fue eso lo que sucedió. Allí comenzaron las desgracias de la pobre Psique.

—Pero creo recordar que, tras mucho sufrimiento, llegó a convertirse en una de las diosas del Olimpo. Era una chica con suerte, además se llevó al marido más guapo —sentenció, alzando, orgulloso, la barbilla.

—¡Maldito engreído! Yo te enseñaré algo de humildad —gritó ella dándole un codazo en las costillas.

Declan gruñó y se dio la vuelta, de modo que ella quedase atrapada debajo de su cuerpo.

—¿Es esa la forma en que tratas al dios del amor? Tal vez tenga que castigarte.

Tara trató de huir cuando él comenzó a bajarle los tirantes de la túnica y a besar cada centímetro de piel que dejaba al descubierto. Luchó y forcejeó contra el calor que la invadía, hasta que él se detuvo, con los cabellos revueltos y la sábana que lo cubría tirada a un lado, hecha un revoltijo.

Declan la miró, con una sonrisa vacilante.

—¿Crees que esto también es un reflejo de lo que ellos sentían? — murmuró, frotándose contra ella, de modo que su estado de excitación quedó en evidencia.

Tara gimió y se aferró a sus hombros desnudos mientras Declan atacaba su boca. Con un ronroneo de placer, decidió aceptar el hecho de que, fuera o no un reflejo de los sentimientos de sus antepasados, aquello era lo más excitante que le había sucedido en la vida. Le hincó las uñas en la espalda para atraerlo más a ella.

Con un gruñido, Declan dejó vagar sus manos por el cuerpo de Tara. Apreció sus delicadas curvas a través de la delgada túnica. Sus manos, ávidas de su piel, tantearon y le alzaron la prenda. Acarició sus piernas, deteniéndose un momento en el sensible recoveco de detrás de sus rodillas. Declan emitió una sonrisita al oír su gemido de placer cuando le dedicó sus caricias a aquella zona tan sensible.

Sus manos siguieron subiendo. Su boca comenzó a descender.

Besó el hueco bajo su cuello, lamiéndolo apenas, antes de seguir bajando, dejando un rastro de fuego hacia sus pechos. Su boca parecía no cansarse de besarla, de probarla, mientras sus manos parecían querer aprenderse de memoria cada rincón de su cuerpo.

Pero Tara también deseaba tocarlo. Quería dedicarle a su cuerpo el mismo homenaje que él le estaba regalando al de ella. Le apartó las manos e hizo que se colocara bajo ella.

Declan gimió cuando sintió su ardorosa boca bajar por su pecho. Sus manos le acariciaban por todas partes, mientras él se sentía enloquecer de pasión. Tiró de ella hasta que sus bocas volvieron a unirse, mientras sus cuerpos se frotaban, reconociéndose. Sus ojos buscaron en los de ella la respuesta que anhelaba oír, y sonrió cuando ella comenzó a guiarlo dentro de sí.

El deseo explotó entre ambos. Sus sacudidas, tiernas al principio, comenzaron a hacerse más salvajes, más anhelantes, hasta que ambos llegaron a la culminación.

—¡Por Zeus! —exclamó Tara con la voz aún entrecortada—. Creo que comprendo por qué Psique fue capaz de superar todas aquellas pruebas solo para recuperar a Eros.

Declan rio mientras depositaba un sonoro beso en los labios de su Psique.

CAPÍTULO 11

—¿Por qué sonríes así?

Declan amplió su sonrisa. Una sonrisa inequívocamente sensual.

—Recordaba la última vez que estuvimos en un lugar como este.

Tara se sonrojó, lanzando una mirada a su alrededor. Se encontraban en el vagón restaurante del tren. Declan carcajeó al notar su apuro. Varias personas que estaban a su alrededor se volvieron hacia ellos.

—Eres incorregible —lo acusó Tara, bajando la voz—. Además, no fue para tanto.

—¿Ah, no? —murmuró él, enarcando una ceja—. Quizás no te importe intentarlo de nuevo.

Alargó una mano, tratando de asir la de Tara, pero esta escondió las suyas bajo la mesa.

Al verlo, Declan carcajeó aún más fuerte.

—Es una lástima que Jenna no haya podido venir.

Habían vuelto al compartimento y revisaban algunos de los innumerables papeles que hablaban de la herencia de los Beauchamp.

—Yo no lo lamento —murmuró Declan a su oído, mientras depositaba pequeños besos en su cuello.

—Declan, ella también tiene derecho a participar. Forma parte de la familia.

—Perdóname si soy egoísta, pero quiero tenerte para mí solo durante un tiempo. Jenna lo comprende.

—¡Claro! Le prometiste que le presentarías a tus guapos hermanos gemelos en cuanto todo se haya solucionado.

Declan ronroneó de placer cuando ella movió la cabeza, dándole mayor acceso a su cuello.

—Ella estuvo encantada con la idea.

—La engañaste como a una niña.

—¡Oh, no creas! Mis hermanos estarán encantados de conocerla en cuanto se la describa.

—Eso seguro. Ningún hombre se resistiría a sus encantos —murmuró Tara con un débil resto de inseguridad.

Declan le volvió el rostro de modo que ella lo mirara a los ojos.

—Yo lo hice —dijo con un tono tan natural que ella sonrió.

—Sí, lo hiciste —respondió ella, pensativa—. Eres un hombre extraño, Declan Beauchamp.

Declan enarcó una ceja.

—¿Extraño? Si me interesé por ti fue porque no te pareces a ninguna mujer que haya conocido jamás.

—Entonces, ¿la extraña soy yo? —casi bufó Tara.

—Digamos que no eres una mujer corriente, Tara McNaught. ¿Quién más hubiera aceptado venir con un desconocido a tratar de recuperar una herencia maldita, aún a costa de su vida? —su tono sonó sugerente y burlón al mismo tiempo.

—¿Será que estoy loca?

—Yo soy el loco por dejar que vinieras.

—No tenías otro remedio —declaró Tara, sonriendo contra sus labios—. Recuerda, es una de las terribles pruebas que Psique debe superar.

Declan enarcó una ceja, divertido a su pesar.

—¿Insinúas que haces todo esto por mi maravillosa forma de hacer el amor?

Tara no respondió a ese comentario tan egocéntrico. Le tomó por el cabello, borrando su sonrisa con un beso feroz.

Cuando llegaron a la casa de Declan, sus dos hermanos menores, Brian y Miles, la recibieron con los brazos abiertos. Su madre, a pesar de cierta reserva inicial, acabó aceptando que, quisiera o no, la «maldición familiar», como ella la llamaba, continuaba.

Las señales del sufrimiento a causa de la obsesión y la muerte de su

marido eran evidentes en el rostro de Julia Beauchamp que, a pesar de todo, era amable y guardaba un gran parecido con sus hijos.

El hecho de que Declan siguiera los pasos de su padre era algo que aún le dolía, pero aceptaba el hecho con elegancia. Por experiencia, Tara sabía que la fuerza de Declan era arrolladora.

—De modo que no sabías nada de esto —dijo Miles con una sonrisa encantadora.

Tara se sorprendió al ver que los dos hermanos de Declan eran tan apuestos como este, y que los tres poseían la misma sonrisa maravillosa.

—Pues no —respondió con voz algo vacilante—. Fue Declan el que me informó. Y a veces desearía que no lo hubiera hecho.

—¿De veras? —preguntó Brian, de verdad sorprendido.

—Antes de esto, yo era una bibliotecaria aburrida. Y adoraba mi rutina. Ahora mismo estoy pensando en si mi sustituto colocará bien los libros durante mi ausencia y sufro por ello.

—¡No me lo creo! —exclamaron los gemelos al unísono.

—Pues es cierto. Y si no fuera por vuestro hermano, ahora mismo estaría encerrada en mi biblioteca y estaría feliz de estar allí.

Los dos jóvenes le lanzaron una mirada pícaro.

—Por el modo en que os miráis, no creo que estés de verdad arrepentida de haberle conocido—dijo Miles, guiñándole un ojo al más puro estilo Beauchamp.

Tara se sonrojó y deseó que la tierra se la tragara en ese mismo momento. ¡Dios, no sabía que lo que sentía por Declan fuera tan evidente!

—¿Todos los Beauchamp sois tan graciosos? —murmuró con cierto rencor.

—Somos Beauchamp, nuestro encanto es legendario —respondió Declan, abrazándola por detrás.

Tara se apoyó en él y alzó la cabeza para recibir un beso delicado.

—Bueno, bueno. Creo que aquí sobramos —declaró Brian empujando a Miles hacia la puerta.

—¿Es cierto que te arrepientes de haberme conocido? —preguntó Declan al cabo de un momento. Trató de dar a su voz un tono despreocupado, pero no lo consiguió del todo.

Tara se dio la vuelta entre sus brazos y lo miró a los ojos.

—Habría sido más fácil si no estuviera esa historia de la herencia.

—Si no fuera por eso, jamás nos habríamos conocido.

—Tal vez —Tara esbozó una sonrisa—. Pero, según tú, estábamos predestinados.

Declan sonrió, avergonzado.

—¿Eso dije?

Tara asintió con la cabeza.

—Bien, en ese caso es posible que sí nos hubiéramos conocido —siguió él con una sonrisa maliciosa—. Quién sabe, yo sería uno de esos historiadores sesentones, con chaqueta de tweed y coderas, iría a tu biblioteca en busca de un libro sobre digamos... iconografía medieval, y me quedaría prendado de la adorable bibliotecaria con moño y gafitas.

Tara le golpeó en el hombro.

—¿Cómo que moño y gafitas? Solo tendría unos cincuenta y cinco... y sería demasiado tarde para ti, amigo.

—Nunca es tarde para esas cosas —murmuró Declan, incapaz de aguantar la risa.

—Quizás yo estaría casada con Louis o con otro hombre increíblemente guapo e interesante. O sería una adorable soltera sin ganas de novios. Y sería muy feliz con mis libros, siendo la bibliotecaria más sexy de Inglaterra y del mundo —dijo ella, tratando de ponerse seria, aunque él se lo ponía difícil, mientras la acariciaba con suavidad bajo la barbilla, resiguiendo sus rasgos con la punta de los dedos.

Declan suspiró.

—Sí, lo serías. Pero conmigo lo serías más.

—Tal vez. En todo caso, da lo mismo, porque nos hemos conocido. Así que ya no tiene remedio.

No quería que sonara tan serio, pero era inevitable. Aquello había comenzado como un plan para conseguir la herencia familiar, pero tenía la sensación de que se le iba de las manos. Nunca le había gustado perder el control de sus emociones y era complicado sentirse de esa forma, como si fuera una adolescente con las hormonas alteradas. No podía evitar sentir que había algo de mágico en lo que sentía por Declan, pero no se atrevía a decirlo. Por el momento solo quería sentir.

—Sí, estaba escrito, y estoy convencido de que me las habría arreglado para encontrarte en algún momento. Con cuarenta o con cien, estaba claro que ibas a cruzarte en mi camino —dijo él, con un beso, como si leyera sus dudas en la mirada.

—¿Sabes? Me gustaría ir a ver el castillo —declaró Tara con timidez, sin atreverse apenas a mirar a Declan—. ¿Es posible?

Declan alzó la vista de lo que estaba escribiendo y enarcó una ceja.

—Es posible, si no nos acercamos demasiado. De hecho —dijo, esbozando una sonrisa traviesa—, el castillo está abierto al público. De niños, mis hermanos y yo nos disfrazábamos para ir a visitarlo. Era bastante divertido —añadió al ver la mirada de horror que Tara le dirigió.

—No, no lo haré. Ni se te ocurra...

Declan se levantó y la cogió del brazo antes de que ella pudiera escapar.

—Fue idea tuya.

—Yo sugerí una visita. No pensé que tuviera que ir camuflada.

—Así están las cosas —declaró Declan encogiéndose de hombros—. ¿Qué prefieres, una pareja de ancianitos o una pareja de millonarios excéntricos? —preguntó Declan, que parecía de verdad encantado con la idea.

Tara lo miró con auténtico pánico.

—Recuerden que no deben separarse del grupo —dijo el guardia de la puerta—. Solo está permitida la visita a la parte marcada del castillo y cualquier parte privada está prohibida para los visitantes.

Tara se caló las gafas y mantuvo la mirada baja mientras pasaba a su lado. Declan, en cambio, le palmeó al hombre la espalda con la suficiente fuerza como para tirarlo al suelo, y colocó en su mano una generosa propina.

El apabullado guardia sonrió a Tara y agradeció la propina.

—Que disfruten ustedes la visita —añadió tocándose el ala de la gorra a modo de saludo.

—Esto es ridículo —murmuró Tara en cuanto se hubieron alejado del solícito hombre.

—¡Oh, vamos, cariño! Esto es muy divertido. Y fue idea tuya, recuérdalo.

Tara bufó y siguió al grupo de visitantes, sin atreverse apenas a dar breves vistazos a su alrededor, como si temiera ser descubierta en cualquier momento. Se estremeció ante esa posibilidad.

—Estamos en la guarida del lobo —murmuró Declan a su oído con sorna.

Siguieron al grupo durante una media hora. En una magnífica interpretación de un millonario excéntrico, Declan emitía extravagantes juicios sobre todo lo que veía. Las maravillosas armaduras, las afiladas armas...

—¿Cómo crees que me vería con una de esas armaduras? —preguntó Declan, adoptando una pose gallarda.

—Magnífico —murmuró Tara, con un ligero tono de ironía.

Declan emitió un bufido, ofendido.

—¿Te ríes de mí, querida?

Tara contuvo una risita y lo tomó del brazo para continuar.

El grupo se detuvo en un amplio salón.

—Se trata del salón donde la familia Barrymore celebra los banquetes —comentó la guía, con aire satisfecho—. Aunque no lo crean, los anteriores propietarios, los Beauchamp, utilizaron este magnífico salón despensa, lo que demuestra que no siempre tiempos pasados fueron mejores —añadió con voz incrédula.

Todos los visitantes se rieron.

Declan le lanzó a la guía una mirada venenosa que, por suerte, esta no vio.

—¡Esa maldita zo...

Tara colocó una mano en la boca de Declan antes de que alguien oyera lo que estaba a punto de decir.

—Recuerda dónde estamos —murmuró entre dientes.

Declan frunció el ceño y asintió a regañadientes.

Algunos minutos después, el grupo volvió a detenerse.

Declan se plantó ante un hermoso tapiz y simuló un enorme interés en la escena de caza que representaba. En cuanto el grupo desapareció tras la puerta, rumbo a la siguiente parada, Declan tomó a Tara de la mano y se escabulló detrás del tapiz. Tras este había una puerta disimulada.

—Pero ¿estás loco? Si nos atrapan, llamarán a la policía.

Declan la hizo callar y cerró la puerta con cuidado a sus espaldas. Cuando comprobó que no había nadie, se volvió hacia ella.

—Creía que querías conocer el castillo.

—Pero esto es allanamiento de morada. Si nos cogen, iremos a la cárcel, o algo peor.

Declan le guiñó un ojo.

—¿Dónde está tu sentido de la aventura?

—Me lo dejé en el otro traje —murmuró Tara mientras seguía a Declan con una mirada de enojo—. ¿Adónde vamos?

Él no respondió y la guio a lo largo de enormes pasillos, algunos de ellos en un estado de conservación deplorable. Era evidente que los actuales dueños del castillo no se preocupaban del mantenimiento de algunas partes del antiguo edificio, que, por otra parte, debía de costar una enorme cantidad de dinero. Si la guía viera aquello, tal vez no haría tantas bromas acerca de tiempos pasados. La iluminación era muy deficiente, pero, lo poco que se veía estaba ajado y roto. Al contrario que en la parte que habían visitado, no había ni tapices ni muebles valiosos allí. Casi parecía un almacén de trastos viejos.

Declan, que se movía por los polvorientos pasajes como si los conociera de siempre, se detuvo al fin ante una puerta. Tara se lo imaginó de niño con sus hermanos, explorando a escondidas el castillo, como pequeños exploradores en busca de tesoros escondidos. De solo imaginar lo que podía haberles ocurrido si los Barrymore los hubieran atrapado, le ponía los pelos de punta. La sensación de seguridad de Declan era peligrosa y contagiosa, pero no tanto como para que no Tara no alcanzara a ver que estaban cometiendo un delito.

Probó la manilla y se giró hacia ella con una sonrisa satisfecha y triunfal. Estaba abierta. Metió la cabeza dentro. Al cabo de unos segundos entró, arrastrando a Tara tras de sí, y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Lo sientes? —preguntó Declan mirándola con tanta intensidad que sintió deseos de encogerse sobre sí misma—. Incluso yo lo siento.

Tara se estremeció. No supo si fue por su mirada o porque de verdad había algo en aquella habitación. Algo sorprendentemente conocido. Algo agradable y cálido.

Cerró los ojos. Allí estaba. Tan fuerte como una presencia humana.

—Dios —murmuró—. Casi puedo verlos.

Ellos habían estado allí, de algún modo, aún lo estaban.

—¿Qué... qué era este sitio?

—Era el dormitorio principal, o eso creo. Aunque ya ves que no queda nada.

Declan se colocó a su lado. Él también podía sentirlo, como le había dicho antes, pero quizás no con tanta fuerza como ella.

Tara abrió los ojos y miró a su alrededor. En efecto, la habitación estaba vacía, salvo algunas cajas llenas de trastos. Había una chimenea vieja que parecía no haber sido encendida en siglos, a juzgar por el montón de polvo que la adornaba.

Cuando miró a Declan, había temor en sus ojos. Pero había también algo cálido en ellos. Estiró una mano para tomar la de él, como para compartir con él lo que sentía.

—Había tanto amor. Hay tanto amor...

Las emociones de Tara fluyeron hacia Declan como una marea. Por un instante pudo sentir lo mismo que ella. Creyó que, si se fijaba bien, aún podría verlos en la habitación. A un caballero dejando su vieja espada sobre un arcón, a una dama que le recibía, cálida, a unos niños jugando junto al fuego.

—Gracias —murmuró Tara al cabo de un momento.

Declan la miró, de verdad sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque hasta ahora no había comprendido del todo que ellos forman parte de nosotros. Se lo debemos, Declan.

Él esbozó una sonrisa.

—Supongo que yo tampoco lo sabía. Hasta ahora.

—Creo que es hora de irnos —dijo ella con evidente renuencia—. Todos se habrán dado cuenta de que no estamos en el grupo. Gracias a tu discreción.

Declan enarcó una ceja.

—Les diré que tuvimos una urgencia biológica y les daré una buena propina por las molestias —dijo con tono insinuante.

Tara le dio un cachete que sonó demasiado en la amplia estancia.

—Tonto.

Instantes después salían de la habitación, lanzando hacia atrás una mirada nostálgica.

—Volveremos —le aseguró Tara a las sombras que se ocultaban allí.

Y sonó de verdad como una promesa.

Samuel Barrymore observó la pantalla de televisión a través del humo de su cigarrillo. Sonriendo, levantó el auricular del teléfono y marcó un número. Dio una calada más mientras esperaba que contestaran al otro lado.

—Creía que eras más inteligente, Beauchamp —dijo al oír la respuesta.

—¿Quién es usted?

—¡Oh, vamos, muchacho! No pensarías que me quedaría de brazos cruzados después de tu visita de esta tarde, ¿verdad?

Barrymore casi pudo ver la sorpresa en el rostro de su interlocutor.

—Has sido muy convincente, pero el guardia te reconoció al momento. Por cierto —añadió con sorna—, te queda muy agradecido por la propina.

—Váyase a la mierda.

—No, no, no es necesario ser grosero. Como ya le dije a tu amiga, no me gusta que se inmiscuyan en mis asuntos.

—Maldito...

—Óyeme, idiota —de pronto, toda la fingida calidez anterior se evaporó, transformada en un susurro ligeramente rasposo—. Lo que habéis hecho es ilegal. Llevo años aguantando vuestros juegos y vuestras visitas, y ya me he cansado. Ya os he advertido una vez y mi paciencia tiene un límite.

—¿Me estás amenazando, cabrón?

Barrymore sonrió con frialdad, aunque sabía que Declan no podía verlo, y colgó con un ruido seco. Hizo un gesto a otro hombre que estaba a sus espaldas. Este asintió y salió de la habitación. Se volvió de nuevo hacia el monitor que mostraba el vídeo de la visita de Declan Beauchamp y Tara McNaught. Era una lástima, pensó. De verdad hacían una buena pareja.

CAPÍTULO 12

El intruso sonrió, sorprendido, al comprobar que la ventana estaba abierta. Era asombroso lo idiota que podía ser la gente. La abrió un poco y asomó la cabeza, mirando hacia un lado y hacia el otro. Sonrió otra vez sin creer apenas en su buena suerte. El despacho estaba vacío. Entró y cerró la ventana a sus espaldas y corrió las cortinas tras dar un último vistazo a la calle. No había nadie. Ese era su día de suerte, sin duda. Encendió una pequeña linterna y observó la pequeña habitación. Emitió un gruñido al ver que estaba atestada de papeles y volúmenes. Pilas y más pilas de ellos lo abarrotaban todo en un absoluto caos. ¿Cómo diablos pensaba el jefe que iba a encontrar ese maldito documento en un sitio como aquel? ¡Maldito fuera! Ni siquiera sabía qué aspecto debía tener.

Se colocó la pequeña y potente linterna en la boca y alzó una pequeña pila de papeles de encima del escritorio. Entrecerró los ojos. ¡Diablos! Si ni siquiera estaban en su idioma.

Apartó estos y tomó otros que estaban a su derecha. Los dejó caer con descuido. Eran demasiado modernos para tratarse de los que buscaba.

Abrió una carpeta. Al hacerlo, una pila de papeles y libros cayó y se desparramó por el suelo con un ruido sordo. El hombre se encogió sobre sí mismo, esperando la hecatombe. Esperó. No sucedió nada. «Mi día de suerte», repitió para sí. Miró los papeles de la carpeta. Lo asaltaron los irreconocibles caracteres griegos. Frunció el entrecejo. Después abrió la bolsa que llevaba y los metió en ella.

Durante aproximadamente media hora, repitió el mismo proceso. Guardó algunos papeles y desechó los demás, sin seguir ningún criterio en particular. Se hacía tarde, decidió.

Un silbido en el pasillo le advirtió de que, en efecto, bien podría ser demasiado tarde. La puerta se abrió.

El desconcierto de Tara al ver los papeles tirados en el suelo duró apenas unos segundos. Sintió un golpe en la cabeza que la tiró al suelo. Mareada, trató de levantarse, pero fueron otras manos las que la alzaron. Observó al intruso durante algunas décimas de segundo, antes de que este le diera un par de puñetazos que la lanzaron volando hacia el otro extremo de la habitación.

El desconocido la observó con cierta ansiedad. Le dio un puntapié a la mujer. Ella no se movió. Tras comprobar que tenía el campo libre para huir, se largó corriendo sin mirar atrás.

—¿Habéis visto a Tara?

Brian y Miles alzaron la vista de sus platos para observar a su hermano. Miles negó con la cabeza sin hablar porque tenía la boca llena.

—¡Míralo! Parece que se deshincha si está sin ella durante un par de horas —comentó Brian guiñando un ojo.

—Recuérdame que me pegue un tiro si alguna vez me vuelvo así de tonto por una mujer —añadió Miles tragando su bocado con un tono dramático.

—Amén, hermano —dijo Brian, enfatizando sus palabras con un golpe en la mesa.

Declan los miró con el entrecejo fruncido.

—Si ya habéis terminado de decir tonterías, ¿podéis decirme si la habéis visto o no?

Los hermanos lo miraron desconcertados por el tono ansioso de su voz.

—¿Ocurre algo? —preguntó Miles, olvidando sus anteriores chanzas.

—No lo sé. Habíamos quedado para comer, pero no ha aparecido, y tampoco ha llamado.

Brian suspiró, visiblemente aliviado.

—Habrá ido de compras.

—Tal vez ha cambiado de idea, o se ha encontrado con otro primo desconocido con más labia que tú.

—... y más guapo...

Declan esbozó una sonrisa sin humor.

—¿Y mamá? —preguntó, sentándose y tomando un trozo de pan, dudando si comérselo o tirárselo a alguno de sus graciosos hermanos.

—Ha ido a mirar al despacho —comentó Miles—. Antes le ha parecido oír un ruido extraño.

—¿En el despacho?

Apenas tuvo tiempo de terminar de hablar cuando todos oyeron el grito de alarma de Julia Beauchamp. Los tres hermanos corrieron hacia el despacho pasando por encima de las sillas y casi de la mesa.

Brian fue el primero en llegar.

—¡Dios! —exclamó al ver el panorama que ofrecía el pequeño cuarto donde había trabajado su padre casi hasta el día en que había muerto.

Verlo todo así era casi como un sacrilegio.

Los papeles caídos. Los estantes desordenados. Tara en el suelo, prácticamente inconsciente...

Se dio la vuelta y corrió hacia el teléfono para llamar a una ambulancia.

—No te muevas, pequeña —decía Julia mientras Declan se acercaba a ella.

—Un hombre —comenzó a decir Tara, aunque sus palabras eran apenas reconocibles a causa del entumecimiento causado por los golpes.

—No hables ahora, Tara. Brian ha llamado a una ambulancia que llegará enseguida —dijo Julia, apartando un mechón de cabello de su cara hinchada.

Tomó la mano de la joven, sin poder evitar un estremecimiento al recordar que en aquel mismo lugar había hallado a su esposo muerto. Por él no podían haber hecho nada. Por suerte, Tara no parecía estar de verdad grave.

Declan le lanzó una mirada atormentada. Julia trató de sonreír para calmarle, sin conseguirlo del todo.

—No está tan mal como parece. Dentro de unos días estará como nueva.

Tara trató de nuevo de levantarse, pero Declan la empujó contra el suelo de una forma que rozaba la brusquedad. Tara intentaba hablarle y contarle lo que había ocurrido, pero él apenas podía mirarla. Aquello había ocurrido por su culpa. Él la había llevado allí.

—No te muevas. No hables —su voz sonó fría y lejana, y su madre le miró de forma extraña—. La ambulancia está de camino.

—Creo que será mejor que me quede yo con Tara, cariño, ve con tus hermanos. Descansa un poco.

Tara asintió, aunque había cerrado los ojos. No pudo ver salir a Declan de allí con los puños apretados.

Llevaban un par de horas en el hospital, cuando, por fin, un médico se acercó a ellos.

—¿Son ustedes los acompañantes de Tara McNaught?

Todos asintieron.

—¿Está... está bien? —preguntó Declan, con aire inseguro, adelantándose unos pasos.

El doctor miró unos papeles que llevaba, antes de responder.

—La señorita McNaught ha sufrido varias contusiones en el rostro y tenía un golpe bastante fuerte en la cabeza. Por suerte, estaba consciente cuando la hallaron. Tendrá que quedarse esta noche en observación, pero, por lo demás, diríamos que se encuentra bastante bien. No hay fracturas y la enviaremos a casa mañana mismo con la recomendación de hacer algo de reposo, por si acaso.

Declan suspiró y sintió que algo se rompía dentro de él. Se pasó una mano por el rostro y escuchó el resto de lo que decía el doctor como si se lo dijera a otra persona.

Tara había estado en peligro otra vez por su culpa. Y le había prometido que no volvería a ocurrir.

Brian y Miles se sonrieron.

—¿Podemos verla? —preguntaron al unísono.

El doctor sonrió.

—Si me prometen que no la agotarán demasiado. Pero recuerden que esto es un hospital, caballeros.

Los dos jóvenes asintieron con beatíficas sonrisas.

—¿A qué esperas? —preguntaron a Declan mientras avanzaban por el pasillo.

Tras una leve vacilación, Declan los siguió, tratando de no correr.

—¿Sabes, prima? Pareces un boxeador profesional —fue el amable saludo

de Miles al verla.

—Y con esa venda alrededor de la cabeza, pareces una momia —remató Brian.

Tara gruñó e hizo amago de tirarles la almohada, pero se detuvo con un gesto de dolor. Los dos bromistas corrieron hacia ella, preocupados.

—Os daré una paliza al salir de aquí —comentó Tara, adormilada a causa de los calmantes.

—¡Seguro! —exclamaron los dos, guiñándole los ojos.

—¡Oh, Dios! Sois terribles.

—Eso dicen las chicas cuando salimos por ahí.

—Seguro que están locas por dos cabezahuecas como vosotros.

—¡Eh, nada de cabezahuecas! Somos dos respetables universitarios y futuras eminencias —replicó Brian, orgulloso.

Tara emitió un gesto que pretendió pasar por sonrisa y fijó la vista en Declan, que los observaba con el entrecejo fruncido desde la puerta.

—¿Has visto un fantasma? Adelante, estoy esperando tus halagos. ¿No estoy guapa? ¿Acaso la bata de hospital no me favorece? —preguntó Tara, tratando de darle a su voz un tono humorístico.

—Casi veo uno. Y no, la bata de hospital no te favorece, te sientan mejor las túnicas —murmuró él, acercándose apenas unos pasos con los puños apretados.

—¡Oh, oh! Esto me huele a pelea —susurró Brian tan alto que todos pudieron oírlo.

Declan le lanzó una mirada oscura.

—Largaos de aquí —gruñó—. Llamad a mamá para decirle que está todo bien. Estará angustiada después de tanto tiempo de espera.

Tara lo miró molesta mientras los dos jóvenes salían de la habitación con aspecto abatido.

—Eh, vaquero, si quieres pelea, me pillas un poco indefensa, ¿sabes?

Declan casi sonrió ante su tono belicoso.

—No es a ti a quien tengo ganas de matar en este momento —murmuró en un tono tan bajo que Tara tuvo que imaginar lo que había dicho—. Dime qué pasó.

Tara alzó una mano, invitándolo a sentarse en una esquina de la cama. Tras un segundo de vacilación, este lo hizo.

—No te contaré nada hasta que me digas qué es lo que te pasa.

—Nada —respondió él, evitando mirarla.

—Mírame a los ojos, o a los que se puede ver de ellos —añadió con humor. Declan lo hizo, achicando los ojos al verlos hinchados y amoratados—. Y ahora, dime qué te pasa. Dilo pronto. Sea lo que sea que han puesto en ese suero, creo que voy a dormirme en menos de dos minutos.

El rostro de Tara estaba desfigurado por los golpes, pero era ella la que se molestaba en animarle a él. Declan apretó los puños al pensar que todo eso le había pasado por su culpa.

—No debería haberte metido en esto. Estás así por mi culpa—dijo, expresando en voz alta sus pensamientos sin querer.

—¿Cómo?

Declan se levantó de la cama y dio unas vueltas por la habitación.

—Me estás mareando. Siéntate, por favor—murmuró Tara con voz débil.

—Lo siento —respondió él, volviendo a sentarse junto a ella.

Tara deslizó la mano por encima de las mantas y tomó su mano con toda la fuerza que pudo reunir, como para evitar que volviera a levantarse. Una pequeña parte de la furia de Declan se evaporó al sentir su calor y aquel agradable cosquilleo que tanto añoraba cuando no le tocaba.

—Y ahora cuéntame por qué crees que fue culpa tuya.

—Yo sabía lo que podría pasar y te dejé sola.

—Podría haberle pasado a cualquiera que entrara en el despacho, incluso a ti, a tus hermanos, o a tu madre.

Declan intentó apartar su mano, pero ella lo evitó.

—Era a ti a quien habían amenazado. Yo lo sabía y no te protegí...

—No digas tonterías. ¿Quién dice que sea tu deber el protegerme? Esto ha sido pura casualidad. Ese hombre entró en el despacho a buscar algo, yo lo descubrí y... ¡pum! Te juro que, cuando lo ves en una película, no tiene nada que ver en cómo se siente en realidad. No te gustaría comprobarlo. Por cierto, ¿habéis comprobado si falta algo?

Declan la miró enarcando una ceja ante su tono preocupado.

—Olvídate de eso, acaban de darte una paliza de muerte. Si yo...

Tara lanzó un bufido bastante gracioso.

—Si vuelves a decir que fue por tu culpa, llamaré a las enfermeras para que te saquen de aquí a patadas. Y te juro que me harán caso, aunque las convezas con ese legendario encanto tuyo.

Declan sonrió al fin.

—No parece que estés de muy buen humor.

—Tus hermanos me comparan con un boxeador y con una momia, no noto la cara, y aún no me has besado, ¿crees que tengo motivos para estar de buen humor?

—Pues yo creo que el tono morado te favorece, y lo del beso se puede solucionar de un modo muy sencillo —comentó él entre risas.

—¡Oh, Dios! No sabes lo mucho que os odio cuando os ponéis así...

Declan la acalló con un beso suave.

Una enfermera entró y los interrumpió con un suave carraspeo, obligando a Declan a salir. Al ver su sonrisa, Miles y Brian sonrieron.

—Parece que el temporal ha amainado.

—Chicos —dijo Declan con decisión, serio de pronto—, necesito vuestra ayuda.

Ambos hermanos le miraron con curiosidad.

Declan se dijo que sería complicado y que se jugaba más que una herencia, pero que valía la pena arriesgarse.

—Pero creía que necesitábamos a Tara para recuperar la herencia —dijo Miles mirando a su hermano, sin comprender lo que Declan pretendía.

Declan tomó un sorbo de té antes de hablar.

—El tipo que entró aquí buscaba esto —dijo, señalando un documento que descansaba sobre la mesa de la cocina—. Fue una suerte que solo se le ocurriera registrar el despacho.

—Habría sido una gran decepción para su jefe el que no se encontrara entre los papeles que se llevó.

—Podría volver —murmuró Brian, llegando a la misma conclusión que sus hermanos.

—Pero esta vez nos encontrará preparados —añadió Miles en tono belicoso.

—Es por eso que necesito vuestra ayuda. Como antes habéis señalado, necesitamos a Tara para recuperar la herencia, pero no es necesario que ella esté aquí. Debemos informarnos acerca de esa maldita cláusula que habla de los dos herederos unidos. Quizás con las firmas sea suficiente, quién sabe.

Miles y Brian lo miraron sorprendidos.

—Tenemos que impedir que vuelvan a hacerle daño, y la única manera de lograrlo es que vuelva a casa.

Miles emitió una risa irónica.

—Me gustaría verlo todo tan fácil como tú.

Declan le dirigió una mirada oscura.

—Tara tiene una hermana —intervino Brian—. ¿No podría servirnos ella?

—Sí, claro que sí, es una heredera, como Tara —comentó Miles.

—Entonces tendríamos a dos mujeres en peligro en lugar de una.

Ambos hermanos bajaron la vista, abatidos.

—¿Y cómo se lo vas a decir si es que al final con una firma bastaba?

Declan sonrió de lado.

—Estoy abierto a vuestras sugerencias.

—¿Nana? No, ya me han dado el alta. Vendrán a buscarme de un momento a otro.

—Tu voz suena bastante rara —comentó Mary McNaught.

—Es que aún tengo la cara hinchada y no veo nada con el ojo izquierdo. Nunca había estado tan guapa.

Mary emitió un gruñido.

—Supongo que pensarás volver...

Tara frunció el entrecejo.

—Nana, ahora no puedo hacer eso.

—¿Acaso esperas a que te hagan algo peor? Si Declan...

—Ya sabes que no lo hago por él. Vine por mi propia voluntad.

Mary resopló al otro lado de la línea telefónica.

—¡Oh, claro que sí! Si él no te hubiera seducido con sus bonitos ojos oscuros y no te hubiera contado la romántica historia de sus antepasados, tú no estarías ahí.

Tara intentó protestar, pero no podía negar la realidad. Al cabo de unos minutos oyó a su abuela suspirar al otro lado del teléfono.

—Nana, te recuerdo que fue idea tuya meterme en este asunto. Estoy segura de que, si me hubierais contado la verdad desde el principio, yo no me habría metido en este asunto. Soy demasiado práctica para perseguir leyendas, y lo sabes.

Recordarle la realidad a su abuela quizás no fue la estrategia más adecuada, porque el silencio fue aterrador durante casi un minuto.

—Te quiero de vuelta a casa antes del fin de semana —dijo su abuela al fin, con una voz sorprendentemente fría.

El ruido de la puerta al cerrarse la sobresaltó. Desde que la habían atacado, cualquier pequeño ruido la asustaba. Se relajó al ver que se trataba de Declan. Le sonrió y él esbozó una sonrisa tensa en respuesta. No podía evitar pensar que todo había cambiado entre ellos en las últimas horas. Él apenas la tocaba y se mantenía distante, aunque disimulaba cuando le preguntaba si ocurría algo.

—Declan acaba de entrar, Nana, tengo que dejarte.

—Te espero, niña.

—Lo pensaré.

—Bien —respondió Mary, con un aire cansado que la puso triste—, dile a Declan que se ponga, por favor.

Tara frunció el ceño y le pasó el auricular a Declan.

—¿Mary? —preguntó este, tomándolo.

—Odio hacer el papel de mala, ¿sabes? Ahora te toca a ti. Supongo que sabrás que ella no te lo perdonará. Es muy testaruda y odia las mentiras. Tuviste suerte de que te perdonase la primera vez. Le viene de familia.

—Sí, ya me lo suponía —respondió Declan lanzándole a Tara una mirada preocupada.

—Comprendo que estamos haciendo lo mejor para todos, pero ¿no había otra forma? ¡Hacíais tan buena pareja!

Declan esbozó una sonrisa triste.

—No, Mary. Lamento mucho tener que oír eso. Dale un beso a Jenna de mi parte.

Colgó el teléfono. Se volvió hacia Tara, sin tener que fingir una mirada atormentada.

—¿Qué te ha dicho mi abuela? Parece que te ha pasado un camión por encima.

—Me ha dicho que no quiere volver a verme —mintió él.

—No te preocupes. Los enfados se le pasan pronto. No va a querer perder a un modelo como tú así como así.

—Creo que ella tiene razón. Lo mejor habría sido que no te hubiera metido en esto.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que...

—Volverás a casa, y es mi última palabra.

Tara se sintió palidecer ante su tono duro.

—No puedes hablar en serio. Me dijiste que me necesitabas para

recuperar el legado de los Beauchamp. Además, ¿qué derecho crees tener para ordenarme nada?

Él se encogió de hombros con aparente indiferencia.

—Con respecto a eso... —Declan apartó la mirada, aunque pronto recuperó su aplomo y su sonrisa—, quizás cargué las tintas con lo de tu papel en todo esto. He hablado con el abogado de mi padre y cree que con tu firma bastará por el momento —dijo, con un gesto con la cabeza en dirección a la puerta, como para incitarla a caminar. Cualquiera cosa con tal de que no le mirase con aquella decepción—. Más adelante, si es necesario que comparezcas, te llamaré.

—Y yo acudiré, claro —respondió ella, sarcástica.

—Ya sabes, soy un hombre convincente —dijo Declan con una sonrisa cínica.

Tara apretó los labios y bajó la vista. Ese hombre no podía ser el Declan Beauchamp que ella conocía. Era inconcebible.

Quizás, después de todo, sí se había dejado engañar por su encanto. O tal vez ella estaba tan cansada de su rutina que se había dejado llevar por la primera aventura que se había cruzado en su vida, por mucho que siempre hubiera pensado que la vida tranquila era lo suyo. En todo caso, él había sabido bien que ella sería presa fácil.

—¿Nos vamos? —preguntó él sin mirarla.

Declan la siguió fuera de la habitación. Dejaron el hospital y subieron al coche sin decir una palabra.

Puso el coche en marcha, deseando sentir más satisfacción de la que sentía. Al fin y al cabo, eso era lo que había planeado. Tara volvería a su casa en cuanto asumiera que Declan le había mentado para obtener su colaboración. Volvería a su vida y estaría segura, lejos de él.

—Creo que los papeles estarán listos antes el fin de semana. Es estupendo, ¿no crees? —dijo, en un tono que incluso a él le sonó falso.

Tara lo miró sin saber qué pensar. Declan fingía tanto entusiasmo que le faltaba poco para ponerse a cantar y silbar en el coche. ¿De verdad estaba tan contento de perderla de vista?

Si no fuera porque en ningún momento la había mirado a los ojos, podía creer de verdad que aquello estaba a punto de suceder, que solo la había usado para conseguir ese maldito castillo, que no había sentido nada especial cuando la tocaba.

Estiró una mano para tocar la suya, pero Declan, por una vez, la esquivó. Ahora estaba totalmente convencida de que había pasado algo que hacía que todos actuaran de aquella manera tan extraña. De pronto, cayó en la cuenta. ¡Dios santo! Pretendían alejarla de allí para ponerla a salvo. ¡Incluso su abuela estaba metida en el asunto!

Tara emitió una ligera sonrisa al volver la vista hacia las torres de la catedral donde se habían conocido, que se veían ya a lo lejos. De niña había soñado con visitar aquel lugar y en poco tiempo había vivido allí tantas cosas que le parecía increíble que fuera cierto.

—Me alegrará volver a casa —murmuró, mirando a Declan de reojo.

Él apretó la mandíbula y ahogó un suspiro.

—Sé que echas de menos a tu abuela y a tu hermana —respondió, fingiendo alegría. Sin duda, el cine se había perdido a una estrella, porque fingía de maravilla—. En cambio, no creo que guardes muy buenos recuerdos de tu estancia en Ely.

—Tienes razón —replicó ella ante la desfachatez de ese hombre. Sin duda merecía que se fuera de verdad y para siempre—. No hay nada que me retenga aquí. Me gustaría irme cuanto antes. ¿No puedes arreglar el asunto de la herencia cuanto antes?

—Dudo que tarde mucho. Supongo que con una declaración y tu firma bastará.

Ella ahogó un gemido antes de volver a mirar por la ventana. Ahora las lágrimas le impedían ver también por su único ojo sano. Montar una escena era lo último que deseaba.

—No te preocupes, firmaré lo que sea necesario, y volveré a casa cuanto antes. Ya no seré una molestia para ti.

Declan iba a protestar cuando se dio cuenta de que no tenía derecho a hacerlo.

Al fin y al cabo, eso era lo que había querido desde el principio. Conseguiría la herencia y Tara volvería a su casa, sana y salva. Había pensado que estaba preparado, pero el súbito dolor lo sorprendió. Apretó la mandíbula y siguió conduciendo, apretando el volante con más fuerza de la necesaria.

Ninguno de los dos volvió a hablar durante el resto del trayecto y Tara se maldijo por haber caído en su trampa, tendida de una manera tan burda.

CAPÍTULO 13

Bien, al fin había conseguido lo que quería.

En efecto, una firma era todo lo que, por el momento, le habían pedido.

Y, ahora que ya no la necesitaba, Declan la mandaba lejos. Tara siempre había sabido que lo que lo llevaba a buscarla era su deseo de recuperar su herencia, pero ella se había dejado engañar por sus estúpidos sentimientos.

Por unos instantes había pensado de verdad que él la detendría, que iría a buscarla.

¡Oh, Dios! ¿Cómo había podido ser tan idiota? Para él ella solo había sido un instrumento, e incluso se había divertido con ella... un tiempo. Pero ahora él había conseguido lo que quería, y ya no la necesitaba... para nada. Esa misma mañana, Tara había firmado los papeles que harían que los Beauchamp recuperaran su herencia, y ahora todos bullían de entusiasmo. Algo comprensible, claro, pero era muy doloroso para Tara saber que ya no formaba parte de su grupo.

Sí, se había alegrado por ellos. Incluso Julia había llorado de alegría. Sus hijos habían conseguido lo que su marido no había logrado en vida. En cierto modo, ella había colaborado en aquello y debería sentirse más feliz, pero no podía evitar sentirse muy triste y, hasta cierto punto, traicionada.

Había firmado y ya no era necesaria. La excusa, se decía una y otra vez, era que en casa estaría segura, claro. Egham era ese viejo edredón conocido donde nada malo podía suceder. Sin embargo, su cabeza no dejaba de insistir en que, si de verdad ella le importase, lucharían juntos contra quien fuera. Pero ni siquiera le había dado la oportunidad de decidir. En el fondo, nunca nadie le había preguntado lo que quería.

—Si no te das prisa, perderás el tren —dijo una voz a sus espaldas.

Tara se volvió para encontrarse con Brian y con Julia Beauchamp.

Esta se acercó a ella y la abrazó con cariño.

—Te echaré de menos, Tara. Ha sido casi como tener una hija entre tanto varón.

—Yo también la echaré de menos, Julia —respondió Tara besándola en la

húmeda mejilla.

—Volveremos a vernos, espero —dijo la mujer, mirándola con intención.

Tara rehujo su mirada y murmuró una respuesta ininteligible. Se limitó a sonreír para evitar las lágrimas que amenazaban con cegarla. Estaba segura de que eso no sucedería.

—Se hace tarde, prima —intervino Brian—. Será mejor que nos vayamos.

Tara asintió con la cabeza y, dejando que Brian tomara su maleta, lo siguió hacia la puerta, acompañada de Julia Beauchamp. Nadie señaló la ausencia de Declan, y Tara lo agradeció en silencio. Cada vez que escuchaba a Brian llamándola prima, sentía una puñalada en el corazón. Esa gente se había adueñado de un pedazo de ella y no iba a volver a verlos.

Se despidió de Julia por última vez y entró en el coche, sin poder evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—No llores, prima. Ya sabes que soy un hombre sensible —declaró Brian con voz sinceramente apenada—. Podrás visitarnos siempre que quieras. Al fin y al cabo, el castillo también os pertenece a vosotras.

Tara asintió con la cabeza para no decir que, por ella, el castillo Beauchamp podía irse al infierno. Sin embargo, sintió un impulso repentino de volver a ver la tierra de sus antepasados.

—Brian, ¿podríamos detenernos allí?

—No creo que llegaras a coger el tren —dijo él, echando una ojeada al reloj. Si Declan se enterase de que se había acercado con ella siquiera a millas de allí, le mataría.

—Será solo un momento —casi rogó Tara.

—De acuerdo —consintió Brian con una ligera sonrisa—. Comprendo que te sientas atraída hacia ese lugar. Declan nos contó lo de vuestra...

Brian se calló al ver que Tara apretaba las manos con fuerza, dándose cuenta de que no era el momento más oportuno de hablar de su hermano, ni de lo que ambos compartían, o habían compartido.

A los pocos minutos llegaron al castillo. Desde que los Beauchamp habían interpuesto la demanda, este había sido cerrado a los visitantes. Ya no había

ningún guardia que vigilara la puerta. El lugar parecía desierto de un modo inquietante.

—Quiero entrar —dijo Tara siguiendo su impulso inicial.

—No creo que Declan aprobara que...

Tara entrecerró los ojos y apretó los dientes.

—Francamente, me importa un pepino lo que Declan apruebe o deje de aprobar. Tu hermano es imbécil —dijo con una sonrisa fría, antes de bajarse del coche.

Brian no tuvo más remedio que dejarla ir, aunque dudaba que hubiera podido detenerla, de haberlo intentado. La contempló deambular durante unos instantes ante las puertas del edificio. La vio extender una mano y tocarlas. Estas cedieron ante la ligera presión. Preocupado, pensó si debería seguirla. Luego pensó que merecía unos minutos a solas después de todo lo que había sufrido en los últimos días.

La tranquila oscuridad del recinto la envolvió. Estaba preparada para un asalto a sus emociones, pero no sintió nada. Aquella era la parte más moderna del castillo. Sus antepasados jamás habían vivido allí. Tara atravesó el vestíbulo y paseó por las vacías salas, que se llenaron con el eco de sus pasos. Había una quietud casi sobrenatural allí.

Continuó caminando a través de los polvorientos pasillos. Según se iba internando en ellos, más y más, las sensaciones comenzaron a llegar a ella. Sensaciones conocidas, dulces y dolorosas a la vez. Sensaciones a las que no se atrevía a llamar recuerdos, pero que, sin embargo, podía sentir como suyas.

Sus pasos la guiaron sin querer hacia la habitación en la que había estado con Declan en su primera visita. La conocida sensación de bienestar la siguió como una sombra mientras recorría la pequeña estancia. Sí, la sensación era la misma, pero había algo diferente. Lo achacó a la ausencia de Declan.

Tara sonrió a su pesar. No había duda de que las sensaciones de Declan complementaban las suyas. Por eso no entendía que él pudiera dejarla con tanta facilidad, sin ni siquiera despedirse.

Un súbito escalofrío le recorrió a columna, como si unos dedos helados se hubieran paseado por su piel. Se volvió rápidamente y no se asombró de ver a un hombre desconocido apoyado junto a la puerta.

—Me alegro de conocerla en persona, señorita McNaught —dijo el hombre, con voz ronca.

Tara se estremeció al reconocer ese tono frío y divertido al mismo tiempo. No tuvo tiempo de gritar antes de que Samuel Barrymore se abalanzara sobre ella como una sombra, con una rapidez mortal.

Brian miró el reloj por enésima vez. Hacía casi media hora que Tara había entrado allí, y aún no daba señales de vida. Era demasiado tiempo para una simple visita de despedida. Si no se daban prisa, perdería el tren.

Brian se acercó unos pasos hacia el castillo, sintiendo una extraña inquietud. Ahora se daba cuenta de que el lugar estaba casi demasiado solitario. Y había algo siniestro en aquello. Apretó los dientes y se dirigió con paso firme hacia las puertas. Empujó para entrar, pero estaban cerradas. Era imposible. Hacía apenas unos minutos Tara había entrado por aquellas mismas puertas sin ningún problema.

Volvió a empujar con más fuerza, pero fue inútil, estas permanecieron cerradas para él. Alarmado, dio una vuelta al recinto, probando cada puerta y ventana que se encontraba, pero todas y cada una de ellas estaban cerradas. El castillo era ahora tan inaccesible como cuando sus antepasados vivían en él. Con un estremecimiento, pensó que Tara se había quedado encerrada allí dentro. Pero una parte más racional de su mente le dijo que había algo que no se trataba de espíritus lo que había retenido a Tara.

Encontró un coche en la parte de atrás que le confirmó sus sospechas. Claro que eso tampoco lo dejó más tranquilo. Tratando de pensar con frialdad, volvió a las puertas principales. Llegó a la conclusión de que solo no podía hacer nada.

—¿Cómo diablos la dejaste entrar sola? —rugió Declan al otro lado del teléfono móvil.

—¡Maldito seas, tú no eres el único que está preocupado por ella! ¿Por qué no vienes aquí en lugar de gritarme?

Un silencio opresivo le respondió al otro lado de la línea.

—¿Cuántos hombres crees que hay dentro? —preguntó Declan al fin, con voz más serena, aunque Brian supuso que esa calma era bastante engañosa.

—No lo sé —respondió—. Solo había un coche detrás, pero eso no quiere

decir nada.

—Brian, espérame en el coche. No intentes ninguna tontería, ¿de acuerdo?

Este no respondió, no era necesario. Sabía muy bien que él solo no podía hacer nada.

Declan llegó antes de lo que jamás hubiera pensado. Le acompañaba su hermano Miles. Se habían encontrado a la salida y el joven no había dudado ni un instante en seguirle. Durante el camino, no dejaba de maldecirse por no haber acompañado él mismo a Tara a la estación. Al menos, ella no estaría sola en ese momento.

—¿Cómo sabían que iba a venir? —preguntó Miles casi para sí, mientras miraba el castillo con aire tormentoso. Toda su vida había pensado que aquella mole le pertenecía, pero nunca había causado más que problemas. Una herencia envenenada, decía su madre siempre, y tenía razón.

—¿Una casualidad? —dijo Brian tras un breve gesto de bienvenida.

—Solo estaban esperando la oportunidad. Sabían que alguno de nosotros vendría, antes o después —dijo Declan con los labios convertidos en una fina línea.

—¿Quieres decir que podríamos haber sido cualquiera de nosotros?

Declan se encogió de hombros. No sabía si aquello había sido un plan o fruto de la casualidad, pero nada podría hacerle más daño que saber que Tara estaba en peligro otra vez. Y todo a pesar de su maravilloso plan para alejarla de allí, por su propia seguridad. ¡Diablos! Debería haber supuesto que ella volvería al castillo, sola o con cualquiera. Había dejado que su dolor por su marcha lo cegara. Durante aquellos días se había dejado hundir en la autocompasión. Se había volcado en el pleito contra Barrymore por la herencia de los Beauchamp, pero ni siquiera la satisfacción de saber que muy pronto recuperarían lo que sus antepasados no habían logrado en siglos había logrado amainar la inconcebible soledad que se había apoderado de su alma.

No quería reconocer que aquel trabajo le había servido como excusa para mantenerse alejado de Tara. ¿Con qué cara podía mirarla y fingirse feliz de su marcha? Imposible. No podía estar en la misma habitación que ella sin pensar que no la volvería a ver, ni tocar, ni sentir lo que solo ella le provocaba.

Quería pensar que era un capricho, que sería algo pasajero, pero se

conocía lo suficiente como para saber que no era cierto. Sí, la herencia de los Beauchamp constaba de más que tierras y un hermoso castillo, por desgracia, y él no lo había tenido en cuenta.

¡Todo lo que había hecho no había servido para nada! Había creído que, si se mantenía alejado de Tara durante aquellos últimos días, la sensación remitiría, pero había sido inútil.

Había sido testigo de los preparativos de su viaje de vuelta e incluso había sonreído cuando las circunstancias se lo aconsejaban. Se había opuesto a los ruegos de sus hermanos y su madre con una firmeza que ahora encontraba increíble. Se había comportado como un tipo insufrible y sabía bien que ella no le perdonaría. Sabía que sería inútil pedirle ahora que se quedara, a pesar de que lo deseaba con toda su alma. Tara había dejado muy claro que deseaba volver a su casa y que no quería saber nada de él. La había utilizado y ya no la necesitaba... él mismo se lo había dicho con esas mismas palabras.

Lanzó una mirada ominosa al castillo que muy pronto sería suyo y descubrió que no le apetecía en absoluto vivir en esa mole oscura y fría. No solo.

Los tres hermanos comprobaron sus armas antes de encararse con la puerta de entrada. Cuchillos de cocina y una vieja pistola que había comprado su padre hacía muchísimos años. Jamás había sido disparada. Tal vez ni siquiera funcionaba. Tendrían que servir. No había más remedio.

—Jamás pensé que entraría así en mi futuro hogar —observó Miles, tratando de aligerar la tensión que los embargaba—. Es emocionante.

Brian gruñó.

—Yo diría que es cualquier cosa menos emocionante. ¿Tú que piensas, Declan?

Este no contestó. Caminaba ya hacia las puertas del castillo con paso firme y decidido. Miles y Brian corrieron tras él y pronto se colocaron junto a él, formando una especie de guardia de corps. Nunca habían imaginado que tendrían que entrar por primera vez como propietarios de aquella forma.

—¡Umm! Veo que tus parientes no nos han hecho esperar demasiado. Aunque creo que tú y Declan tenéis una relación algo más que familiar...

Tara se volvió hacia Barrymore con viveza y clavó en él una mirada de

odio.

—Ahórreme la charla de malo de telefilm barato, por favor.

Barrymore sonrió, aunque la sonrisa no iluminó sus ojos. Era un hombre atractivo, aunque oscuro. Sus facciones eran impersonales. Era un hombre en el que nadie se fijaría dos veces por la calle. Y tal vez era algo que él utilizaba a su favor. Tara tenía la sensación de que él la conocía. En todo caso, actuaba como si así fuera.

—Una auténtica lástima que desprecies tu talento con un tipo como Beauchamp. Él no te merece. Creo que tú y yo podríamos tener muchas charlas interesantes, pero me temo que no tendremos ocasión. Tengo que dejarte. Qué pena, ahora que de verdad comenzaba a disfrutar de la compañía.

Tara gruñó, él la había amordazado. Que un tipo que hablaba con tanta simpatía de ella la amordazara era absurdo. Aquello no podía estar ocurriendo de verdad. Esas cosas solo pasaban en las películas.

Enemigos ancestrales, herencias legendarias. Hasta ese momento no había sido consciente de que todo aquello era real.

—¿No dices nada? —preguntó Samuel Barrymore con sorna—. Lamento de veras tener que dejarte de esta manera tan brusca, pero me temo que no puedo hacer esperar más tiempo a mis invitados de honor. Al fin y al cabo —añadió, con una sonrisa irónica—, ellos son los verdaderos Beauchamp. Tú solo eres el cebo, querida, y lo sabes.

Tara lo observó marcharse y trató una vez más de liberarse de sus ataduras, pero solo consiguió lastimarse las muñecas. Tenía que encontrar alguna forma de avisar a Declan y a sus hermanos.

Mientras Barrymore la había mantenido prisionera, le había hablado de sus planes. Y esos planes no incluían ninguna idea agradable para los Beauchamp. Ese hombre estaba loco, y estaba incluso dispuesto a morir con tal de que los Beauchamp no se salieran con la suya ni recuperasen lo que verdaderamente les pertenecía.

¿Cuántas veces se había reído de los malvados de novela que contaban sus planes ridículos a los buenos cuando creían que estaban a punto de ganar? Siempre había pensado que eran escenas inverosímiles. Bien, pues ahora lo estaba viviendo en persona. Y no era nada gracioso.

Al poco rato de quedarse sola, Tara supo que algo andaba muy mal. Con horror, vio que un humo oscuro había comenzado a filtrarse bajo la puerta.

Por lo visto Barrymore prefería destruir el castillo antes que perderlo. Aquel edificio era antiguo, casi toda la estructura era de madera. Ardería como una tea en cuestión de minutos, con todo lo que tenía dentro. Por lo pronto, ella. Y Declan y sus hermanos que acababan de llegar.

No podía negar que, como plan, poco de reprochable tenía. Además, ella misma se había metido en su guarida.

Con un gemido, comenzó a moverse frenéticamente, aunque sabía que ella sola jamás sería capaz de salir de allí con vida.

CAPÍTULO 14

Los Beauchamp encontraron las puertas de entrada abiertas. Hacía unos minutos estaban cerradas y ahora ya no lo estaban.

Los tres las miraron con desconfianza antes de penetrar con cautela en el oscuro vestíbulo. Miraron a su alrededor, tratando de vislumbrar cualquier sombra que pudiera ocultar un hombre armado. De pronto, las luces se encendieron, cegándolos.

—Debo reconocer que no os esperaba tan pronto —dijo una voz ronca desde algún lugar en lo alto de la balaustrada de piedra.

Los tres escrutaron la hermosa balaustrada en busca de su invisible enemigo, pero no pudieron ver a nadie.

—¡Y los tres juntitos! Qué suerte la mía.

—Solo un cobarde se esconde para decir tonterías. Baja aquí, bastardo —exclamó Brian.

Un disparo fue la respuesta a sus irreflexivas palabras. Brian trastabilló hacia atrás sujetándose el brazo herido.

—Dime dónde está. Ella no tiene nada que ver con esto —preguntó Declan en tono tranquilo, con la vista fija en el lugar de donde había surgido el disparo—. Dile a tus hombres que la suelten.

Una risa cascada le respondió.

—No necesito a nadie más para acabar con todos vosotros. Los últimos Beauchamp, totalmente a mi merced... No dejaría ese placer en manos de nadie más.

Declan comenzó a caminar hacia la escalera, pero un nuevo disparo, justo junto a sus pies, le persuadió de seguir.

—Tal vez seamos los últimos Beauchamp, pero cuatro asesinatos no quedarán impunes. De hecho, las autoridades ya te están investigando a causa del ataque que ordenaste contra Tara.

—¡Oh, eso solo fue un accidente! —respondió la voz con un dejo de humor.

—¡Un accidente! Tu hombre pudo haberla matado —exclamó Miles con furia.

—Eso me hubiera ahorrado muchos problemas. Entre ellos, este pequeño asunto que nos traemos ahora entre manos.

—Este pequeño asunto, como tú lo llamas, traerá tu destrucción. Lo que tu familia ha mantenido a lo largo de estos siglos a costa de nuestra sangre lo perderás por tu estupidez.

—Tal vez —lamentó la voz casi con resignación—. Pero antes me habré divertido un poco. No me digas que no estabas cansado de este juego. Tu padre maldiciendo al mío y viceversa, y así generación tras generación. En algún momento tenía que acabar. —Se calló, como si escuchase algo que ellos no oían—. De hecho, tal vez ya sea demasiado tarde para vuestra amiga.

Brian se adelantó unos pasos, apretándose el brazo herido e ignorando el peligro, avanzó hacia la escalera. Miles lo siguió, leyendo por instinto los planes de su hermano. Por muy rápido que fuera aquel hombre, no podía acabar con los dos a la vez sin revelar su escondite.

Barrymore disparó un par de veces más, sin acertar a ninguno de sus blancos, aunque de pronto se detuvo y comenzó a reír.

—¿Podéis olerlo?

Declan frunció el entrecejo, creyendo por un momento que ese hombre había perdido la cabeza. Poco después sus sospechas se confirmaron al ver una columna de humo que se elevaba en el ala izquierda del castillo.

—Este maldito loco ha prendido fuego a la casa —murmuró hacia sus adentros.

Una prisa repentina por encontrar a Tara se adueñó de él. Algo le decía que se encontraba muy cerca de la fuente del fuego. Con una furia fría y aplastante, se volvió hacia Barrymore con despreocupación total por su vida. Si él moría, sus hermanos aún podrían rescatar a Tara, no podría acabar con todos a la vez. Aceleró sus pasos y corrió por la escalera hacia el que podía ser su asesino mientras las balas pasaban junto a él, rozándole. Miles y Brian lo escudaban con igual ansia asesina en la mirada.

Llegaron junto a él en apenas unos segundos. Evidenciando su absoluta locura, Barrymore tiró su arma sobre el hombro y se aprestó a luchar contra

sus tres atacantes con los puños desnudos. Su rostro exhibía una sonrisa tan fría y desdeñosa, que los tres Beauchamp sintieron escalofríos al mirarlo.

—Brian —dijo Declan sin apartar su mirada de él —, ve a buscar a Tara.

Brian asintió y obedeció a su hermano sin darles la espalda en ningún momento.

Miles se colocó detrás de Barrymore y se puso en guardia, dispuesto a frenar cualquier estratagema por su parte.

—¡Vaya, vaya! Dos contra uno —comentó en tono de sorna—. Me parece justo.

Sin previo aviso, lanzó una patada hacia atrás que hizo que Miles cayese sobre su espalda con un quejido más de sorpresa que de dolor.

Declan se apresuró a lanzarle un golpe al estómago, que no pareció tener ningún efecto sobre él. Declan, en cambio, sí sintió sus duros golpes en el rostro. Sacudió la cabeza, tratando de despejarse, y se giró justo a tiempo de evitar que un puño como un mazo se estrellara contra su rostro por enésima vez.

Barrymore se volvió ahora hacia Miles, que apenas había logrado levantarse, y le lanzó un par de golpes más que lo devolvieron al suelo.

Declan decidió que aquello debía terminar. Le hizo una señal a Miles, que esperó que este comprendiera, mientras él se lanzaba de cabeza contra su estómago. Por suerte, Miles entendió lo que se proponía y le puso a Barrymore una zancadilla que hizo que este, gracias al impulso causado por la embestida de Declan, cayera junto a él, aturdido. Sin más ceremonias, Declan se abalanzó contra aquel tipo que aún sonreía, y lo dejó sin sentido de un culatazo de pistola. Ni siquiera se le había ocurrido dispararla, pero al menos servía para algo.

Dejó a Miles al cuidado del inconsciente Barrymore y corrió hacia el lugar de donde provenía el humo, cada vez más espeso. Al entrar en el oscuro pasillo, el humo le hizo toser hasta el punto que temió que ya fuera demasiado tarde. Si Tara inhalaba aquel humo viciado durante mucho tiempo, moriría. Avanzó unos pasos hacia el lugar donde rugían las llamas y gritó con desesperación.

—¡Tara! ¡Brian!

Tara intentaba recordar los cursillos infantiles en los que le enseñaron cómo deshacer nudos atados a la espalda. Porque le habían enseñado algo similar, ¿verdad? ¿O no? Si no enseñaban aquello, estaba claro que deberían hacerlo. Lo propondría en el colegio. Si es que sobrevivía.

Cada vez le costaba más respirar. El rostro hinchado por los golpes tampoco ayudaba.

—Se acabaron las aventuras para mí —comenzó a decir, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta—. Si salgo de aquí, no quiero volver a ver a ningún desconocido atractivo en mi vida. No, señor, eso no es para mí.

Los dedos se le entumecían y eso no era una buena noticia. Pero, por sorpresa, uno de los cabos se liberó. Dio un saltito en la silla y cayó al suelo por su estupidez. Sin embargo, para su sorpresa, eso se lo puso más fácil. En el suelo el aire era más limpio y las cuerdas estaban menos tensas. Eso sí, se había hecho daño en el brazo y la pierna.

Pero ¿qué más daba eso si conseguía salir de allí?

Concentrada en los nudos, casi no escuchó que alguien la llamaba. Una voz débil y una tos ahogada hicieron que levantara la vista.

Con el humo, no supo si se trataba de Brian o de Miles, pero uno de los gemelos había ido a rescatarla.

Nunca en su vida se había sentido más feliz de ver a un Beauchamp. Aunque la alegría duró poco. De pronto, él cayó ante ella con los ojos en blanco. Entonces vio la mancha roja en su brazo.

—¡Oh, mierda!

Luchó para ponerse de rodillas y le sacudió.

—¿Brian? ¿Miles? ¿Hola? Por favor, no te mueras —suplicó, entre toses—. ¿Qué diablos os pasa a todos los Beauchamp, no podéis aparecer de una manera normal?

—Soy Brian. Yo soy el guapo —murmuró él, abriendo los ojos a duras penas.

Tara sonrió a su pesar, aliviada. El humo era demasiado espeso como para entretenerse demasiado, así que ni lo dudó a la hora de empujarle para obligarle a levantarse.

—Pues lo siento por ti, pero serás un guapo muerto si no empiezas a moverte. Diré que me has salvado, tranquilo.

—Gracias.

Pasaron varios segundos angustiosos en los que Declan no recibió ninguna respuesta. Los pasillos estaban llenos de humo y no oía nada más que el fragor de las llamas. Llegó un momento en que temió que fuera demasiado tarde. Parte del castillo ardía ya y era impenetrable.

—Hermanito, pensé que jamás vendrías en mi ayuda —dijo una voz divertida pero débil tras la oscura cortina de humo—. Menos mal que esta chica vale más que cualquiera de nosotros y ha conseguido soltarse, porque no sé qué habría sido de mí.

Declan sonrió de alivio al ver aparecer a Tara llevando a rastras a su hermano. Corrió hacia ellos y los llevó hacia el vestíbulo, donde el aire era considerablemente más claro y puro, aunque también comenzaba a llenarse de humo. Allí se tomó el tiempo de observarles. Su piel estaba tiznada, pero no tenían tan mal aspecto como esperaba.

Oyeron las sirenas de los bomberos en el exterior y se sorprendieron al ver el tumulto de hombres que corrían para extinguir el incendio. A causa de la tensión, ni siquiera se habían dado cuenta de que la alarma antiincendios estaba sonando a toda potencia.

—Será mejor que salgamos de aquí —declaró Tara a gritos, aunque su voz sonaba ronca a causa del humo inhalado.

—¿Y qué hacemos con él? —preguntó Miles desde lo alto de la escalera, señalando a Barrymore, que comenzaba a recobrar el sentido.

—Dejémoslo en manos de la policía —dijo Declan con desprecio.

En ese momento varios bomberos irrumpieron en el vestíbulo y los miraron asombrados. Sin hacer preguntas, se hicieron cargo de la situación. Por el momento, el trabajo era más importante, aunque no dudaron que más tarde no se librarían de un exhaustivo interrogatorio.

—Me alegro de que Brian esté bien —dijo Tara observando el tren en el que debía subirse para volver a su casa.

Parecía mentira que hubieran transcurrido apenas unas horas desde el

episodio en el castillo. Ahora Brian estaba reposando en casa. Por suerte, la herida no era grave. En unos días volvería a ser el joven impetuoso de siempre. Además, tendría una nueva anécdota que contar: ahora era el rescatador de una dama en apuros y había detenido a un loco pirómano que había intentado asesinarles.

Barrymore, en cambio, no había salido tan bien librado. A las heridas provocadas por Declan al tratar de dejarlo fuera de combate, se unía la casi segura condena por intento de asesinato y secuestro, entre otras cosas.

A ella la policía la había dejado marchar, con la condición de permanecer siempre localizable. Tara había sonreído. Por el momento estaba más que servida de aventuras.

Con el olor del humo todavía en la nariz y en la boca, y la voz ronca, carraspeó, sin saber qué más decir.

En realidad, agotada, sentía poco más que el deseo de que todo volviera a la normalidad.

Declan no respondió. Siguió la mirada de ella y fue también a clavarse en el tren que la alejaría definitivamente de su vida. Ahora su plan le parecía ridículo. Había hecho lo posible para alejarla del peligro y lo único que había conseguido había sido perderla.

—Parece increíble que todo haya terminado —comentó Tara en tono ausente—. Fue una suerte que los bomberos llegaran tan pronto. Los daños en la estructura han sido mínimos.

Declan asintió con la cabeza. Lo último en lo que pensaba en ese momento era en el maldito castillo Beauchamp.

—Me alegro de que al fin hayáis recuperado lo que os pertenece —siguió ella.

El silbato del tren anunció su próxima salida. Tara se estremeció como salida de un sueño. Se volvió hacia Declan, sabiendo que lo más probable era que aquella fuera la última vez que lo viera, pero no supo qué decir. Subió en el tren, abatida por su silencio. Y, de pronto, una pregunta de Declan la dejó como petrificada en la puerta.

—¿Te arrepientes? Aquello que dijiste a mis hermanos...

¿Si se arrepentía de haberle conocido? ¿De haberle amado? ¿De haberse sentido viva por primera vez en su vida?

El tren se puso en marcha mientras ella reflexionaba, mirándolo fijamente. Ya se había alejado de él unos metros cuando gritó, con todas sus fuerzas:

—¡No me arrepiento! ¡No podría!

Tara sonrió y lo saludó con la mano, cegada por las lágrimas. Su sonrisa se congeló en su rostro cuando él al fin se dio la vuelta y caminó hacia su coche, sin mirar atrás.

CAPÍTULO 15

—Nana, han llamado a la puerta —masculló Jenna, sin atreverse a mover apenas los labios para no romper la pose.

—De acuerdo, ve a abrir, entonces.

—¿Así vestida? —preguntó Jenna, horrorizada.

Mary sonrió.

—No creo que nadie se asuste de verte así.

Jenna sonrió, satisfecha, mientras se acomodaba los pliegues de la tenue túnica que llevaba.

—¡Venga, o nos dejarán sordas con tanto timbrazo!

Jenna corrió hacia la puerta y la abrió.

—Y una diosa bajó del cielo para abrirnos —dijo una voz aterciopelada al otro lado.

—¡Declan! —chilló Jenna antes de abalanzarse sobre él para abrazarlo.

Y al hacerlo, vio que no estaba solo. Se separó despacio, sin apartar la vista del otro hombre.

—¡Hola! —exclamó este, sin poder evitar mirarla fijamente y sintiéndose estúpido por su arrobamiento—. Soy Brian —añadió alzando una mano a modo de saludo.

—Jenna —respondió esta con una sonrisa sensual y tímida al mismo tiempo.

Se acercó a él y se alzó de puntillas para depositar un beso en su mejilla, rozando con sus labios la comisura de su boca.

—Lamento interrumpir las presentaciones, pero ha sido un largo viaje y creo que es de mala educación que nos tengas aquí en la puerta como a pasmarotes.

—Siempre tan oportuno, primo Declan —rezongó Jenna, haciéndose a un lado para dejarlos pasar—. Nana, es Declan... y Brian —añadió, volviéndose hacia este con una sonrisa torcida.

—Brian, es un placer conocerte al fin—dijo Mary, estrechándole la mano. Llevaba puesta la bata que usaba para trabajar y no se había molestado en dejar el material en el estudio—. ¿Qué tal tu herida?

Brian se encogió de hombros, abrumado ante tanta atención. Declan le había hablado de la amabilidad de las McNaught, pero no había imaginado que sería así.

—Bien, muy bien, la bala no tocó el hueso.

—¿Y tú, Declan? —preguntó Mary, volviéndose ahora hacia él—. Tengo entendido que las obras en el castillo van bastante bien. Espero que el presupuesto no se dispare.

—Sí, van bien —respondió este lanzando una mirada de reojo hacia la escalera—. Supongo que vosotras también estaréis bien. Os he echado de menos.

—Mentiroso —replicó Jenna—. Si fuera verdad, habrías venido antes. Hace meses que no sabemos nada de ti. Y habrías traído contigo a tu hermano.

Brian se ruborizó ante la sensual mirada que Jenna le dirigió.

Declan esbozó una sonrisa cansada.

—He estado muy ocupado.

—Claro —respondió Mary palmeándole el brazo—. Todos necesitábamos un tiempo tranquilo después de lo que pasó.

Declan la miró con pesar. Habían hablado mucho de los errores que habían cometido desde el inicio, pero ambos sabían que no había solución para lo que había ocurrido. Por desgracia, los dos sabían que no habrían hecho las cosas de modo distinto de tener otra oportunidad. Eran impulsivos y testarudos y seguían pensando que las cosas se habían torcido por culpa de Barrymore, no por su planteamiento.

—¿Y Tara?

Fue Brian el que formuló la pregunta, pero todos miraron a Declan mientras Mary respondía.

—Ha salido.

—¿Ah, sí? Es una lástima, tenía muchas ganas de verla —respondió Brian

con tono animado—. Y, ¿adónde ha ido? ¿Volverá pronto?

Jenna se aclaró la garganta antes de responder, evitando mirar a Declan.

—Ha ido a cenar con su prometido —la última palabra sonó tan baja que resultó casi inaudible, sin embargo, resonó en la sala como un disparo.

—¿Prometido? Pero eso es impo... —comenzó Brian.

—Debí suponerlo —comentó Declan con aire casual, aunque su palidez delataba que no estaba tan tranquilo como aparentaba—. He esperado demasiado.

—Están en el Ann's Inn —dijo Jenna, clavando en él una mirada intensa.

—Querida, no deberías haber pedido eso. No te conviene engordar ahora, o no te quedará bien el traje de novia de mamá. Ya sabes que mamá estaba muy delgada cuando se casó.

Tara asintió, aunque, mientras lo hacía, engulló un enorme pedazo de ternera en salsa. Su acompañante ahogó una exclamación de disgusto al ver que se acercaba el camarero y rellenaba su copa. Siempre había creído que una mujer no debía beber en público. Una copa no estaba mal, pero dos hablaban de un problema.

—Respecto al lugar de la boda, he pensado...

—El castillo Beauchamp sería el lugar ideal —comentó una voz jovial a sus espaldas—. Para cuando decidáis celebrar la boda, seguro que las obras estarán lo bastante avanzadas como para montar algo pequeño e íntimo. Será precioso y tú una novia maravillosa, estoy seguro.

Tara parpadeó un par de veces como si no fuera capaz de enfocar bien a Declan.

—Es un lugar enorme, ya lo sabes —siguió, como si nada. De hecho, parecía como si continuase una conversación que habían dejado hacía apenas unos minutos. Nadie diría que llevaba sin dar señales de vida meses enteros. Se había sentado a la mesa, como si nada y había clavado la mirada en Tara, serio. Y el tema del que hablaba parecía para él lo más importante del mundo en ese momento—. Incluso podríamos celebrar allí un baile, si quieres. A todo el mundo le gusta bailar, y tú tienes tiempo de aprender y no destrozar los pies del novio.

Sus palabras se dirigían exclusivamente a Tara, haciendo caso omiso del hombre balbuceante que había sentado justo ante él.

—Beauchamp —dijo Louis al fin, con voz meliflua. Declan había callado para tomar aire, y aquella era su primera oportunidad de intervenir—. Es una sorpresa verle aquí.

Los ojos castaños de Declan se volvieron hacia él, clavándose como afiladas estacas de hielo.

—También lo es para mí... Louis. ¿Qué fue de aquella encantadora rubia, Norma? —respondió Declan con una sonrisa tan fría como su mirada—. ¿Podemos hablar? —preguntó, dirigiéndose otra vez hacia Tara, que aún no había podido apartar los ojos de él.

¡Dios, parecía tan cansado! Su voz podía parecer jovial, como siempre, pero su aspecto era terrible. Declan parecía haber envejecido desde que le había visto por última vez. Aunque, ¿acaso ella no se sentía así también, vieja y agotada?

Apretó la mandíbula, enfadada por su debilidad. Él se lo había buscado. Se esforzó por parecer serena cuando respondió.

—Ya ves, Declan, estoy ocupada —y añadió, con intención y una rabia que no pudo evitar—: hay un tiempo para cada cosa, y me temo que el nuestro pasó.

Declan tuvo la desfachatez de sonreír.

Durante unos segundos, mientras ella le miraba, impasible, había temido lo peor, pero ahora estaba tranquilo. Al menos había furia en sus palabras. Eso quería decir que no le era indiferente su presencia allí.

—La restauración no me ha dejado demasiado tiempo libre.

—No lo dudo —respondió ella con una sonrisa torcida—. Ahora eres el dueño de un hermoso castillo, has cumplido el sueño de tu familia durante generaciones. Debe de ser algo agotador ser tan importante.

—He hablado muchas veces con Mary y con Jenna. Es extraño que tú nunca estuvieras en casa cuando yo llamaba por teléfono.

—Yo también he estado ocupada. Tengo una vida aparte de ayudarte a recuperar herencias perdidas.

—Ya veo —murmuró Declan clavando una mirada agresiva en Louis—. Organizando tu boda, supongo.

Tara apretó bufó y cruzó los brazos sobre la mesa, lanzando chispas por los ojos.

—Aunque no lo creas, tengo un trabajo y una vida, no todo gira alrededor de los malditos hombres y si deciden o no que tengo un lugar en su vida. — Tara sonrió al camarero cuando este la miró sorprendido al escuchar sus palabras—. No creo que este sea un buen lugar para discutir —añadió, nerviosa—. Nos está mirando todo el mundo.

Louis decidió que había esperado suficiente y acercó la cabeza al pequeño círculo que habían formado los dos, luciendo una sonrisa que preocupó a Tara. Le conocía lo suficiente como para saber que aquella sonrisa solo traía problemas. De hecho, le había sonreído así cuando le había pedido matrimonio.

—¿Por qué eres tan desagradable con tu primo Declan? —preguntó, con una amabilidad sorprendente, teniendo en cuenta su actitud hasta ese momento—. ¿Puedo llamarte Declan?

Este lo ignoró y mantuvo su mirada fija en Tara, pero ella la rehuyó y volvió a concentrarse en la comida.

—Si no te importa... primo —dijo con evidente frialdad—. Estoy cenando y a Louis no le gusta que la comida se enfríe en los platos.

Louis abrió la boca para responder, pero Declan se le adelantó.

—Igual fui un idiota, pero pensé que... pero veo que estás muy bien. Me alegro de que seas feliz. Imagino que, en el fondo, sí te arrepentiste —murmuró antes de levantarse, darse media vuelta y marcharse por donde había venido.

Tara mantuvo firme su mirada en el plato que tenía frente a ella, tratando de no sentirse desolada por sus palabras.

¿Por qué ahora? ¡Maldito fuera! Habían pasado seis meses desde el incendio del castillo.

—Es un tipo bastante antipático, tu primo, ni siquiera se ha despedido —dijo Louis, volviendo a tomar los cubiertos.

Tara lo ignoró. ¡Maldito, maldito! Maldito fuera mil veces. Siempre aparecía cuando ella creía estar satisfecha con su bendita rutina. Y ella adoraba esa rutina. Era conocida, tranquilizadora, agradable.

—¿Crees que decía en serio lo de celebrar la boda en el castillo? Al fin y al cabo, también os pertenece a vosotras y, después de la boda, también a mí.

Tara alzó la vista del plato y la clavó, incrédula, en Louis.

—Olvídate del castillo Beauchamp —espetó en tono acre.

—Pero también es nuestro, tenemos derecho...

—No quiero saber nada que tenga que ver con él.

—Mamá se pondría tan contenta si...

—Me importa un pepino lo que diga tu mamá —gruñó Tara, enfadada. De pronto fue como si una parte anestesiada de su cerebro despertase. ¿Cuándo había pensado que podría casarse con Louis y que podría ser feliz?—. Y no pienso ponerme su vestido para la boda. Es horrendo.

—¡Pero, querida! Mamá... no puedes hacerle eso... —Louis parecía estupefacto ante el estallido de cólera de Tara. Parecía más molesto por el insulto a su madre que por el hecho de que ella se rebelase—. No te permitiré que le faltes al respeto. Y te advierto que no consentiré este tipo de comportamiento cuando nos hayamos casado.

—¿De veras? Es bueno saberlo ahora —comentó Tara, sonriendo.

Louis la miró con franca desconfianza.

—¿Por qué?

—Porque da la casualidad de que me gusta comportarme así.

—¿Cómo una grosera y una maleducada muchacha sin... Ni siquiera sé cómo calificar tu forma de actuar. No eres la Tara que conocí. —El tono de Louis rozaba el espanto absoluto.

—Me alegra saber que es eso lo que piensas de mí. Y quizás no soy la Tara que conociste, porque nunca te has molestado en conocerme —declaró Tara poniéndose en pie.

Cuando lo hizo, Louis alzó una servilleta, como si temiera que ella hiciese algo drástico, como volver a tirarle la cena por encima. Al notarlo, Tara lanzó

su primera carcajada auténtica en meses. Comenzó a caminar hacia la puerta cuando se volvió de pronto y volvió a la mesa.

—Olvidaba algo.

Louis volvió a protegerse con la servilleta.

Sonriendo, Tara se quitó el anillo de compromiso y lo lanzó rodando a través del mantel.

—El anillo de tu madre. Guárdalo para alguna chica a la que tú y tu mamá aprobéis. Le deseo toda la suerte y la paciencia del mundo.

—No, Mary. Es evidente que perdí mi oportunidad hace mucho tiempo.

—Pero no tienes por qué irte tan pronto. Si hablarais con más calma, seguro que llegaríais a la conclusión de que estáis hechos el uno para el otro. Vuestro problema es que nunca os paráis a hablar.

Declan esbozó una sonrisa amarga.

—El momento pasó, ella misma lo ha dicho muy claro hoy, Mary, y yo no hice nada para retenerla. Supongo que ya era hora de que me diera cuenta.

—Pero, Declan...

—Adiós, Mary —dijo Declan inclinándose para besarla en la mejilla—. De algún modo, también has sido mi nana.

Mary sonrió con tristeza y le acarició el rostro.

—Supongo que no tengo que decirte que eres tonto de remate.

—Creía que en eso estábamos todos de acuerdo —comentó Brian a sus espaldas, con franco disgusto.

Declan se volvió hacia su hermano y le guiñó un ojo.

—Le diré a mamá que te quedarás unos días más. No te vendrá mal un poco de descanso. Espero que cuides bien de él, prima Jenna. Aún no está repuesto del todo de su herida.

—Hace meses que estoy...

—No te preocupes, primo. Yo lo cuidaré —lo atajó Jenna corriendo a abrazar a Declan—. No desesperes —murmuró a su oído—, Tara es cabezota, pero no estúpida.

Declan esbozó una sonrisa triste, pero no respondió a eso. Pocos segundos después, se hallaba camino hacia la estación de tren.

«¡Maldito, maldito fuera!», se dijo Tara por enésima vez desde que había dejado el restaurante. ¿A qué había vuelto? Si había vuelto a buscarla, ¿por qué no se lo había dicho, sin más? En cambio, había decidido por su cuenta que ella era la mar de feliz en su vida, con su prometido y con el vestido de novia de su futura suegra.

¿Y si le hubiera dicho eso precisamente, que había ido a buscarla? ¿Se habría ido con él, abandonando su vida, a su prometido...?

Con una sonrisa, se dijo que esto último al menos, ya no tenía remedio. Tara se sentía como si se acabara de despertar de un extraño sueño. Durante seis meses se había esforzado con todas sus fuerzas en no sentir nada en absoluto, y lo había conseguido. Estaba muy claro que pensar con claridad no era algo que se le hubiera dado muy bien en los últimos tiempos.

¡Dios santo! ¿De verdad había pensado que podría llegar a casarse con Louis? ¿Lo habría hecho si Declan no hubiera vuelto esa noche? Esperaba sinceramente haber recapacitado antes de cometer semejante locura.

Lo cual la llevaba a la razón por la que había vuelto Declan, justo ahora. Había estado ocupado con su maldito castillo, por supuesto. Y solo ahora se había acordado de ella.

Bueno, eso no era del todo cierto. Él la había llamado en muchas ocasiones y ella nunca había querido hablar con él. Bien, ¿qué esperaba Declan Beauchamp, que se echara en sus brazos sin más? La había dejado marchar sin un pestañeo. Ni siquiera le había preguntado si por alguna casualidad deseaba quedarse. Tal vez se habría negado, pero al menos, se dijo con furia, podría haberle preguntado. En cambio, le había hecho aquella ridícula pregunta: «¿te arrepientes?».

Y luego, esa noche, en vez de arrodillarse para pedirle perdón, a él solo se le había ocurrido preguntarle de nuevo: «¿te arrepientes?». ¿Cómo se atrevía a hacerle eso? Si lo tuviera delante...

Apretó los labios. Oh, sí, al menos tendría que escuchar unas cuantas verdades, algo a lo que no estaba acostumbrado.

CAPÍTULO 16

Cuando llegó a casa, el ambiente no era festivo, precisamente. Le alegró ver a Brian repuesto, aunque tímido en presencia de Jenna.

—¿Fuiste tú el que corrió para salvarme del fuego, o me he equivocado de hermano?

Brian enrojeció al recibir una atenta mirada de Jenna.

—Tendrás que contarme eso —dijo esta en tono autoritario.

—¿Y dónde está ese estúpido cabezadura? —comentó Tara en tono casual.

Todos la miraron horrorizados.

—No le han hecho mucha gracia tus planes de boda y se ha ido —respondió Brian, que era el que estaba más habituado a la extraña forma de comunicación entre Tara y su hermano.

—¿Se ha ido? —preguntó Tara, mirando hacia la escalera, como si esperase que él bajara por allí de un momento a otro. De pronto, se volvió hacia Brian, con una exaltación muy poco común en ella—. ¿Como que se ha ido? ¡Adónde diablos ha ido!

—A... a casa —murmuró Brian, apabullado por la furia de su mirada.

Tara lo miró durante un instante como si no comprendiera sus palabras. De pronto sintió que toda la energía que la había llevado a casa desaparecía de golpe. Había dejado a Louis plantado y había corrido hasta allí, y todo para nada. Declan ni siquiera había esperado dos minutos para largarse otra vez.

—¡Oh, Dios! —exclamó dejándose caer en el sofá, con aire abatido, aunque su mirada se animó a los pocos segundos—. ¿Hace mucho que se fue?

—Pensaba coger el último tren.

Tara miró el reloj.

—Ese tren sale dentro de un cuarto de hora —murmuró con desolación—. Jamás llegaría a tiempo.

—¡Sí, si yo conduzco! —exclamó Jenna poniéndose en pie.

—Hermanita, querría llegar viva, si no te importa.

Jenna apretó la mandíbula.

—¿Prefieres quedarte ahí sentada, comiéndote las uñas? Si no fueras tonta de remate, Declan no estaría solo esperando ese tren.

—Él debió pedirme... —chilló Tara, poniéndose en pie a su vez—. Debí preguntarme... ¡Declan es idiota!

—¡Eso es, prima! Unos pasos más y llegaremos a la puerta —exclamó Brian empujándola por detrás.

—¡Dios mío, no llegaremos a tiempo!

—No, si te quedas ahí parada. ¡Vamos!

Tara se movió hacia la puerta como movida por un resorte, mientras la decisión se adueñaba nuevamente de ella.

—Llegaremos —dijo, apretando el bolso con fuerza.

—¡Sí, pero vámonos de una vez! —exclamó Jenna alzando la vista al cielo.

Corrieron a una velocidad suicida. Se saltaron tantos semáforos, que era un milagro que aún estuvieran vivos y no hubieran provocado ningún accidente. Cuando por fin se apearon en el aparcamiento de la estación, el tren aún no había partido, aunque el jefe de estación acababa de darle la salida.

Con siseos y chirridos, el tren se puso en marcha.

—¡Dios mío, se va! —exclamó Brian entre dientes.

Tara apretó el bolso, abrió la puertecilla del coche y salió. Corrió. Corrió como jamás lo había hecho en su vida.

—¡Pare ese tren!

El jefe de estación se volvió hacia ella con incredulidad.

—Eso es imposible, señorita. Los trenes jamás deben retrasarse sin un motivo, uno de verdad importante —puntualizó el hombre. Por su forma de mirarla, casi parecía estar deseando que ella le diera ese motivo. Tenía tal expresión de aburrimiento que Tara habría sentido lástima por él de no estar tan apurada.

Tara observó que el tren se alejaba cada vez más.

—Debe detenerlo —suplicó ella, tomándolo por el cuello—. ¡Hágalo, maldita sea!

—Pero, señorita... —el hombre pareció alarmarse ante semejante asalto. Sin duda, lamentó haberle dado pie a tanta confianza.

—Es una cuestión de vida o muerte.

—Mañana sale un tren a las... —el sonsonete comenzó a salir de sus labios con un tono tan monótono que era evidente que lo había repetido millones de veces.

Tara bufó. Dio una palmada para acallarle, y él la miró como si estuviera ante una criatura extraña, salida de otro mundo.

—No puedo esperar, tengo que coger este.

—¿No puede esperar?

—¡No! ¡No puedo! En ese tren va el idiota que me hará feliz, aunque él todavía no lo sabe, y solo usted puede ayudarme.

—¿Crees que lo conseguirá? —preguntó Jenna, aún al volante del coche.

Brian sonrió a medias.

—No lo creo. Pero al menos lo intentamos. Solo por esta experiencia al volante, ha merecido la pena.

Jenna le dio un codazo, molesta por su broma. Brian se encogió sobre sí mismo, fingiendo dolor. Ella se asustó, aunque se calmó al ver su sonrisa y su guiño.

—Los Beauchamp sois todos muy graciables. Si no fuerais tan guapos, seríais odiosos. —Apartó la mirada de él y volvió a mirar hacia el tren—. Es una lástima. Ella estaba de verdad decidida esta noche. Si la hubieras visto estos meses... verla así es una alegría.

Brian dio un salto y gritó.

—¡Un momento! ¿Ves lo mismo que yo?

—¡Oh, Dios mío, está volviendo! —exclamó Jenna, casi fuera de sí de la alegría—. ¡Está volviendo!

Se agitó contenta en el asiento y Brian le tomó la mano sin darse cuenta.

Jenna se volvió para mirarlo, sorprendida.

—¡Dios mío! —exclamó Brian, con un gemido entrecortado—. ¿Lo sientes?

Jenna asintió con la cabeza y cerró los ojos cuando una oleada de placer la asaltó.

—Creo que es la primera vez que me alegro de verdad de ser un Beauchamp —declaró Brian mientras aún tenía fuerzas para hablar, mirándola, maravillado.

Tara jadeó y se tambaleó por el pasillo. Se apoyó contra una puerta para recuperar el aliento. Cerró los ojos. Aún no podía creer que el tren hubiera vuelto atrás. Sonrió al recordar la expresión de horror del jefe de estación cuando ella chilló la última frase. Sin embargo, había corrido a llamar por teléfono al conductor del tren. Había hablado deprisa, sin dejar de mirarla, como si Tara fuera a salir corriendo para asaltar el tren, y ahora estaba allí, a bordo. Era increíble.

Pero aún quedaba lo más difícil. Cuadró los hombros con decisión, abrió la puerta del compartimento y se plantó en el quicio, con aire decidido.

Llevaba el cabello despeinado, la ropa arrugada y descolocada por la carrera y su sonrisa era feroz.

—He detenido este tren por ti, al menos podrías mirarme — gruñó cuando al fin se enfrentó a él.

Declan la miró, incrédulo, sin atreverse a creer que ella estuviera de verdad allí. Sin duda, Tara era más valiente que él. Se las arregló para esbozar una sonrisa tranquila y pintada con toda la indiferencia que pudo reunir.

—¿Dónde has dejado a Louis? Cuando me fui, aún era tu prometido.

—Cinco minutos después ya no lo era.

—¿Ah, no? ¿Puede saberse por qué?

—Quería que me pusiera el traje de novia de su madre. Y te aseguro que es de verdad horrible.

Tara intentó controlar su voz. Aquella conversación civilizada era tan ridícula que no podía ser cierta. Sin embargo, era tan propia de ellos que no

podía esperar otra cosa. En todo caso, no que él reconociera sin más que la había echado de menos y que la quería. Porque ella tampoco lo iba a admitir sin tener una pista de lo que él sentía.

Como si leyera sus pensamientos, él sonrió.

—¡Oh, entiendo! ¿Le tiraste tu cena cuando te lo sugirió?

—Esta vez no. Estaba de verdad deliciosa, ¿sabes? ¿Te importa que me sienta? Después de esta carrera, los tacones me están matando.

Declan hizo un gesto magnánimo hacia el asiento y Tara se desplomó frente a él.

—Supongo que tienes derecho —dijo con una sonrisa torcida—. No todos los días consigue uno detener un tren en marcha. Por cierto, ¿cómo lo hiciste?

—¿Acaso estás cuestionando mi atractivo? —esta vez la voz de Tara sí dejó escapar parte de la tensión que sentía.

Durante meses había tenido que escuchar que Louis la trataba como a poco menos que a un objeto. Un objeto de poco valor, además. Sin embargo, la actitud de Declan la tranquilizó en ese aspecto. La recorrió con una mirada apreciativa que hizo que un cosquilleo de conocido deseo se pasease por su piel.

—Siempre me gustó ese vestido —dijo Declan, arrastrando la voz.

En esos breves instantes, todo pareció cambiar. De forma imperceptible. Sin que ninguno de los dos se moviera, sin que un gesto los delatase. Allí estaba.

—Gracias —respondió Tara, sin poder evitar una sonrisa llena de calidez. La sonrisa que parecía reservar para él cuando su obsesión no se interponía—. A Louis le parecía escandaloso.

—Ese hombre no está bien de la cabeza.

Tara frunció el ceño

—No te metas con él. Al fin y al cabo, es el único hombre que me ha pedido que me case con él, dos veces.

—Y le abandonaste las dos —comentó él con humor.

Ella se encogió de hombros, fingiendo una seguridad que no sentía.

—¿Quién sabe? Quizás a la tercera...

Declan sacudió la cabeza, tajante.

—Dudo que haya una tercera.

—Sí, yo también lo dudo.

Los dos permanecieron en silencio durante unos segundos, mirándose. Ninguno se atrevía a dar el primer paso, como si temieran acabar con el primer momento de calma durante los últimos meses.

—¿Has parado un tren para decirme que has roto tu compromiso con Louis?

—¿No te parece motivo suficiente? Yo diría que el hecho habla por sí mismo.

—Da la casualidad de que últimamente no ando muy fino.

—Eso ya lo sabía, Declan, pero ¿es necesario que te empeñes en ser tan difícil? He roto mi compromiso, casi me mato mientras Jenna conducía para traerme aquí, paré un tren en marcha. Creo que te toca a ti hacer algo.

—A mí nunca se me habría ocurrido...

—Lo sé. La última vez que estuvimos en una situación parecida, tú me dejaste marchar. De hecho, lo hiciste dos veces —lo acusó ella, con un rastro de dolor reflejado en la mirada.

—Lo recuerdo.

—Ya que tú no pareces saber qué hacer —murmuró Tara levantándose e inclinándose hacia él, atrapándolo en el hueco de sus brazos—, te diré que no entiendo eso de si me arrepiento o no.

Antes de que él pudiera responder, Tara le selló la boca con sus labios.

—De modo que este es el idiota que la hará feliz.

Ambos se volvieron para mirar horrorizados al interventor.

—Me alegro de que lo encontrara —continuó, saludando con la gorra antes de salir del compartimento, y cerrando después discretamente la puerta tras él.

—¿Fue así como lograste que detuvieran el tren? —la voz de Declan sonó tan sorprendida que su expresión la hizo reír—. ¿Hay algo más que no me

hayas contado?

—Yo... en ese momento no se me ocurrió nada más.

—¡Esto es una declaración! —exclamó, de verdad sorprendido. De pronto una sonrisa lenta se dibujó en su rostro—. Si era eso lo que deseabas, debiste decírmelo.

—Habría sido un poco delicado decírtelo delante de Louis. Además, ¿no se supone que es el hombre el que debe declararse? —preguntó con un tono irónico que le hizo bufar.

—¿Quién lo dice? Además, ¿tú llamas a esto declaración?

—Bueno... —Tara se fingió avergonzada—. No hay duda de que yo esperaba otra cosa. Cuando lo ves en una película o un libro, suena tan bonito. Ya sabes: flores, un hombre prometiéndote la luna, todas esas cosas que nunca he visto.

Declan enarcó una ceja, divertido.

—¿En serio? Louis no era un romántico, por lo que veo. Supongo que eso me lo deja fácil. Podría empezar por decir, por ejemplo, que no puedo vivir sin ti —lo dijo con un tono tan ligero que ella se preguntó por un momento si él no estaría bromeando—. Que cada día sin ti ha sido una agonía. Que no soporto estar en el castillo sin ti a mi lado, que hasta mi perro te echa de menos...

—Tú no tienes perro —dijo ella con voz ahogada.

—Eso puede arreglarse. Pero lo demás es básicamente cierto.

Ella no dijo nada. Estaba tan apabullada que no sabía si reír o llorar. Cuando se le había ocurrido seguirle, había esperado justo aquello, pero ahora que lo tenía en sus manos, no sabía qué hacer ni qué responder.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó él, al cabo de unos segundos de silencio.

—Te he echado de menos... —musitó ella tratando de ahogar las lágrimas.

—Bien —dijo Declan abrazándola y atrayéndola hacia él—, por algún lado se empieza.

—¡Oh, Dios! ¡Cómo te he echado de menos! —exclamó Tara justo contra

sus labios.

Declan sonrió y pegó su boca a la de ella. Tara se rindió con un suspiro doloroso. Se besaron despacio, como si sus bocas trataran de recordar la del otro, y se reconocieran al fin. Con timidez, sus manos comenzaron a moverse hasta que quedaron unidas. Declan sonrió al sentir el conocido escalofrío de placer que recorría su espalda.

—¡Umm! Es tan bueno como lo recordaba.

Tara rio y apoyó su frente en la de él.

Declan se apartó unos centímetros y frunció el ceño.

—¿A qué viene esa risa?

—Pensaba en Louis.

Declan emitió un gruñido de fastidio.

—¡No me digas que ya te arrepientes de haberle dejado! ¡Otra vez! — exclamó en un tono a medias divertido y a medias alarmado.

Tara le golpeó en el hombro.

—Tonto. Pensaba en lo que diría si supiera lo que he hecho.

—Probablemente hubiera preferido que le tiraras la cena a la cara.

—¿Y qué pensarán en el pueblo?

—Creerán que has huido con el idiota que te hará feliz.

—¿Es eso lo que he hecho?

—Eso es lo que le dijiste al jefe de estación. No estaría bien que le decepcionáramos, ¿no crees?

Declan volvió a besarla. Le acarició los labios con la lengua hasta que ella se rindió y le dejó entrar en su boca con un dulce gemido de entrega. Colocó sus manos en las caderas de Tara y se frotó contra ella, haciendo evidente su estado de excitación.

—Señorita, como usted diría, creo que me siento licencioso esta noche.

—Tengo la sensación de que se nos dan bien los trenes. ¿Tú no?

Declan rio mientras comenzaba a despojarla de su ropa lentamente,

acariciando con deseo cada parte que quedaba desnuda.

—Debe de ser el traqueteo —murmuró, besando el hermoso hueco entre sus clavículas—. ¡Dios! Si yo fuera Louis, me estaría tirando de los pelos.

—¡Pobre Louis! Siempre creyó que yo era una especie de estatua de hielo que solo servía para adornarlo, o ni siquiera eso.

—Esa es la diferencia entre él y yo. Yo sé lo que ocurre cuando la estatua vuelve a la vida.

—Eras un magnífico Eros —Tara suspiró cuando él le tomó un pezón entre los dientes.

—Y tú, una Psique divina.

—Espero que esta sea la última prueba de los dioses. Es muy cansado esto de detener trenes en marcha.

—¡Oh, no me digas que aún harías más para recuperarme! —musitó con auténtico deleite.

No por primera vez, Tara pensó que era demasiado engreído, pero le daba igual, ese no era el momento para darle la lección que se merecía.

—Haría mucho más para tenerte para siempre —respondió, en cambio.

—¡Umm! Eso suena a amor verdadero.

—¿De veras?

—Espero que sí. Porque no estoy dispuesto a volver a dejarte marchar —dijo él dejando las chanzas.

—Eso suena casi a promesa de amor eterno.

—Será porque te quiero.

—Eso suena mejor —dijo con una voz tan cálida como su mirada—. Y está bien, porque nunca más dejaré que me dejes marchar.

A cada palabra Tara depositaba un breve beso en la boca de Declan.

—Te quiero —repitió él—. Y te aseguro que no se me pasaría por la cabeza siquiera el plantearme dejarte marchar. Prométeme que nunca más te irás de mi lado.

—Tendrás que convencerme para que no abandone al idiota que me hará feliz.

—Te mantendré tan entretenida en mi cama que ni siquiera tendrás tiempo para pensar en ello.

Con un ronroneo de placer, Tara lo sintió hundirse en su interior.

—Aunque me vaya la vida en ello, te obligaré a cumplir tu promesa.

—No será necesario. Ya te he dicho antes que soy un hombre persuasivo —dijo, moviéndose dentro de ella para demostrarle el tipo de persuasión que pensaba utilizar para amarrarla a él—. Te convenceré de que soy el único hombre que te conviene. Y, además, está el hecho de que te quiero, por si no te habías enterado...

NOTA DE LA AUTORA

A veces leer historias antiguas tiene un regusto extraño. Es bueno ver que hay cosas que no cambian y también ver cómo evolucionas. Es bueno ver que el estilo, si lo tienes, ya estaba ahí, que tú eres tú, y ya eras tú allá por la era del Pleistoceno.

Esta historia tiene muchos años. Muchos. No sé cuántos. ¿Por qué ahora? Porque sí. Tocaba. Tiene las virtudes y los pecados de las primeras historias. No es perfecta, pero ninguna lo será jamás para mí.

Un par de notas, que igual pueden parecer bobadas para el lector:

—La torre de la catedral de Ely se derrumbó de verdad, aunque no durante un servicio, sino como consecuencia de la construcción de una nueva parte. Después se hizo lo que ahora se conoce como la torre octogonal, una auténtica maravilla. Ahora ni siquiera recuerdo cómo llegué hasta ahí, pero llegué. Fue hace mucho tiempo y antes de que tuviera internet. Es probable que me documentase en una biblioteca, con enciclopedias enormes, porque era la única manera entonces. Alucinante.

—Los viajes en tren que aparecen en el libro están exageradamente alargados para la conveniencia de la historia. En realidad son mucho más cortos, pero yo necesitaba que fueran más largos para poder desarrollar lo que ocurre. Ya sé que igual es una bobada decirlo, pero esta vez me apetece.